

MARUAN
SOTO
ANTAKI

PENSAR
MÉXICO

taurus


MARUAN SOTO ANTAKI

PENSAR MÉXICO

TAURUS

PENSAMIENTO

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Miriam, Jorge y Jorge Andrés.

Para Melissa y Tuti, por lo que viene.

Érase una vez
un lobito bueno
al que maltrataban
todos los corderos.

Y había también
un príncipe malo,
una bruja hermosa
y un pirata honrado.

Todas estas cosas
había una vez.
Cuando yo soñaba
un mundo al revés.

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

NOTA DEL AUTOR

Me cuesta encontrar otro país que, como México, se haya dado tantas soluciones a sí mismo. Si bien sus problemas se encuentran lejos de resolverse, éstos han dado la impresión de estar claros o medianamente comprendidos y diagnosticados: corrupción, violencia, derechos humanos, injusticia, impunidad, inequidad, etcétera. Pese a eso, parte del análisis se ha perdido entre estudios políticos y peroratas, entre la etnología, un poco menos en la sociología, y mucho más en la opinología y la opinocracia. Hoy vivimos en el reino de estas últimas, tanto de forma pública, a través de los medios digitales y las redes sociales, como de manera especializada y profesional, a fuerza de frecuencia en plataformas tradicionales. Ambas con los bemoles que regala la subjetividad, cuando tratamos de ser objetivos, ejercicio, aunque poco viable por mera naturaleza humana, digno de intentarse. Parece que todos sabemos qué no funciona y, a su vez, afirmamos tener las respuestas que podrían dar paso a resolver nuestros problemas. Hemos logrado hacer de casi cualquier frase, conflicto o intención un lugar común que sufre los vacíos de la pérdida de los significados. Si en verdad somos un país con tantas voces que saben cómo resolvernó y aún no lo hacemos, hemos estado dando, de manera sistemática y masiva, brazadas de ineptitud —cosa probable en

ciertos sectores—. O quizá, esos diagnósticos no se han detenido a hacer las preguntas correctas.

Tal y como me ocurrió en *Pensar Medio Oriente*, libro anterior a éste, la posibilidad de escribir las siguientes páginas me viene de tener los pies en dos tierras. De la naturaleza del hijo de migrante. En México, país en el que nací, tal condición no es poca cosa. De hecho, cada vez es más relevante. Permite cierta distancia que no renuncia a la razón para atender asuntos que provocan malestares personales; deja vivirlos y otorga una perspectiva doble: la del interno y la del externo, la de la mezcla. Con nosotros, en México, la mezcla es habitual, dentro y fuera de las fronteras. A ella se suman las preocupaciones. En aquel libro que menciono traté de explicar, aclarar, y enfrentarme a los lugares comunes que le suceden a esa parte del mundo, al final del Mediterráneo, que ocupa la mayor parte de mi trabajo y tiempo: lo árabe, lo bizantino y la conjunción en un espacio relativamente pequeño de todos los vicios de la historia y el mundo. Al hacerlo no pude evitar ver en el espejo ese otro lugar en el que habito. Así, los Pensares se han transformado en tres libros: *Pensar Medio Oriente*, *Pensar México* y, el próximo, *Pensar Occidente*. Los tres buscan definir y despejar lo que considero un terreno común, que anime al diálogo con un lector que comparta la necesidad de reflexionar acerca de lo que frecuentemente parece estar claro y tal vez no lo está. Espero equivocarme lo menos posible.

INTRODUCCIÓN

En el primer *Pensar*, la reflexión partió de una frase familiar que dice: “Para entendernos a los árabes hay que hacerlo desde el lenguaje”. Dicha afirmación, desde la perspectiva de quien escribe, me resultaba relativamente poco incómoda. Sin embargo, su posible comodidad no proviene tanto de un oficio como de un elemento menos discutible, que viene al caso para las siguientes líneas. Estoy convencido de que el principal rasgo de hominidad de nuestra especie es la posibilidad de comunicarnos, entablar diálogos, diatribas, imaginar y darle forma al pensamiento, para también compartirlo. Sin el lenguaje y su expresión escrita, como lo he dicho en múltiples conferencias y espacios en los que amablemente me han recibido a lo largo de los últimos años, nuestra jerarquía en la familia de los primates valdría poca cosa. Seríamos un gorila pequeño y lampiño que gusta de comer platillos sofisticados. El lenguaje es la mayor herramienta civilizadora. Aquí ofrezco disculpas por recurrir a una palabra tan pervertida como *civilización* y aclaro que cuando la utilice me estaré refiriendo a la construcción de sociedades. Entonces, ¿qué le pasa a una sociedad en la que reducimos el papel del lenguaje?, ¿cómo se aventura su desarrollo cuando la palabra deja de tener significado?

Más adelante, en alguno de los capítulos, me detendré en los peligros del eufemismo, uno de los supuestos ingredientes centrales en la cultura mexicana, pero la insistencia en hacer del lenguaje un eje central en la explicación y solución de los problemas no obedece a un asunto menor. Si a un fenómeno no lo llamo por su nombre, ¿qué queda de él al querer contarle a quien no lo presencié? Si el valor de un adjetivo no se encuentra en su intención calificadora, ¿qué estoy describiendo? Cuando el significado de la palabra le pertenece de manera exclusiva a quien la dice, no a quien la escucha, no hay posibilidad de entendimiento.

En los países de tradición árabe casi todo aspecto cultural y político se puede explicar desde el análisis de la oralidad, que devino en la escritura y llevó al lenguaje a un terreno donde la interpretación da pie a una infinidad de significados. En cambio, en México, las palabras parece que no los tienen. Éste es el punto principal, les quitamos su significado. Es posible que aquí, de manera perfectamente inversa a lo que sucede en los países árabes, muchos de nuestros conflictos tengan su origen en la ausencia de valor que padece el lenguaje, este rasgo *civilizatorio* fundamental, y en cómo esa ausencia se extiende como epidemia corrosiva. Lo que podría parecer un ejercicio de pretenciosa antropología lingüística tiene consecuencias complicadas. No es sólo cuestión de adjetivos que ofenden o alaban sin mayor relevancia. Si la palabra no importa y los adjetivos no califican —o al hacerlo, es a conveniencia—, si los verbos implican la inacción antes que la acción, la ley tampoco será la ley, robar no será tomar lo ajeno, gobernar no dependerá de decisiones, pensar no requerirá ideas, el corrupto se adjudicará nobleza, el ciudadano no necesitará de ciudadanía y el deber será un asunto optativo. Bajo esa perspectiva, no tiene ni caso hablar de derechos.

Sin la prudencia adecuada, debatir sobre un tema de este estilo corre el riesgo de caer en la simpleza. Contrario a la convención que tiende a hacer creer que en México los significados cambian —incluso para una misma palabra, según el entorno, la intención o la

proximidad con el interlocutor—, estoy convencido de que en este país las palabras, por momentos, no tienen ninguno. Ejemplos hay muchos, desde el ya muy explicado y coloquial *chingón* —con sus múltiples acepciones, idealizadas y reivindicatorias, que van de una descripción de cualidades, a la síntesis del logro o el agravio—, pasando por el vitoreo sexual del *puto* que se grita en estadios, calles y sobremesas. O el *cabrón*, que no tiene poca relación con el macho cabrío que embiste al enemigo, se ufana de su potencia y, al mismo tiempo, vive sin culpas su capacidad de hacer daño. Dedicaré una parte del libro a explicar este asunto con más detalle y cómo es que permea el día a día de los mexicanos, ocasionando obstáculos que en muchos otros lugares, que no padecen esta erosión de significados, no ocurren o, al menos, no con nuestra magnitud.

La simpleza excesiva da muestras de las carencias detrás de este problema. Las burlas basadas en juegos de palabras no son ajenas a la costumbre mexicana de actuar con indiferencia a las consecuencias. Sin embargo, su distancia con el humor no es poca y en muchas ocasiones involuntaria. Con frecuencia, estas burlas revelan algunas de nuestras penas: el humor a costa del otro casi por norma tiende a considerar a ese otro como perteneciente a un estrato inferior al de quien emite la voz burlona. El laísmo y leísmo que anteponen el pronombre a un sujeto, derivan en construcciones de las que se hace mofa a sectores asumidos demográficamente bajos. A partir de construcciones que arrojarían un: *el/ fulano*, en lugar de *fulano a secas*, no son escasos los comentarios que llevan a discriminar por tonterías. El tono del fraseo también se emplea para denigrar o discriminar el acento de los *pobres* —criticado de distinta forma al de los *ricos*—, como si hubiera una pronunciación de ejemplar pureza en el español mexicano. En estos y otros usos del lenguaje como elemento de análisis de lo mexicano —por limitado que sea— rara vez nos ocupamos de los significados. Insisto en el énfasis sobre este punto central.

Dicha condición de ausencia de significados encuentra en México un auspicio fantástico: la relativización. Es el argumento mediante el

cual la ausencia de significados cobra validez; la negación a lo determinante de los significados y acuerdos más básicos; el rechazo a ese consenso que permite el lenguaje. Bajo la tutela de lo relativo y la posibilidad ficticia de cambiar significaciones de los conceptos, la multiplicidad del argot se descubre también en las ideas que permiten abusar tanto como lo hemos hecho de la construcción de una sociedad.

La corrupción no siempre será corrupción, la igualdad permitirá que unos sean más iguales que otros —como diría el clásico— y la responsabilidad será subjetiva. Golpear será tan civilizado como saludar, o escupir e insultar. Mentir será honrado y la realidad, un ejercicio de fantasía. ¿Por qué? Porque sin significados claros y con la voracidad para dar argumentos inapelables a favor del error o daño, en lo relativo de ese error o daño, no habrá un solo hecho que se pueda revisar a partir de la crítica, la moral, la ley, la equidad, o la búsqueda de una mejor sociedad. Aquel poema de José Agustín Goytisolo en el que había un lobito bueno, una bruja hermosa y un pirata honrado, se entromete en la realidad mexicana, que se descubre expulsada de su propia realidad.

Estoy convencido de que, pese a una evidente urgencia, la acción de pensar México no se debe limitar a los temas de las noticias del país, que se han transformado en rasgos de identidad: la recurrente corrupción, la violencia, la impunidad, el mal gobierno, la pobreza y demás. De manera cada vez más frecuente escucho en círculos políticos, empresariales y algunos sectores dedicados al análisis nacional, la defensa de una versión del pragmatismo que obliga a tomar acciones que respondan a los conflictos y brinden respuestas inmediatas. Rara vez he encontrado que esa visión plantee un discurso a largo plazo, con miras a saber qué concepto de país se quiere tener —más allá de la vacuidad del discurso electoral o el estribillo demagógico del país rico, desarrollado, justo, que no se detiene en un ideario para obtener esa riqueza, o justicia—, o algún otro que contemple todas las variables y consecuencias de las acciones, mucho menos uno que parta de las grandes ideas y

preocupaciones que han permitido establecer sociedades funcionales en otras partes del mundo. En defensa del pragmatismo, el permanente rechazo de estos círculos a un espíritu filosófico —que, por definición, exige reflexiones que, por ser poco inmediatas, se consideran fútiles—, aleja por completo la posibilidad de resolver aquello que no funciona. ¿En verdad los políticos pragmáticos, los solucionólogos, los empresarios, creen que las ideas del ciudadano, de la ciudad, de la cosa pública, del Estado-nación, surgieron y se pueden dar sin filosofía y a punta de ejercicios prácticos? Para llegar a entender nuestros problemas y aproximarnos a una solución puede ser útil dar unos pasos atrás, no en lo meramente histórico, aunque es imprescindible tomar en cuenta nuestro pasado, al igual que nuestras circunstancias inmediatas. Tampoco encontraremos las respuestas que buscamos en el universo de explicaciones etnológicas que remiten a la colonización europea, ni en su prolongación o correlato —inexacto, por otro lado— estadounidense, con todo y sus consecuencias, día a día más difíciles frente a la evolución de la relación entre México y sus vecinos del norte. Me encantaría rebasar esa línea de determinismo, en la que se distribuyen culpas sin responsabilidades.

A lo largo del siglo xx se ha hablado de esa infinita búsqueda del *yo mexicano*,¹ tema casi obsesivo de la intelectualidad nacional y abundante en textos mucho más brillantes que éste, que no tiene la intención de seguir los pasos de sus autores, a quienes guardo una profunda admiración.² Incluso con conciencia de ello, no puedo dejar de lado esa incansable necesidad de definir la esencia nacional, que en otros de los países en los que he vivido parece estar medianamente resuelta, aunque se viva plagada de contradicciones.

Pensar México es un ejercicio que pide prudencia y previsión. Estos dos elementos, en contrapunto, están relacionados. Si bien la previsión y la prudencia son acciones adultas, la búsqueda de la identidad, hasta cierto punto, no lo es. Ésta siempre estará íntimamente ligada a la juventud o a la adolescencia. El análisis más duro que he tenido que sortear en mi vida y en mi propia casa, en lo

que respecta a estos temas, arrojó la idea de que México no es país dispuesto a crecer,³ en términos de la madurez que le sigue a la infancia. Coincidiendo con esa idea, seguimos comportándonos como el crío en desarrollo que se pregunta por su propia definición. ¿Será que México, por más que pase el tiempo y haya cambiado tanto del fin del siglo xx a los inicios del xxi, no ha llegado a su adultez? ¿Con todo y la historia que carga encima, aún sigue inmerso en la embriaguez de su impericia? ¿Seguimos extraviados en las eternas explicaciones que intentan dar con quiénes somos, mientras crecemos, y aún no tenemos la distancia para definir quiénes fuimos y en quiénes queremos convertirnos? Tal vez, en la intención pragmática que exige resolver nuestros problemas, nos está faltando el código base para pensarnos en una siguiente etapa: un lenguaje que nos permita entablar el terreno común para saber si estamos hablado y queriendo lo mismo.

Adentrarse a estos terrenos, de nueva cuenta, puede parecer ocioso y propio de una estéril discusión académica o de un maestro aburrido con la necesidad de incentivar a unos alumnos a que compartan su rutina. Desde mi posición, la de alguien que vive de escribir y pensar lo que escribe, ese juicio no podría estar más equivocado. No veo mayor ingenuidad que intentar resolver problemas sociales, políticos, económicos, o culturales sin una noción profunda de las bases con las que se pretende construir esas estructuras sociales, políticas, económicas o culturales. El ejercicio de solucionólogos —esos en que nos hemos convertido muchos intelectuales, analistas y políticos— que no preste atención a los fundamentos con los que un grupo de personas ha logrado desarrollar algo y corregir sus errores, estará definitivamente destinado a sólo acercarse, si es que llega a eso, a resolver lo inmediato, permitiendo que vuelva a ocurrir. El origen del conflicto sigue ahí.

¿En verdad creemos que hemos pensado lo suficiente para que las opciones que tenemos ante nosotros nos permitan dejar a un lado una historia de corrupción, mal gobierno, mentiras y miseria?

Sin duda hemos avanzado en algo, pero México sigue siendo un país donde la corrupción no extraña, la mentira es habitual, el gobierno carece de legitimidad y en el que más del cuarenta por ciento de su población se debate en tipos de pobreza.⁴ Es decir, es un país que no vive bien. No es poca cosa.

Regresando al código compartido del que hablé párrafos atrás. Ya hemos tenido algo parecido a eso en otros momentos, acorde a su tiempo, y por esa misma fuerza ha cambiado. Hubo un código común en ciertas élites y, a la vez, en las mayorías cuando era necesario pensar las virtudes de lo que fue la Revolución, que hoy temo no fue tan virtuosa. También lo hubo a mediados del siglo xx, con los distintos movimientos estudiantiles, cuando las libertades eran el denominador común que marcaba el carácter del ideario del movimiento social y político en el país, así como su respuesta e interpretación. ¿Cuál es la visión de nación que tenemos para el futuro? ¿Con qué responsabilidades enfrentamos el siglo xxi? ¿Imaginamos que este tiempo obliga a una nueva responsabilidad?

Es complicado pensar lo contrario, sobre todo con el desgaste con el que ha arrancado el siglo y con los elementos de análisis que brinda la inmensa cantidad de herramientas de esta época. Sin embargo, esta misma condición lleva a pensar otra situación, que podría parecer obvia, escatimando, de nueva cuenta, sus consecuencias. ¿Será que los avances que abrieron las posibilidades de comunicación y formación han tenido un mayor efecto en los países poco desarrollados —como México—, que en los que ostentaban un mayor nivel de desarrollo? Éste, como los otros países de los que me ocupo en mi día a día y que se vieron envueltos, desde las Primaveras Árabes hasta los constantes cambios y escándalos financieros o éticos, vieron en las herramientas tecnológicas y el universo digital —escribo esto y siento que lo hago como un paseante del Pleistoceno— motivos y vehículos de expresión y descontento social que no encuentran un equivalente en naciones como las del norte de Europa, por poner un ejemplo que corresponde más a una visión idealizada que a la realidad. El

desarrollo tecnológico ha detonado fenómenos inéditos en lugares en crisis, no así en los que viven situaciones opuestas. La razón más evidente nos podría llevar a suponer que Estados más desarrollados y democráticos —asumidos más decentes, al fin— no tienen el nivel de defectos que ahora se descubren aquí a diestra y siniestra. Tal vez haya algo de esto, pero no es lo que me preocupa al detenerme en México.

Durante demasiado tiempo, el país se vio inmerso en la desinformación de la *cosa pública*, de esos datos imprescindibles para hacerse de argumentos o ideas, políticas y porvenires. Ahora, con la relativa apertura que se cuenta —que es mucha en comparación a la que se vivía en otros años—, parece que estamos enamorados de todo lo que sea clasificable y contable, hasta asumir que los datos son todo y, quizá sin quererlo, se llega a considerar innecesario un mayor y más riguroso ejercicio intelectual hacia ellos. De esto, creo que tanto mi generación como las dos arriba nuestro, que aún se encuentran en activo, son en gran medida tristes responsables. No descubro en el recuento histórico reciente una época con más información y posibilidades para pensarla, en el sentido filosófico de la palabra. Para tomarla fuera del número y la estadística, usarla para desarrollar ideas con vistas de cambiar lo que molesta. Entre la pasividad, el desdén, la soberbia inaceptada —esa su primera condición—, a veces producto de la reticencia al relevo generacional, otras como respuesta apática a lo que se entendió como la impostura del intelectual público de las décadas de los cincuenta a los noventa, no es fácil encontrar un discurso acerca de lo que podría ser la visión a futuro del país, abierto a la población y con capacidad de replicarse en ella. Para continuar con una analogía anterior, el adolescente sólo sabe que quiere ser grande, pero, aunque imagine una profesión, no acierta en cómo llegar a ella.

En esta etapa de veneración a los datos, creo notar el asomo de uno de esos códigos a los que me refiero. ¿Será que creemos que la acumulación de cifras nos permitirá entender a los humanos? Estamos volviendo al determinismo que antes depositó en la magia,

la religión, luego en la historia, con todo y sus ficciones, la receta del comportamiento de un país. Así, también, intentamos comprender el mundo. Esto no es exclusivo de nuestras fronteras, pero en este texto sólo me ocuparé de lo que sucede en su interior, y será hasta *Pensar Occidente* cuando lo haga de otros lugares.

Lo último que deseo es, con lo dicho anteriormente, transmitir la impresión de que en mi generación no planteamos ideas ni discursos. No. Lo que ocurre es que esas ideas y discursos dan la sensación de estar limitados a nuestro propio convencimiento de la razón, de la negación de lo que fue antes y la eterna responsabilidad del otro, sin tomar en cuenta que ese otro es en ocasiones uno mismo y, a veces, uno tan distante que es imposible aplicar a su condición las reflexiones que se hacen para un grupo particular.

Nada de esto significa una aversión a lo mensurable, como evidentemente tampoco la tengo hacia el discurso de ideas, imposible de desarrollar sin subjetividad, con la que tampoco entro en conflicto, aunque dé la impresión de estar contradiciéndome. Estoy casi convencido de que —incluso con razones para hacerlo, aunque no las comparta— hemos perdido el equilibrio con el que ambos códigos podrían generar un pensamiento que dude, que no esté empecinado en la respuesta rápida e incuestionable, sino en formular nuevas preguntas.

Un elemento más me ha llevado a escribir las siguientes páginas. Se trata de un ingrediente ligado a la lejanía de mi generación con respecto al discurso del intelectual público con miras a largo plazo: mi edad. Quizá éste sea el elemento más fuerte en el impulso a escribir. Si alguien que comparta mi edad asegura tajantemente entender todo lo que pasa, aunque sea de un universo pequeño, es muy probable que esté mintiendo, sin darse cuenta o no. Pasados los cuarenta años ya no tengo la ilusión de la juventud y aún me falta mucha de la experiencia de la madurez. Por diversas razones, me he establecido en México después de algunos años de pisar muchos territorios, y mis arraigos ya se encuentran en estas tierras. Aunque en muchísimos sentidos puedo detestar lo que sucede aquí

y, en consecuencia, detestar la vida en el país, no estoy dispuesto a verme inmerso en el conformismo de aceptar que no cambiará lo que estoy convencido de que debe cambiar. En lo que ya podría ser el promedio de una media vida, hay algo de camino recorrido para pensar con tranquilidad sobre la ruta en que se intenta seguir haciéndolo y preguntarse cuál es no sólo nuestra responsabilidad, sino también nuestro papel. ¿Dónde estamos parados en México?, ¿dónde frente al mundo? ¿Qué queremos, pues?

Desgraciadamente, la idea de tener una visión de país ha caído en manos del discurso vacío y poco empático, tanto de políticos como de otras voces públicas sin mayor aceptación ni búsqueda de ella, imposibilitando darle forma. Hay razones para la desconfianza. Seguramente sobra decir que durante décadas México se mantuvo semiestático en el proyecto posrevolucionario de un partido y limitada oposición. El análisis de esa época es infinito y poco a poco intentaré aportar algo. Son otros los momentos que también considero imprescindibles para pensar lo que sucede en el país. Está por supuesto lo que se ha entendido como la transición a la democracia, que vino en el año 2000 con el triunfo electoral de la entonces centro derecha sobre el sistema monolítico que la precedió. Hay dos momentos más y que son consecuencia del anterior. El más explorado es la guerra contra el narcotráfico declarada por Felipe Calderón, en la segunda semana de diciembre de 2006, el otro se entrecruza y de haber tenido un desenlace diferente sería difícil imaginar al país en la situación en que se encuentra. La negativa de la administración de Vicente Fox a investigar los gobiernos anteriores, ya sea de manera exhaustiva o a través de casos emblemáticos que abrieran las puertas a la formación de memoria colectiva y marcaran una verdadera transición. La visión reformadora de un país desapareció en ese instante y aún no la hemos logrado recobrar. La impensable violencia y corrupción que se convirtió en bandera del primer gobierno priista tras la entrada de la democracia tiene responsabilidades compartidas en lo anterior.

Aunque seguramente más popular, es hipócrita afirmar que dicha visión reformadora se encuentra en la horizontalidad de las sociedades. En el caso de la mexicana, su propia verticalidad se impone demasiado. La abismal inequidad es la mayor de nuestras barreras. Esa verticalidad aparece en cualquier terreno, desde la calle hasta la conformación de poderes, y tampoco, pese a sus orígenes, es privativa de México. En los lugares donde las diferencias son menos grandes, donde no hay una brecha de pobreza que hace inalcanzable a un sector de la población con respecto a otro, la verticalidad también se hace presente en la preocupación, disposición, propuesta, posibilidad y capacidad de cambiar las cosas. Quien puede modificar algo de lo disfuncional en los asuntos públicos no es quien los padece, sino quien influye en ellos: los miembros de las élites. Y en el uso de esta palabra nos encontramos ante una perversión más del lenguaje.

Élites no son exclusivamente los grupos de mayor acumulación de riqueza. En México, somos élite los que tuvimos un nivel de estudio mayor al promedio, los que, pese a cierta precariedad, no viven las vicisitudes de un inimaginable porcentaje de la población que no tiene para comer de manera decente o, aunque en mucho menor número, el sector que conoce el peor temor de los hombres: el hambre. También, obviamente, los que aún con complicaciones tienen acceso a sistemas que nos permiten informarnos y expresar nuestro descontento. Dentro de esas élites hay jerarquías y sus diferencias llegan a ser abismales. Existen en lo político y lo académico, en lo periodístico y lo social. Al final, es posible que parte de la responsabilidad no sea única de los niveles más altos, sino de la conjunción de éstos con un grupo reducido de la élite más numerosa: la clase media, que a su vez contiene diferentes niveles. En el universo de perversiones, el desarrollo del país ha hecho una mala jugada. El énfasis de lo económico en los programas estatales desarrolló una amplia clase media a la que sólo se le definió por eso.

Un sistema de medición que coquetea con el ridículo sirve de ejemplo para explicar los valores con los que se buscó darle

pertenencia al sector intermedio de la población: el conteo de focos. Al explicar el sistema en otros países, me he topado con caras de asombro y más de una carcajada. ¿Qué tanto se puede definir una población por sus lámparas? Cuatro focos, clase baja. Quince, media. Más de veinte, a estudiar en Harvard. Ésa ha sido la medida con la que este sector se amplió ante los ojos públicos y políticos. Una mafufada.

A la clase media, motor de cambios y sostén de cualquier Estado moderno, se le impuso un parámetro que desdibujó la realidad e intentó crear un espejismo que eliminaba sus propias jerarquías. Durante mucho tiempo, ese desdibujo llevó a un ejercicio que sonaba tan entusiasta como la horizontalidad y que, al final, fue tan ingenuo como ésta. Una falsedad que diluyó uno de los componentes que más se complican en México: la falta de diferencia entre culpas y responsabilidades. Es común afirmar que cada uno de los miembros de una sociedad somos responsables de su desarrollo, crítica y cambio. He escuchado y leído esto en sinfín de voces. ¿En verdad? ¿Todos por igual? Otra vez: no. Sólo para hablar de corrupción, es sencillo pedir que no se soborne a un funcionario de medio pelo para facilitar un trámite burocrático, sobre todo si no se encuentran obstáculos para realizarlo o si esos obstáculos se ven disminuidos por razones diversas. Al afirmarnos como ciudadanos responsables, vanagloria tradicional de parte de la clase media, se puede rechazar cualquier acto de corrupción, pero a la vez olvidar que no toda clase media es tan media y que el soborno puede ser la única vía para reducir la inequidad entre siete y doce focos. Así, decir que cada uno de nosotros tiene la misma culpa y posibilidad de cambiar lo que no funciona en los menesteres más sencillos de la vida, implica una visión muy estrecha de lo que nos rodea.

Lo anterior lo expongo para llegar a un solo punto: hay un sector de la población que no hemos hecho nuestro trabajo, y descansamos en el lugar común que adjudica la responsabilidad del cambio del país al individuo, a la suma de individuos, como si su mera intención no se viera coartada por otras trabas. En esa élite de la media a la

que pertenezco, se pueden encontrar las responsabilidades que no pueden tener quienes se preocupan por llegar al final del día. Quizá las puedan asumir quienes aspiran a llegar al final de la semana, al mes, posiblemente, pero no quienes suspiran por llegar al final del día. Aquí aparece un concepto aún menos popular pese a haber sido probado desde las épocas clásicas: el conocimiento no es democrático. No todo el mundo logra saber lo necesario, y si lo hace, no todo el mundo puede tener las posibilidades para darle buen rumbo a ese conocimiento. Dependerá de las condiciones de cada quien, de tener el tiempo para leer, para reflexionar, para salir a la calle, para proponer. Ninguna tarea se podrá realizar con la disciplina requerida si la alacena está vacía, mucho menos si lo está el estómago. En los sistemas donde la jerarquía más alta le ha fallado a las más bajas, es fútil y poco realista esperar que el sector de mayor posición sea suficientemente crítico de sus conductas y decida cambiar. Igualmente será poco probable que quien se esfuerza por llegar a su casa antes de las once de la noche para dormir cuatro horas tenga opciones para mejorar su situación. Uno no tiene razones suficientes y el otro no tiene posibilidades. En cambio, el sector intermedio se encuentra en un lugar completamente distinto, por eso todo movimiento social a lo largo de la historia ha asumido, de una manera u otra, los viejos ideales de una idílica *bourgeoisie* francesa. Una burguesía consciente de sus beneficios y, a la vez, de las injusticias que la rodean. Son los creadores del primer piso: la ciudadanía. Seguimos utilizando palabras cuyo significado se ha modificado hasta la nada.

¿Será posible pensar que nuestra burguesía, sólo enfocada en la previsión de futuros económicos, dejó a un lado su responsabilidad social y, al hacerlo, evitó pensar en los futuros para el resto de la sociedad? De ser así, la culpa de muchos de nuestros conflictos se encontrará en la conjunción de errores históricos, de malos gobiernos y peores políticas, pero la responsabilidad de la continuidad de esas condiciones negativas está en las élites preparadas que llegaron a ocupar ciertas posiciones con influencia

en sectores mayoritarios —academia, intelectualidad, periodismo, grupos culturales y sociedad—, que se acomodaron en los beneficios sin atender del todo lo que se encontraba en su entorno.

Puedo imaginar las respuestas a esta acusación, que a la vez suena a cargo de conciencia. Seguramente lo es y lo hago bajo amparo de la edad. La conciencia es la versión elaborada de la culpa. No he encontrado muchas razones que me permitan justificar lo que considero indiferencia o inacción ante lo que ha llevado a que México, en mucho, no funcione. Sí veo en las capacidades que vienen con la formación la responsabilidad de articular ideas que modifiquen lo que falla. Sólo que estas élites, más cercanas a nuestros similares de arriba que a los de abajo, hemos olvidado la condición más importante para que un discurso se escuche. Esto cuando lo hay. Las élites de este país, como ocurre también en otros lugares del continente y cada vez más en Europa, no hemos terminado de darnos cuenta de que en términos reales hemos construido una representación de país tan ínfima que resulta difícil que sea aceptada por otros sectores de la sociedad, sobre todo cuando ostenta ideas que siguen observando al mundo con actitud de superioridad o autoridad moral. Carecemos de legitimidad. Es como si estas élites, pasando por opinócratas, intelectuales y políticos, creyéramos que contamos con los atributos suficientes para transformarnos en vehículos de ajustes y catalizadores de humores. Ante la disparidad, esto se antoja improbable, a menos que nos prestemos a entender la ciudadanización de la sociedad misma, fuera de nuestra propia esfera. Éste es el único terreno donde se encontrará el lenguaje común del que he venido hablando. Si la élite no entiende sus responsabilidades, la falta de significado en el concepto más importante, el del ciudadano, sólo puede complicar el asunto. Ahí estamos.

Sin embargo, grandes o no tan grandes grupos del país se ven a sí mismos como una burbuja, y hay que reconocer que el país tiene tradición en ello. No es gratuito pensar que la relación con el exterior, cualquiera que éste sea, debería ser un catalizador para que

los conceptos eviten perder su rumbo. Sería ridículo creer que *paz*, en un país, signifique *guerra* en otro. Que doscientos o trescientos mil muertos son tragedia en Medio Oriente o África, pero en México son una casualidad que, además, se argumenta para trasladarse, si acaso, al melodrama. Nuestra relación ante el mundo fue por mucho tiempo la que teníamos hacia nosotros mismos. Con esta relación, México no ha dejado de vivir inmerso en una permanente bitopía en la que la realidad se desarrolla en dos planos, que me devuelven al punto de origen de estas páginas: el lenguaje y sus construcciones. Dos planos que son dos mundos, el que se cuenta y el que se transita. Muchas veces, el mundo mexicano no ha sido real, sino uno adornado, para responder a ciertas necesidades.

Lejos de intentar explorar dicha dualidad en este momento, pongo de ejemplo el país en las décadas de los ochenta y noventa, que vieron un desarrollo perceptible en ciertas libertades, tanto sociales como de mercado, que se afianzaron pasando los años dos mil. Al mismo tiempo, este desarrollo se mostró como un espejismo que se derrumbó en 1994, con el anuncio de un grupo armado en el sur del territorio que exponía el México indígena, cuyos problemas aún no se solucionan. O bien, basta revisar la bipolaridad de los discursos que, dependiendo de las corrientes ideológicas, abundan en cualquier sector social. México es, en pleno siglo *xxi*, el país que cada quien quiere ver y, al mismo tiempo, el que nadie está dispuesto a contar. Puede dar la impresión de que tal problema es evidente en los grandes campos, los asuntos públicos o aquellos que atañen a comunidades enteras. Pero no sólo es eso. Estos dos mundos se encuentran en cada uno de los niveles de la vida, como no he visto en ningún otro lado, salvo Cuba, posiblemente, donde los contrastes me parecen irreconciliables con la vida misma.

En México, la bipolaridad aparece hasta en lo rutinario. Este país se presenta ejemplar, aunque el trabajador de oficina vista con un traje cuya principal función es evitar la exclusión, y necesite cuidarlo más que a su propia casa. Jornadas de diez horas, más dos o tres de ida y vuelta —para que le digan que en el trayecto hay algo que se

llama calidad de vida, estado de bienestar, lo que sea—. País de miles de mujeres que mantienen a su familia y son parte de la normalización de la violencia doméstica, que a veces ni siquiera se toma como violencia. País que dice respetar al indígena, que dice integrarlo a un federalismo que en realidad lo excluye.

En múltiples ocasiones he escuchado que México no es un solo país. Fuera del lugar común, es algo que debemos recordar al ver una mayor riqueza al norte, mayor urbanidad al centro y una agravante pobreza al sur —argumentos eternos hasta el aburrimiento—. Debemos atender la cantidad de matices que generan diferencias, a veces irreconciliables, desde lo étnico, hasta lo religioso, lo económico o lo cultural. La riqueza de matices que tan a menudo se declara como virtud, no siempre es un alivio al momento de formar Estados; México tiene que aprender a vivir con ellos y entender sus consecuencias. Lo múltiple de las realidades de cada individuo y la suma de esos individuos hacen difícil establecer el código compartido con el que un país puede ver hacia su futuro. No tenemos todos el mismo idioma, ni el mismo papel para definir qué queremos hacer.

No escribo esto a través de mi pesimismo, mucho menos me creo que esas diferencias imposibiliten las opciones, sólo espero que no sigamos insistiendo en las recurrencias que no han terminado de servir. Tampoco intento proponer o buscar nuevas ideas para conformar, analizar o pensar el país, sino escarbar en algunas que hemos dejado atrás en medio de la repetición o la costumbre.

Espero trazar una ruta agreste que adquirirá ciertos rasgos de amabilidad. Primero realizaré un acercamiento sentencioso a las que considero son nuestras calamidades. Después, una revisión a las nociones que nos han llevado a convivir juntos. Por último, un asomo a nuestra percepción y, con mesura, la aceptación poco zalamera de las cosas buenas, para terminar esbozando una propuesta de futuros.

-
- 1 Jorge G. Castañeda, *Mañana o pasado. El misterio de los mexicanos*, México, Aguilar, 2011.
 - 2 Samuel Ramos, Octavio Paz, Roger Bartra.
 - 3 Ikram Antaki, *El pueblo que no quería crecer*, México, Océano, 1996.
 - 4 Resultados de pobreza en México 2016 a nivel nacional y por entidades federativas”, Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval).

Pueden consultarse en:
<http://www.coneval.org.mx/Medicion/MP/Paginas/Pobreza_2016.aspx>

I

¿CUÁL ES EL DESENCANTO MEXICANO?

¿Cómo hablar de afectos hacia lo que está lleno de fallas?

Por más deseos, orgullos y aspiraciones que tengamos, México es un país que no funciona.

Cuarenta y tres por ciento de sus habitantes vive en pobreza y existen quienes son capaces de imaginar el hambre.

¿Habrá un temor mayor a ése?

Corrupción. Narcotráfico. Violencia a manos de delincuentes, violencia de Estado. En este país la violencia se perdió en la violencia. La omnipresencia de la muerte le restó importancia.

Mientras el desarrollo de una parte del país no ha mermado, en otras se sobrevive a la miseria, y México detesta reconocerla.

El México moderno tiene poco más de cien años.

Se convenció de un federalismo y éste da la impresión de haber fracasado.

La política se hizo en caudillos, la República en vacíos.

México se hizo llamar un país.

Se llamó solidario, pero se olvidó de los otros. Nosotros.

Presume de modernidad conservadora.

Algo salió mal en un país que descansó en el instante para habitar la esperanza, se arraigó a su pasado y no parece saber qué

hacer para alcanzar el futuro.

México no funciona, decía. Ningún país pude decir que lo hace cuando se tienen sus tragedias.

1. MÉXICO: LA TRAGEDIA Y EL MELODRAMA*

Al hacer un balance de muchas discusiones sobre los problemas de México, mi recuerdo más distante incluye una frase que he escuchado repetirse en conversaciones más recientes: *este país tiene todo para acabarse y aún sigue*. La expresión tiene variantes con pocos los matices, y todas transitan por el mismo camino que, quizá sin intención, coquetea con la indiferencia o el cinismo: no importa lo que suceda en México, habrá mañana. Esa afirmación, que diluye gravedades, sin duda tendrá algo cierto, sólo que su positivismo olvida la conciencia trágica y saluda a su versión menos severa, el melodrama.

Nos equivocamos si, en la perversión de los términos, creemos que la diferencia entre tragedia y melodrama depende únicamente del tono, o de los eventos que las desencadenan. Algo en la manera de relacionarse consigo mismo hace que en México incluso la más clara tragedia pierda su carga trágica. Olvidamos que la configuración de la tragedia depende de los hechos y de nuestra respuesta a ellos; despreciamos una noción que tonifica la memoria y permite la reparación de las sociedades. A falta de nociones trágicas, surge la continuidad de lo inaceptable, la profanación de los límites más básicos, la procuración de un sistema que se hace daño.

En lo literario, la tragedia se desprende de la caída del individuo. El personaje trágico marca su propio desenlace y sube tanto como pueda para terminar tocando el suelo, para perder un estado que le satisface y en el que se cifra su bienestar. Se enaltece por sus virtudes, pero las virtudes sólo exacerban lo dramático de su fin, y la permanencia del recuerdo de ese mismo fin en el dolor de todos los tiempos. Es el bienestar que, dada la subjetividad del individuo, para algunos dependerá del poder sobre un Imperio, y para otros de la simple vivienda o de la mera existencia. Cada una de estas realidades es tan válida como la otra. Depositarias de los miedos, tan individuales como distantes.

En el melodrama, el evento dramático no se percibe como tal y se adorna de artificios, la carga descansa en éstos más que en la desgracia misma. Y la desgracia se repite en otros instantes, mientras que la tragedia, tan definitiva, no pide ni acepta grandes repeticiones. Este mismo esquema puede ver su espejo en las sociedades.

En México, pasada la primera década del siglo **xxi**, cientos de miles de muertos no han alcanzado para ser trágicos. Si fuera así, los millones sin techo, o bajo uno precario, o los muchos con carencias de alimento más que de educación, pesarían sobre el valor de sus cifras. Los múltiples y escandalosos limbos en que se pierde la más absurda corrupción, o al menos sus consecuencias, acarrearían toneladas de vergüenza, sentimiento que no se asoma entre condenas, proclamas, exhortos y peroratas. Tampoco entre la mayoría de nosotros. De ser un país con la menor conciencia trágica, la violencia habría servido para el fin que en la estructura dramática tienen las desgracias: la enseñanza. Sin embargo, no aprendemos, pero a la vez y en la bipolaridad máxima, creo que son cada vez menos quienes dudan de las tragedias que ocurren en México, pese a no situarlas en el lugar que les corresponde. Son los temores. Es el hambre y la pobreza. Es un país violento. Quizá había dejado de serlo, al menos un poco, por un breve, muy breve tiempo. Pero incluso esa brevedad era melodrama.

Sin prestar mucha atención a las noticias, cualquiera podría darse cuenta de que el país se hizo, como pocos, con la materia de la nota roja y la exclamación. ¿Qué país puede llamarse serio si en él hay fosas clandestinas llenas de cuerpos? Si es una unión de estados en los que cerca de la mitad de su población practica habitualmente la costumbre de las carencias. No, México no es un país serio, quizá convenga darse cuenta de ello. Pocos elementos cuentan con la universalidad de la tragedia, pero México siempre esquivó las grandes tragedias del mundo. ¿Qué íbamos a rescatar de ellas? Nuestra soberbia se convirtió en tolerancia.

No falta el que voltea a su alrededor y respira con tranquilidad. Es en primer lugar nuestro esquema de gobierno, constructo disfuncional de identidad nacional. ¿Cuándo hemos reconocido al exterior nuestros defectos? Es la inacción, acomodo o poca representación y capacidad de quienes conformamos las élites, ya sean políticas, culturales o académicas. Son también los cafés y universidades de la Ciudad de México, las ferias de libros de Guadalajara o Mérida. Son las industrias de Monterrey o las expresiones culturales de Tijuana, Querétaro o Xalapa. ¡Eso es México!, se afirma con orgullo. No, México es más lo otro. Las virtudes, por más grandes que sean, no conforman identidades, como sí lo hacen los defectos. En México, las virtudes se convierten en adornos que minimizan el hecho trágico.

He escuchado y leído que los mexicanos somos felices. Hay estudios estadísticos que se afanan en demostrarlo a partir de preguntas insulsas, ¿pero qué felicidad se vive en el escenario de la tragedia? La que descansa en el presente y no es capaz de sentir el peso de la memoria, mucho menos hacer del futuro el espacio para honrarla, despreciarla, o intentar disculparse o reponerse de sus recuerdos. ¿Por qué hay pueblos que hicieron de sus tragedias un motor eficiente? ¿Por qué no el nuestro?

En México, la permanencia no es virtud en asuntos de calibre funesto, es el conformismo de seguir despertando a sabiendas de que afuera de nuestras casas, a veces no muy lejos de ellas, hay

otro universo muy ajeno a ese en el que vivimos quienes no nos preocupamos diariamente por los elementos que hacen de la angustia la clave de la existencia.

Así, el principal elemento es el tiempo, en la tragedia su permanencia es carga y motivo. Para el melodrama, el tiempo se esfuma en espera del siguiente evento, nos acostumbramos a él con facilidad. En el melodrama, importa el momento más que la intensidad del hecho trágico. Nuestros dramas duran lo que dura el instante. Es el amor al hoy mismo, al espacio que puede estar lleno de conflictos, aunque ninguno de ellos será suficientemente nocivo como para afligirnos en exceso, ni a futuro.

Pero si el país no funciona, sin duda sigue. Sí, reconozco que la vida transita. Los niños van a las escuelas —muchos de ellos—, ya sean urbanas o rurales. La agricultura siembra y cultiva. La industria hace lo suyo y, en medio de sucesos inefables, hay vida. Hay cierto avance en lo avanzable. Hay creación cultural, hay futuros, etcétera. ¿Entonces? ¿De qué sustento me valgo para afirmar que ninguna de esas cualidades positivas, o al menos de supervivencia, son suficientes para jactarse? Un solo argumento es más que suficiente, una emoción que en otros lados es poderosa y se sustrae de la conciencia. En México, a la desgracia le falta noción sobre el tiempo y la vergüenza es dejada a un lado. La vergüenza se tiene ante otros y México tiende a verse sólo a sí mismo, en defensa de sí mismo.

Creo tener buena memoria y no recuerdo un solo evento de origen humano cuyas calamidades o consternaciones hayan adquirido una condena, carga o malestar unificado. En este país no hay unanimidad sobre lo malo, sean cientos de miles de muertos, sean decenas de estudiantes, cientos de mujeres o periodistas asesinados. En escenarios variopintos, he visto a más de uno relativizar lo que en cualquier nación decente —que son pocas, pero no inexistentes— habrían sido motivo de pena de la más alta envergadura. Aunque la corrupción parece ser un punto de acuerdo, no hemos logrado verla con el sentimiento que en otros países lleva a gobernantes y empresarios a dimitir, o a sus allegados a revisar

qué omisión los hizo en alguna medida responsables. De nueva cuenta, se relativizan los crímenes y se hacen ojos ciegos y oídos sordos ante las redes que permiten la enfermedad crónica.

En el sistema mexicano nada es trágico, ni la vida ni la quiebra de un estado. Un caso de tortura no es vergüenza nacional, y en México son muchos. Una mujer buscando dónde parir sin encontrar lugar para hacerlo no genera más que una investigación protocolaria o el enojo social hacia el hospital que la rechazó por falta de espacio o mera indiferencia. Sin acuerdo sobre la jerarquía del hecho trágico, indigna más el robo en descampado que los cientos de cuerpos enterrados en el mismo terreno en que se ha cometido el hurto.

La aceptación de la tragedia le ha dado a más de un pueblo una idea del camino que debe recorrer. Al ser definitiva, se hace lo imposible para que no regrese. Será el funcionario corrupto, será el militar o el policía que actuó de forma criminal, será la opresión a la que no se está dispuesto a someterse, será la turba que aplastó a sus semejantes, será la anulación de la dignidad que no se olvidará. Memoria, tiempo y resistencia cuando la tragedia vino de fuera. Memoria, tiempo y vergüenza cuando surgió dentro.

La tragedia de los pueblos exige y provoca conciencia social; un impulso de unión que define los límites. El punto hasta donde se está dispuesto a aguantar. Todo lo que salga de esas fronteras será tragedia. Mientras México no coincida en qué es trágico, mientras no se haga de la mínima vocación trágica y reaccione en consecuencia, mientras no tengamos esas nociones básicas, seguiremos pensando que los síntomas son madre de nuestros problemas. Si tuviéramos un ápice de vergüenza y conciencia del tipo de drama que hemos vivido, ningún análisis diría que la corrupción o la violación sistemática contra los derechos humanos son merma de nuestras estructuras, sino que nuestras estructuras mismas son proveedoras de la corrupción y la violación a las mínimas garantías para las que está diseñado un Estado.

Entre tanto, no serán trágicos los miles de muertos, los millones en desfalcos, la constante violación a esos orgullos fantasmales con

los que se construye el melodrama mexicano.

* Una versión más corta de este texto se publicó en *Nexos*, mayo de 2017.

2. LA ESPIRAL MEXICANA

Existen barreras con cualidades más perversas que impedir cruzar a otro espacio. A veces no bloquean únicamente por la obstrucción material, sino por la percepción que tenemos de la barrera misma y cómo reaccionamos ante ella. En ocasiones, será tal su imponente que intentamos empujárnosla y le llamamos verja a una muralla, sutileza mediante la cual la ausencia del nombre adecuado olvida su brutalidad.

He tratado de desmenuzar cuántas de esas barreras chocan con los presentes de México y, sobre todo, medir el tamaño del obstáculo que atenta contra sus futuros. Será el oficio, la manera de ordenar ideas, no sé. En la vida y en las novelas, me cuesta ver la virtud de las líneas que no llevaban a ningún lado; busco anticipar las vertientes de la historia. Puede ser mera prudencia. Me he topado con protestas de públicos y lectores al insistir en darle más peso a los elementos que provocan aversión; parece que fuera necesario detenerse en el universo de bondades, pero si el país tiene positivos tan sólidos, estoy obligado a pensar con mayor calma sus contrarios. Quizá, la primera contrariedad aparece en el momento en que un muro no tiene la misma altura de uno y otro lado.

Existe una espiral que se entrecruza con todos, absolutamente todos los conflictos que provocan mi desprecio al preguntarme por

qué se vive como se vive en estas fronteras. ¿Qué defendemos? A veces se vive bien; otras, mal; muchas, se sobrevive —el peldaño inferior al simple derecho a vivir—. Es ése el escenario de una condición que alberga contradicciones profundas: este país es contenedor de realidades detestables y, sin embargo, guarda instantes de virtud, que no menoscabo, pero sí dejaré para más adelante.

Si lo detestable en un país es abismal, ¿no será que es un mal país? ¿Por qué enfatizar esa característica? Porque sólo así, en la exploración más exhaustiva del problema, se podrá pensar cómo cambiarlo. Si no me angustio por la enormidad del muro que tengo enfrente, nunca imaginaré las vías para franquearlo.

En la disección de las imposibilidades mexicanas, siempre termino enredado en aquella espiral, dando vueltas que me llevan a un mismo punto. Es la versión moderna de la exclusión, no exclusivamente mexicana pero sí amplificada en las características nacionales. La infranqueable inequidad. Su peculiaridad local es la muestra del agotamiento de un sistema que refleja sus fallas en cada campo de la vida —lo social, lo económico, lo político—, convirtiéndose en una inmensa barrera para el porvenir positivo, asegurando su fracaso y la ampliación de cualquier aspecto negativo.

La forma de acercarse a esas fallas ha dado una y otra vez soluciones que, en la naturaleza de la organización mexicana, vienen de la mano de grupos políticos, más que sociales —lo que se supone concentra tanto al ciudadano común como al intelectual, al académico o al empresario, etcétera—, y se han eternizado en los componentes paralelos y eufemísticos de la inequidad, imposibilitando la racionalización o el ejercicio práctico de los objetivos que quizá se hayan propuesto de inicio. El ejemplo que resulta más claro se encuentra en la insistencia casi proverbial de eliminar la injusticia, búsqueda parecida a la de un cáliz sagrado, en lugar de reducir la brecha de inequidad que, si hay suerte y perseverancia, impactará en esa injusticia que se ha tomado como

causa del mal, y no como el resultado de un sistema que no cambia por más que a su estructura se le haga el ajuste que se quiera.

En realidad, no son pocos los cambios de sistema que ha experimentado México en los últimos, al menos, cuarenta años; veinte de los que puedo hablar sin mucho temor. Incluso con la infranqueable inequidad presente, esos cambios han dado uno que otro resultado. ¿Por qué entonces no seguir abordando los problemas de raíz? ¿Por qué la espiral nunca termina? Por las razones que describí en el ensayo anterior y su entrecruzamiento con un modelo y sistema, desde mi punto de vista, defectuoso, por el que navega de manera sistemática esta nación.

Como muchas de las características de las sociedades, la inequidad en México no puede tener un origen único o una única lectura. Podemos llegar o no a un consenso al respecto de sus componentes históricos, pero, sin intentar refugiarme en ellos o en el pragmatismo que a menudo considero insuficiente, es la relación actual con la desigualdad y su percepción en el entorno lo que detona mis críticas más severas. Es absolutamente imposible tener un país decente cuando los extremos son tan distantes. No hay semejanza en los fines de la educación entre los polos de la sociedad mexicana, no hay preocupaciones similares para la salud de esos polos, no hay temores parecidos entre ellos, mucho menos alegrías. La inequidad en México, insisto, como en otros países, anula las equivalencias de futuros de los individuos que no pertenecen a un mismo grupo social y aquí, lo social a menudo se entiende como socioeconómico. Sólo que en México son demasiado distantes las posiciones en las que se encuentran sus grupos sociales para aspirar a una perspectiva similar entre sus ciudadanos, evaporando las posibilidades reales de esos ciudadanos, al mantener una serie de líneas divisoras entre la infinidad de ciudadanías o espejismos de ciudadanías —si es apropiado el término—. Éste es el fracaso fundamental de un Estado, la limitación de futuros para sus integrantes. ¿Cómo se construye un país en el que esos futuros no son siquiera parecidos?

Hacía hincapié en la disparidad de temores por una razón: el posible avance y mejora de las condiciones generales de un país parte de la superación de éstos antes que de cualquier otra medida. Me refiero a las seguridades. Los temores aquí son demasiados y no pertenecen a la misma tabla de jerarquías —mis incertidumbres no serán en nada parecidas a las de un miembro de otro estrato socioeconómico, ya sea hacia arriba o hacia abajo—, a menos que se transite por la vida con una gigantesca carga de indiferencia, lo cual es parte de la misma inequidad. A falta de una construcción social en la que todos los ciudadanos se consideren a sí mismos iguales, ¿qué tanto se hará en este o cualquier otro sitio por los que no se consideren pares? ¿Qué tanto nos vemos como otros? Es éste un problema del modelo occidental al que México no es ajeno. Sí, México con todo y sus pasados, se desarrolla en el hemisferio de lo occidental que busca ciertas garantías en la vida pública y privada. Los conceptos de democracia, libertades, derechos, ciudadano y República, como hemos dado muestra de parecer entenderlos, son producto exclusivo de Occidente y parte fundamental de su conformación.

La pieza básica en este sistema es el individuo transformado en sujeto de responsabilidades y derechos. Ahí radican cada uno de los valores nacidos de la Ilustración, ¿pero, qué civismo cabe en la desigualdad máxima?, ¿de qué democracia hablamos?, ¿qué tan libre y seguro se encuentra quien, a causa de la inequidad, no pisa la misma red de garantías?

Ni la injusticia ni la inequidad ni la desigualdad se miden en la misma escala. Son tres conceptos mezclados hasta el cansancio. En ocasiones, una es consecuencia de otra. Casi por norma, son niveles distintos de problemas también diferentes. Podría ser desigual la situación de una población, pero sus posibilidades similares. De ser éstas diferentes estaríamos hablando de inequidad. Cuando son inequitativas las condiciones de una población, la desigualdad se dará por sentado a la vez que se eliminará la posibilidad de igualación. La permanencia de estas características en México da por

resultado la injusticia. Su integración en una sola idea tergiversa su noción y representa la vocación para nombrar cosas sin decir mucho sobre ellas, perdiéndose en el abismo de significaciones supuestamente compartidas, generadoras de sinónimos inexistentes que no dejan ver el problema. ¿Qué pasó en México que nos permitimos abusar de esas tres palabras sin tomar en cuenta las consecuencias de su existencia? Nos paramos frente a aquel muro y lo medimos únicamente de nuestro lado.

Al no contar con la homogeneidad mínima en las posibilidades de cada habitante, en México se imposibilita responder por igual a las obligaciones y derechos que conformarían el ideario del ciudadano. No hay modelo a seguir en la disparidad; el fracaso de nuestro Estado ha sido no garantizar ese piso común.

A partir de este momento me vuelvo a enredar en mi propia espiral. Convencido de que la única manera de que una sociedad funcione —y de que los principales objetivos de su funcionamiento son impedir el daño y la violencia hacia sus miembros, para después permitirles construir futuros y garantías—, me doy cuenta de que me estoy refiriendo a los cimientos de una sociedad moderna. Algunas de las expectativas que se pensaron en el mundo a partir del siglo XVIII, como la democracia, las libertades y los derechos, parecen lejanas cuando se habita en simultáneo en diferentes peldaños. ¿Cómo se homogeneiza un país con tantos matices, cuya amplitud y diversidad parecen irreconciliables? El siglo XX intentó responder a este problema con experimentos desastrosos que aplastaron esos mismos cimientos sociales. El espejismo del socialismo, que nació en Europa y mi generación aún pudo atestiguar, ofreció la idea de una equivalencia para las garantías mínimas de los ciudadanos, extirpando el elemento jerárquicamente par con el que el ciudadano es tal: la libertad. Porque el dilema de la libertad incluye la posibilidad de la desigualdad. ¿Pero qué tan libre es el individuo limitado por sus incertidumbres? ¿Será que México se consideró inmune a esta gran dicotomía del mundo contemporáneo? No nos dimos cuenta de que la solución a esta brecha entre unos y otros

necesita de un tiempo tan grande, que su proyecto debe caer en el tiempo mismo. No hay desarrollo social sin relevo generacional. Todas las grandes causas se han luchado de una generación a otra, conscientes de que quizá a los primeros y a los segundos no les tocará el momento de ver grandes avances. Si somos honestos, fracasamos también en esa apuesta, dentro de todo, el país sigue adelante a pesar de la inequidad más aberrante. En consecuencia, tampoco logramos el entendimiento más profundo de la democracia o las libertades. Si la generación de algunos padres fue la que más luchó por estas causas, no siempre buscó en sus hijos la conclusión o la entrega de la estafeta, y los hijos no vimos cómo adecuar el tiempo a la idea central: sin equidades, es decir, sin posibilidades equivalentes de futuros, no habrá un terreno muy claro para hablar de ciudadanos como de habitantes de la ciudad. No es lo mismo. La espiral crece. Bajo esta condición, ¿qué exigencias se pueden hacer mutuamente? Si el ciudadano es absolutamente ajeno al Estado, éste dejará de responderle y el otro de exigirle las condiciones para formar parte de él. Nos hemos perdido en las formas, creímos que eran estáticas y las formas eran lo único destinado a cambiar. Por instantes retrocedimos, perdimos, ni siquiera logramos que la violencia fuera equitativa.

3. LAS CENIZAS DE NUESTRA HISTORIA*

Los elementos de crisis en México se juntan y relacionan en grandes conjuntos, a veces unos dentro de otros, como si se tratara de una muñeca rusa. El más preocupante es uno, su historia es la de nuestra evolución: de alguna forma nos hicimos menos violentos, y por otro lado refinamos nuestras capacidades de serlo.

He tenido una fortuna inmensa. Vi la violencia y en ocasiones perdí por ella, pero al final siempre terminó por ser amable conmigo. ¿Cómo pudo ser así? Porque su distancia me permite escribir estas líneas, y su cercanía pensarla.

Me debo a dos países, Siria y México. Quizá, al ser mitad de uno y mitad de otro podría encontrar un piso equivalente en estos temas. Pero no sólo han sido los últimos diez años de guerra contra el narcotráfico, éstos que han llenado de errores el país que escogí para quedarme. Tampoco son los más de seis de guerra civil, en los que las bombas destruyeron la casa de mi familia, y en los que murieron algunos de ellos. Uno es del lugar en el que se quedan sus muertos, me han dicho a lo largo de la vida. Pero la naturaleza del hijo de migrantes pertenece a varias tierras. La violencia en América Latina es condición de normalidad, siempre lo ha sido. La violencia en Medio Oriente es sujeto de negación hasta el olvido. Y con los

siempre hay que tener cuidado, pocas veces los absolutos son más honestos que en esas cualidades de refinamiento.

A los dos extremos del Atlántico, la violencia cuenta qué hemos sido y hasta qué punto hemos llegado, para después hacernos creer que nuestras tragedias terminarán por enseñarnos algo que todavía no hemos aprendido.

La violencia remueve humores. Su existencia se encuentra por encima del acto violento, tanto que no se desvanece con la única tranquilidad que no implica alivio; la violencia es una presencia. Una enfermedad discreta y, al mismo tiempo, estridente como el más voraz de los virus. Sus motivos son nuestro registro. Nos hemos lamentado, llenado de rabia, perdido en sus infinitos, antes de darnos cuenta de que la violencia envuelve, pesa, se respira. Tiene la vocación de permanencia.

Un poema medieval cantaba: el día de cólera disolverá el mundo en cenizas. El todo de lo que hace daño. No hay matices en el escenario cumbre de la violencia, sólo que la violencia es el universo de matices y jerarquías.

En Siria, antes de la guerra, sin ella y todo lo que trajo, la violencia era el punto máximo de la amenaza. No era necesario llegar a los terrores que el mundo ha visto para sentirse. Eran los años de la dictadura, el control de la policía secreta, los sobornos para cualquier cosa. En México, durante años, la violencia estuvo presente en el silencio de ciertas comunidades, en la indiferencia y la costumbre a lo que no se quería aceptar. De nuevo nos encontramos con las totalidades como defensa de una idea de comunidad que se busca inalterable y en la que el grupo ha pasado por encima de los individuos. La siria y la mexicana son sociedades que han vivido sabiendo qué sucedía con sus mujeres, con sus minorías, donde los derechos más elementales se transformaron en subjetivos y posibles elementos de discusión. En esos años banalizamos la violencia y ahora, cuando parece que hemos regresado a un punto que no íbamos a permitirnos, el mundo aún discute bajo qué términos definirla. Lo hicimos en su propia evolución.

Sin duda hubo un momento en el que estaba justificada. La mera necesidad del alimento, del territorio lo exigía; pero la violencia ya no tiene carácter de necesidad. Siglos de humanidad envueltos en el conflicto; no somos una especie de paz, sería inapropiado e ingenuo pensarlo. Cuando la muerte fue omnipresente, desvirtuamos la violencia. En cierta forma seguimos comportándonos como en el Medioevo. Alepo, al norte de Siria, respiró violencia y la violencia se perdió en Alepo. Así como en el Levante entero. Fue imposible saber cuándo un ataque era más agresivo que el anterior. En mi país del siglo XXI, el de América, ¿qué reclamo unísono ha reaccionado ante los cuerpos que se encuentran ocultos bajo tierra? Desde mi juventud supe de fosas clandestinas, estaban en el cuerno de África, luego en Yugoslavia. Dije que la violencia fue amable conmigo, sé de la existencia de otras tumbas de desaparecidos en Homs, donde nació mi abuela y donde los militares le quemaron la biblioteca a un poeta, porque eran libros. Sé que hay más fosas a menos de unos miles de kilómetros del lugar donde escribo. Sin embargo, mis dos territorios no son comparables, no sólo entre ellos, sino con otros de cualidades similares; la violencia no es una, tiene múltiples formas. Su expresión más básica es el daño contra la integridad o la libertad corporal. ¿De quién? De todo ser vivo. Alguna vez sólo se aplicó el término *violento* a las personas y, en esos días, no a todos se le otorgaba el respeto mínimo de tomarlos como tales, como personas. ¿Qué mayor violencia puede haber que ésta? Eran las razas, los géneros, las especies. Ahí empezó el refinamiento, por fortuna; aunque a veces, por desgracia, hemos evolucionado.

La violencia debe ser jerarquizada según su costo social, según su daño contra un único capital: la vida.

La violencia no es una, recuerdo. Tiene demasiadas caras. Está la violencia primaria, la del garrote y la embestida. Avanzamos y se transformó en balas. Qué "modernidad" sentí cuando se me avisó que, en el barrio cristiano de Damasco, un misil había caído a un lado de mi sobrina. Salió viva. Así, con esa idea de vanguardia, también se inventó la guillotina. Escribí una novela sobre ella para

contar cómo la imaginación, lo mejor del hombre, se puso a disposición de lo peor de nosotros. Sin embargo, cortar cabezas parece menos violento que hacer hogueras de las casas. Éstos ya no deberían ser tiempos para buscar refugio de los bárbaros en el granero, decía mi madre. Pero como nunca, éstos son los tiempos de la violencia que atenta contra lo que se tiene. Ciudades enteras desplazadas. En Siria falta la mitad de la población; buscando refugio, perdieron su techo. Se perdieron ellos. A pesar de ser menos agresivas, en pueblos del norte de México han sucedido cosas similares.

Durante mucho tiempo critiqué la relación del mexicano con sus posesiones. Decía que México era el país donde la gente cree ser por lo que tiene. Aprendí a ser menos severo. Sin dejar de lado mi juicio acerca de la patológica identificación con los bienes, propia de y hasta entendible en países en desarrollo, en el refinamiento de nuestra civilización el atentado contra nuestras vidas se hizo más extenso que el mero atentado contra el cuerpo. La violencia que atenta contra nuestras posesiones lo hace sobre nuestras más ínfimas seguridades; su subjetividad será tan válida como se sienta afectado el individuo. Después de que mataron a su hijo, ¿qué le importa más a un padre que aquel dibujo que hizo el niño de Palmira o en Allende, Coahuila, antes de ser asesinado? “Uno no roba cosas, roba personas”, escribí en otra novela sobre villanos.

Con esa distancia de la que hablaba, descubro una aberración que, al amparo de nuestra inteligencia, contradice mis suposiciones, en Siria y en México, como en Europa, cuando la demencia aparece a manos de la cobardía asesina del terror. En el África del abandono, que se extiende por todo el continente, se ha hecho apología de la violencia colectiva. Son las guerras declaradas, las no declaradas y el terrorismo. Es la anulación del otro a partir de causas que se desenvuelven en el campo de la ideología y sus perversiones. Por momentos, la violencia nos regresa al estado de naturaleza. Dicen que son los musulmanes, o los otros musulmanes, o que son los judíos, o los cristianos, o los drusos, los kurdos, o son los mexicanos,

los migrantes, los amarillos o los rojos, los negros, las mujeres con pantalones, las faldas, los obreros y los sombreros, son las pelucas. En el estado de naturaleza entran todos los atributos y calificativos. La violencia es lo que queda dentro de nosotros, lo que no está dispuesto a desaparecer de nuestra esencia de predador. En ella se desvanece su mayor antídoto: el piso común del ciudadano, su límite social.

El siglo XVIII estableció ese límite, y para el XIX había bajado el perfil de la violencia. Los valores de la Ilustración sacaron provecho a algo que no era nuevo y que sirvió como el mayor contenedor de la violencia: la mayor posibilidad humana, el lenguaje y todo lo que hemos logrado a través de él. Por ejemplo, darle existencia a un otro que todavía no conocemos.

La evolución genética da la impresión de haberse estancado hace tiempo, dando paso al elemento más fascinante después de la articulación del pulgar: la evolución social. Su fundamento, el lenguaje, es la máxima herramienta civilizadora. Gracias a ella le dimos forma a la posibilidad de contemplación y de aproximación a los demás más allá de la mera cercanía física: la ampliación del territorio y, con esto, la articulación de lo permisible en defensa del mismo territorio, de su subsistencia. Ser civilizado es dejar de ser violento; no son los edificios ni las carreteras, no son los dispositivos o las pantallas. El diálogo como antídoto a la barbarie. Triunfamos al considerar asociales, conductas que antes formaban parte natural de la vida y redujimos nuestro umbral de tolerancia a la violencia. ¿Qué nos está pasando ahora? ¿Cómo es que a pesar de nuestras virtudes estamos remodelando el espíritu de la violencia? Lo hacemos en consecuencia a nuestros logros. Ninguno de los dos lugares a los que pertenezco, con sus infinitas cargas de salvajismo, ni tampoco los peores escenarios de África, son víctimas de lo que un día hicieron los grandes conquistadores de la enciclopedia. Los eventos violentos, incluso con nuestras cifras, le dirán al optimista que no comparta mi pesimismo, que vamos por mejor camino en la cuenta final de una historia llena de desgracias.

Sólo que, en nuestros miles de años de historia, no hemos hecho nada para hacernos inmunes a la presencia que irradia la violencia. Es la presencia, insisto, que ha sido irreductible. La presencia que se encuentra en el estómago de la patología social y pese a las mismas sociedades.

En México construimos un espejismo aséptico que no previó defendernos de nosotros mismos. ¿Abusamos de ese invento que es el lenguaje al sentir violencia en las palabras? No. Dejamos de ser, sin terminar de entendernos, una especie que se define sólo por sus necesidades y nos transformamos en una que es por lo que piensa. En este escenario, todo ataque a lo que venga de la mente de un otro será violencia. Porque el nosotros debe tomar en cuenta a los demás. La pelea con ellos será la manifestación animal de la ausencia del lenguaje.

Refinados como somos, olvidando nuestra gran invención, perdimos el pretexto para ser violentos.

Como la violencia ha sido amable conmigo, veo a familias aquí y allá que han desaparecido. Sumo en una libreta los números, dando cuenta de los muertos, de los niños que van quedado sin futuro, de las casas derrumbadas como la de mi familia a las afueras de Damasco, de las calles llenas de humo. Yo, escribo.

Soy el narrador de las malas noticias, le dije a un entrevistador mientras me preguntaba sobre Siria. Él acababa de dar la nota sobre una matanza en una cárcel al norte de México. Yo explico lo que pasa, a eso me dedico, continué mi respuesta. ¿Qué busca el que explica la violencia? Una sola cosa: un otro.

En ese otro se espera la empatía, lo que pide quien ya no puede pedir nada.

* Una versión de este texto fue publicado en la revista *Tintas. Quaderni di letterature iberiche e iberoamericane*, de la Università degli Studi di Milano, octubre de 2017.

4. EL DESAMPARO*

En cualquier ámbito, los casos emblemáticos nos permiten tener una mirada ante lo amplio y recurrente. Frente a la violencia, los caminos más frecuentes son el escándalo o el olvido. La naturaleza lleva al primero y, una vez acostumbrados, en México optamos por hacer institución de lo segundo.

Algunos ejemplos: San Fernando, Tamaulipas. 2010. Setenta y dos migrantes asesinados. Allende, Coahuila. De 2011 hasta un punto de 2012. No se sabe cuántos desaparecidos. Una misma organización criminal, los Zetas.

Desde hacía varios meses, Jacobo Dayán, especialista en derechos humanos y buen amigo, me venía platicando del trabajo de investigación que buscaba rescatar la memoria de dos eventos que en esos años reflejaron lo peor de la violencia que ha dejado la guerra contra el narcotráfico, que se inició durante el gobierno de Felipe Calderón y ha continuado hasta el presente. Se trata, sin duda, de uno de los eventos modeladores del México contemporáneo, de esos que se dan poco en la historia de los países y cuyas consecuencias permanecen por generaciones. En este caso, desgraciadamente, sin entrar en diatribas, sólo por el costo de vidas a lo largo de más de una década.

Unos días antes de escribir estas líneas, recibí el informe que se presentó sobre los dos casos, a pocas horas de que me sentara frente al teclado. En México la brutalidad permite que lo inhóspito se convierta en un lugar más que en un estado.

Es difícil entender el espacio en el que se encuentra lo más infame del abandono. Es la decadencia y el rompimiento de los límites ínfimos. Ahí donde la negación es todo y el dolor no parecen importar, porque incluso con la intención de que lo hiciera no le preocupará a nadie más que a quien lo siente. Donde la violencia pasa y no se encuentra el cobijo que cubre la última esperanza del que vive la tragedia: la memoria. Cuando una sociedad no se ocupa de la memoria sólo le queda el desamparo.

Como a muchos, la masacre de San Fernando no me resultaba a ajena. Allende corrió con una suerte diferente.

En el camino del escándalo la sorpresa es permanente. Garza, Cuéllar y Moreno. Tres miembros de la organización criminal desertaron. Trabajaban en el tráfico de droga a Estados Unidos. Los líderes de los Zetas pidieron dar con ellos. El desplante de autoridad y salvajismo que le viene a la ausencia de las mínimas formas de gobierno. Las consecuencias inverosímiles. Había que *levantar* a cualquiera con estos apellidos. Secuestros, casas incendiadas, ejecuciones masivas. Lo que en cualquier parte del mundo se entiende como crímenes de lesa humanidad.

Dos de los desertores son parte del programa estadounidense de protección a testigos. Sus declaraciones contradicen la versión que circuló en México de la masacre. Aquí se habla de una treintena de muertos; allá, de más de dos centenares. Los expedientes nacionales dan fe de unos cuarenta desaparecidos en los catorce meses que duró la pesquisa. Mujeres, niños, cualquiera que se apellidara Garza.

Al rancho Los Garza llevaron "tambos metálicos grandes [con] diesel o gasolina" en un camión de redilas. Esparcieron el líquido por toda la casa y en la bodega donde habían amontonado los cuerpos. Remataron antes a los que quedaban con vida. Un sicario recordó

años después: “tuve que matar a una persona [de] un balazo en la cabeza”. Luego prendieron el fuego que se prolongó toda la noche “hasta que se cocinaron” los cuerpos.

Los Zetas contaron con la ayuda de la policía local. Se les obligó a ignorar las llamadas de auxilio, igual que a los bomberos. “Después de cinco o seis horas se cocinaron los cuerpos [...], quedaba pura mantequilla. [Echaron los restos en una acequia y en un pozo para que] no se viera nada”.

Páginas atrás dije que la mayor crisis del Estado mexicano no se encuentra en la corrupción, sino en los derechos humanos. La primera cuenta con atención inmediata, pues afecta directamente al grueso de los ciudadanos. En cambio, las violaciones a derechos, a ese nivel, sólo lo hacen sobre las víctimas y sus cercanos.

Tal vez porque los países que ocupan la mayor parte de mi tiempo son Siria, Irak, Turquía, Líbano, etcétera —esas linduras—, el referirme a crímenes de lesa humanidad en el lugar donde hoy vivo me resulta bochornoso. No somos Sudán, Siria, Guatemala o Ecuador. La jerarquía de la violencia es distinta, pero aún con sus diferencias la respuesta de estos países llega a ser parecida a la nuestra. Del escándalo pasamos a un olvido que marca la única constante: el abandono. En éste aparece una segunda forma de violencia casi tan agresiva como la inicial. Se hace permanente en el vacío.

Intento distanciarme de la primera reacción ante los hechos de Allende y San Fernando. La reconstrucción de lo que ocurrió debe ayudar a preservar el resquicio de dignidad que les queda a las víctimas y servir de esbozo al futuro.

Salí de la presentación del informe con Roberto Campa, subsecretario de Derechos Humanos en la Secretaría de Gobernación. Más allá del puesto que ocupa, y que dificulta su posición pública ante las barbaridades que debe afrontar, lo conozco y tengo en buena estima. Como muchos funcionarios de cualquier gobierno, se sitúa en la bipolaridad obligada de defender un Estado que hace mal aquello para lo que sirven los Estados. Sólo puedo

adivinar la continuación de las conversaciones que hemos sostenido por otros eventos parecidos, que no son pocos. El abandono del Estado, no sólo del gobierno, ante el crimen organizado permitió lo inefable. La discriminación en la profundidad de la investigación y la difusión entre los dos casos que se retratan impiden el ejercicio de la memoria. ¿Sin ella, qué le queda a la tragedia? La atención a víctimas se resuelve desde lo práctico y desecha la empatía. Me preocupa con vergüenza el hecho de que, frente a la imposibilidad evidente de recuperar las vidas de las víctimas, el Estado mexicano limite su papel a ofrecer soluciones prácticas como dar dinero y tierra a manera de entrega simbólica de cuerpos. Es imprescindible reconocer la dimensión de las tragedias para intentar dar las garantías que eviten la repetición de lo salvaje. La ausencia de autocrítica sobre un modelo de política intenta defender lo indefendible. Por momentos da la impresión de que el Estado mexicano sigue sin pensarse como tal y su papel educador es materia de quienes aún intentan rescatar las nociones filosóficas necesarias para conformarse. Este país, como otros tantos a los que en este texto no les dedico un párrafo, confía en la mera administración para concebirse como nación, en lugar de revisar lo que nos hace ser.

La verdad se pierde en el relativismo nacional, pero hay una que serviría de consuelo a la desgracia. El reconocimiento de la barbarie y la intención de preservar la dignidad para que un ciudadano, una víctima, sus hijos, no caigan en la absoluta indiferencia, en ese desamparo.

En la investigación participaron la academia y algunas instituciones de Estado. Ante la negativa constante —sobre todo por parte de las fuerzas armadas— de instaurar comisiones de la verdad en un país que las implora, el modelo podría evitar que la indefensión se transforme en el legado de este país.

Allende recuerda la urgencia de entender el significado de la responsabilidad, de pensar la dignidad de la memoria. Una de las mayores carencias del modelo mexicano.

* Una versión de este texto fue publicado en *Nexos*, 10 de octubre 2016.

5. YO MATÉ A ANA BOLENA*

A través de la noción de dignidad podríamos entender el desarrollo de las sociedades. Las vejaciones que un día fueron norma y llevaron a un niño a un campo de trabajo hoy nos resultan reprochables, a partir del sentimiento de los derechos que trajeron el Siglo de las Luces y la Revolución francesa.

La definición de dignidad es en sí misma un dilema moral. Podría parecer subjetiva a partir de lo que para unos es digno y no lo es para los demás, aunque en su necesidad de objetividad descansan los acuerdos irreductibles con los que buscamos condiciones y futuros más decentes.

La dignidad no es un espacio como lo puede ser la soledad. Tampoco el elemento con el que se llena ese espacio. La adulación no enaltece al digno, el terreno de los aplausos es arado por todo tipo de perversiones, pero la verdadera conciencia apenas llega a ser tocada. Sin embargo, la constante reprobación merma el espíritu del individuo. En la conciencia encontramos la condición básica de nuestra especie. La dignidad es la conciencia que tenemos de nosotros mismos y hacia los demás; cualquier afrenta a esa noción es un ataque por encima de la vida misma.

Quién, con un dedo de frente, mientras lee estas líneas, se atrevería a decir algo a favor de la esclavitud o la tortura, la

persecución o la desaparición, las agresiones sexuales o la segregación. La violencia contra la dignidad en aquellas acciones es indiscutible, pero seguimos sin entender que los derechos humanos son producto de ella.

Da la impresión de que se necesita cierto grado de cinismo o hipocresía, tal vez ambos, para decir que un país, cualquiera, marcha por buen rumbo cuando la dignidad de sus habitantes es transgredida. Una nación, aun con una economía por encima del promedio, no puede asumirse como muy desarrollada si los derechos de una sola persona atraviesan por momentos que permiten lo cuestionable y son vulnerados.

Lo que entendemos como derechos humanos es la interpretación moral y jurídica de la dignidad. Ésta es una línea que marca uno de los grandes triunfos de Occidente. La igualdad es parte de un lenguaje en ocasiones intraducible en latitudes como las africanas o mediorientales. Su vulnerabilidad en algunos de esos países, aunque les sea absurdo, es parte de lo que mantiene a salvo la estructura social de ciertas comunidades donde la otredad no aparece en los diccionarios.⁵ Así, los derechos humanos son un pilar de la evolución occidental que no podemos darnos el lujo de perder. Comparten un aspecto con la democracia: el triunfo se encuentra en la búsqueda de mejores condiciones en el camino antes que en el desenlace. Porque las sociedades evolucionan.

Si bien es interminable la narración de vejaciones a los derechos humanos en el mundo, la comparación no siempre es una buena aliada para desarrollar una idea. He escrito múltiples textos acerca de la barbarie en países en situación de guerra, donde las reglas son diferentes y los límites se diluyen. Ahora necesito pensar en el caso mexicano: pasamos de ser el país del "aquí no pasa nada" al de "aquí puede pasar todo". Tal vez esto sea producto de nuestros pequeños logros; México no es el mismo país en el que transcurrió parte de mi infancia. Ha mejorado, pero se enfrenta a perversiones groseras. En un país donde la nota roja se transforma en los intereses de la nación, las cosas van mal. Para quien tenga como mínimo mi

edad, no será difícil recordar la ausencia de noticias en los medios de otra época que dieran cuenta de eventos violentos, que todo el mundo sabía que ocurrían. Pero el reporte en los medios de comunicación de las violaciones a derechos humanos, gracias al cambio y posible evolución social que por instantes hemos transitado, dejó de ser libertad de prensa para transformarse en deterioro de la política nacional.

Durante el siglo XVIII el avance de las sociedades que permitió ese sentimiento de los derechos, en términos generales, encontró en la ley —después de atrocidad y media, por supuesto; somos una especie profundamente bestia— el punto de partida para reconocer la evolución de los términos de convivencia y, a la vez, adelantarse a sus propios tropiezos. Se legisló sobre los derechos integrales con los que se protegería la dignidad de los individuos sobre la sociedad misma, dando las bases de lo que hoy entendemos en los ideales de un Estado proverbial. La laicidad es el mejor ejemplo de ese adelanto sobre los elementos primitivos de las sociedades: puede un pueblo entero rezarle a un santo frente al que se arrodilla, pero la igualdad entre los creyentes y los no creyentes está establecida por la ley. El ingrediente básico para ese espíritu jurídico siempre fue la dignidad. México tuvo durante muchos años una serie de leyes avanzadas sobre las de sus pares. Sin embargo, una gran falla en el sistema jurídico hizo mella hasta transformarse en costumbre: la base sobre la presunción de culpabilidad. Con esta noción, impuesta al convencimiento de las masas cual autenticidad de paño de Virgen, la dignidad pasó a ocupar un peldaño por debajo del que se había situado tres siglos atrás. La duda que debía estar en beneficio del acusado por encima de las evidencias que lo acusen se convirtió en algo incomprensible e inexplicable. Aun cuando todo diga lo contrario, de existir una ínfima duda sobre la culpabilidad de alguien, ésta siempre deberá jugar a favor del acusado, por las posibilidades de error o abuso que anulen su dignidad. Pero nuestro sistema judicial decidió, por múltiples vicios históricos, centrar en la confesión la piedra angular del procedimiento penal, en lugar de

tomarla como sólo una de sus partes. La figuras de confesor y confesado, herencias de la Inquisición y los tribunales eclesiásticos, nos hicieron olvidar que toda confesión debe ser probada. Torturen lo suficiente a quien sea, en pleno siglo XXI confesará haber matado a Ana Bolena.

A últimas fechas, veo en México el retroceso que mencioné en uno de los primeros textos de este libro. Es evidente que no tenemos las preocupaciones y angustias que inundan la vida de Nigeria, Siria, China o Irak. He perdido la cuenta de los textos en los que he pedido evitar la tontería de decir que vivimos situaciones parecidas. Sin embargo, es justamente en nuestras diferencias donde encuentro una de las dos grandes crisis que vivimos en el país. Da la impresión de que ya hemos aceptado que la corrupción es una de ellas; la otra, sin dudarlo, son los derechos humanos. Es decir, la dignidad. Logramos tambalear y subir a la mesa de debate lo único que nadie está dispuesto a perder. Se puede prescindir de infinidad de cosas, de la libertad, de un buen alimento, de una educación, de varios de los derechos que están establecidos y reconocidos por la mayor parte de los países del mundo, sólo que incluso en la ausencia de ellos, la dignidad aquí se hizo tema de discusión.

¿Qué ha pasado en México para que nos volviera a salir lo salvaje? Habíamos contenido a la bestia. ¿Qué se agitó en la jaula?

Le hemos dado a la primera crisis un nivel jerárquico, superior a los derechos, e interpretamos la corrupción como causa y no como síntoma de la inequidad. Actuamos como si fuéramos titulares de la corrupción y poseedores de una variante nunca antes vista. Sólo que la corrupción no es privativa de México y nuestro entendimiento de los derechos humanos da asomos de una originalidad macabra. La corrupción puede existir en lugares donde los derechos humanos se transgreden y nadie asume que su respeto es impoluto. ¿Quién duda de los crímenes de lesa humanidad que se comenten en Siria o Egipto? En México atentamos contra las garantías básicas y nos convencemos de que no lo estamos haciendo. Basta leer las

columnas de más de un opinócrata en los diarios de mayor circulación nacional. Es una experiencia bipolar: se lee en la misma página a dos que critican las torturas que hasta el secretario de Defensa admite, y a otro que, por su parte, ve como un logro inmenso el reconocimiento del militar. El último se lleva las fanfarrias. El mérito, para este último que niega la crisis de derechos humanos, reside en la declaración, no en la dignidad de los torturados. Es el Pentateuco. ¡Se lo merecen! ¡Se declaró culpable! ¡El maldito debido proceso!

¡Disculpen: yo maté a la reina de Inglaterra! ¡Quítenme esa bolsa de la cabeza!

El debido proceso es para inocentes y criminales, afortunadamente. Con él se evita el atropello y la injusticia hacia cualesquiera de nosotros. ¿No sería más fácil evitar las fallas que permiten a un bandido salirse con la suya, que anular su dignidad y sus derechos? Entendamos: son los de todos.

Asumimos la existencia de la tortura en México como a quien le da un resfriado. Aceptamos ejecuciones extrajudiciales como si nuestra legislación permitiera las judiciales y legítimas.

En países desarrollados un caso de tortura es asunto público. En México lo público no es de nadie, me dijo un buen amigo. ¿Será que el Estado perdió su papel educador? No hablo de escuelas, sino de conformación de sociedades.

Hay derechos que se resuelven legislando. Las iniciativas de ciertos sectores de la sociedad civil por regular ciertos asuntos relacionados con la corrupción tuvieron un eco loable. Son de esos momentos esperanzadores que llegan tras el hartazgo. La corrupción afecta a la mayoría y lo hace directamente. El ataque a los derechos humanos atañe al afectado. ¿Si lo público no es de todos, por qué ha de importarnos de la misma forma?

Somos perversos. La gran crisis de derechos humanos en México no está en la sistematización de prácticas que se han establecido en los últimos años. Se encuentra en la legitimidad que gran parte de la sociedad le da a lo inadmisibile.

Logramos justificar nuestra propia degradación.

* Publicado en *Nexos*, junio de 2016.

5 Una explicación de esto se encuentra en *Pensar Medio Oriente*.

6. AY, SOMOS UNOS REACCIONARIOS*

Nos comportamos como religiosos del siglo XVII. En 1645, el teólogo alemán Hermann Busenbaum escribió en un manual de moralidad cuya popularidad sería la envidia de cualquier editor: "Cuando el fin es lícito, también lo son los medios". En latín se lee más peligroso: *cum finis est licitus, etiam media sunt licita*. Equivocadamente, la frase se le atribuyó a Maquiavelo.

Me detengo unos momentos y busco el orden de las secciones en unos cinco periódicos distintos. Descubro las noticias internacionales, en algunos tardo más que en otros. El mundo se está alejando. Por momentos, parecemos convencidos de que lo que ocurre en casa es ajeno a nuestro entorno. También de que somos muy modernos. Espasmos de bestialidad contradicen esas suposiciones.

El etnocentrismo contemporáneo es cosa frecuente, tanto en medios tradicionales como en aquellos que se ufanan de ser más nuevos. Los periódicos se hicieron locales, también los noticieros de la televisión. No soy nostálgico, pero antes de la caída del Muro de Berlín algunos tenían una sección exclusivamente dedicada a los países socialistas. Porque formaban parte del mundo y algo aparte. En las fronteras ideológicas aceptábamos la existencia de otros. Hacíamos propias las noticias de Europa, del Cono Sur. Ese mundo

ahora se encuentra en notas pequeñas, a veces largas cuando la desgracia es demasiada, pero ahí se queda.

La falta de revisión sobre nuestra condición lleva a tropezar con la misma piedra, según canta un dicho. No me gustan los dichos, me cuesta entender sus generalidades.

Sin importar el paso del calendario, ahí vamos, animalada tras animalada. A veces, justificándonos con vehemencia.

Hace unos años, provocó poco escándalo un informe de tortura por parte de la Agencia Central de Inteligencia norteamericana. Salió a la luz tras una investigación sobre los procedimientos de interrogatorio realizados por Estados Unidos luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Si bien algunos medios mexicanos lo cubrieron, y no será difícil encontrar buenos editoriales al respecto, fueron mínimas las reacciones entre la mayoría de la gente que frecuenté y a la que pregunté en esos días lo que pensaba acerca de la noticia. Nombrar las acciones que se llevaron a cabo sería de una vulgaridad que prefiero evitar. Ni la mostaza me gusta cuando es amarilla.

De las opiniones que escuché sobre las investigaciones, una frase me llevó al asombro: “las torturas ni siquiera habían sido eficaces”. Como si lo contrario le hubiera otorgado validez a lo innombrable.

Diremos que los vecinos del norte pecan de primitivos, diremos sin aceptar que no somos tan distintos. Adjudico la poca importancia atribuida a la noticia a esa soberbia local que nos alejó del mundo — la distancia se repite en todo el planeta—. Descubro la falta de revisión sobre las nociones del bien y el mal, síntoma del poco interés que teníamos por esos otros que de forma muy superficial teníamos en el imaginario cuando el mundo estaba cerca.

Pensamos que, en el gremio criminal, la frecuencia de actos de tortura está determinada por la naturaleza del delincuente. Si las fuerzas del Estado torturan o matan es otro tema, más grave por la paradoja de tener dichas prácticas en las instituciones diseñadas para evitarlas. Sin duda haremos bien al pensar así, ¿pero dónde queda el interés por erradicar el asunto? Allá, en la alcoba de la

hipocresía. Aceptamos la barbarie porque, cuando hay miedo, hacer sufrir al vecino pasa a un segundo plano. El miedo es un gran motor del mundo y no parte únicamente de un Estado mal administrado, o de un salvaje que carga un hacha. Al miedo lo hemos transformado en la disculpa que permite al instinto triunfar sobre la razón.

Mientras escribo, recuerdo un estudio sobre constitucionalidad que elaboró el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Apenas el cuarenta por ciento de los encuestados dijo estar tajantemente en desacuerdo con el uso de métodos de tortura para conseguir información de un presunto delincuente. Una cuarta parte afirmó estar de acuerdo con el empleo de tales prácticas, y la décima parte respondió haciendo hincapié en un muy de acuerdo. A un veinte por ciento le daba lo mismo.

Dando un vistazo por el *Manual de Inquisidores, para uso de Inquisiciones de España y Portugal*, escrito a mediados del siglo XIV, se podrá leer en un castellano antiguo cómo no hemos sido capaces de quitarnos lo bestia:

Se da tormento al reo para apremiarle á la confesion de sus delitos. Las reglas que se han de observar para poner á cuestion de tormento son las siguientes.

Se da tormento, lo primero, al reo que varía en las circunstancias, negando el hecho principal. Lo segundo, al que estando notado de herege, y siendo publica esta nota, tiene contra sí, aunque no sea mas que un testigo que declare que le hoyó ó vió decir ó hacer algo contra la fé, porque en tal caso este testigo solo con la mala nota del reo son dos indicios que fundan semiplena probanza, y bastan para ponerle á cuestion de tormento. Lo tercero, aun cuando no haya testigo ninguno, si á la nota de heregía sé allegan muchos vehementes indicios, y aunque sea uno solo, tambien se le debe dar tormento al reo. Lo cuarto, aunque no esté el reo notado de herege, un solo testigo que le haya oido ó visto decir ó hacer algo contra la fé, añadiendose á esta circunstancia uno ó muchos indicios vehementes, basta para proveer el tormento.

Entre los inquisidores y nosotros hay pocas diferencias.

No es que hayamos perdido toda relación de asombro con la violencia, aunque jamás ha dejado de estar entre nosotros. Cuando la condenamos, si somos un poco honestos e intentamos un ejercicio crítico —de esos que tan mal se nos dan—, resulta que el horror que a unos nos acongoja no radica para todos en el hecho sino en quién lo cometió. La tortura no nos escandaliza porque también nosotros somos unos reaccionarios.

* Parte de este texto fue publicado en *Sin Embargo*, 12 de diciembre de 2014.

7. NOTAS SOBRE LA IMPUNIDAD*

Los hechos desagradables invitan a detenerse a pensarlos hasta que su reflexión se torna incómoda. En ocasiones, hacer frente a la realidad con muestras de empatía o indignación no necesariamente implica una reducción o simplificación de los problemas. Es sólo una reacción natural y a menudo necesaria.

En cambio, el escrutinio de las barbaridades puede contener la intención de entender sus causas. Parece poco seductor indagar sobre los asuntos alegres, las bondades que seguro tienen todos los pueblos. Si bien las razones de la felicidad llegan a ser tan sorprendentes como lo son las de sus antípodas y aunque asomarse a los sucesos positivos nos produzca una sonrisa, los eventos que se distinguen por su costo negativo, así como las reacciones a su alrededor, resultan fascinantemente complejos, llenos de dilemas morales, de paradojas y múltiples respuestas con los que se entra a un terreno donde intentar comprender lo que no es placentero resulta por momentos, sobre todo por su amplitud, más interesante que los esbozos de felicidad, que casi por regla son menos duraderos que los aspectos malos.

Simplificar las razones de la corrupción, la violencia, la insensatez o la falta de seguridad convierte a estos fenómenos en causas secundarias o menores de enfermedades mucho más peligrosas, y al

reducir su explicación a una cuestión de origen desafortunado o al mal gobierno, se esconde su condición de síntomas, desaprovechando la oportunidad de reflexionar en torno a lo que destruye países y sociedades.

Cada tanto surge un nuevo consenso alrededor de lo que parece ser el mayor problema de este país; si un día fue la violencia, al otro es la corrupción, y a fechas más recientes, la impunidad. Es como si fuéramos aprendiendo el significado de esas palabras que siempre estuvieron ahí, y depositáramos en ellas el infortunio. Todas ellas, y las que vengan, forman parte de un mismo defecto; son las manifestaciones de una falla que se extiende en el mundo entero y en México es emblema de batallón de vanguardia que esgrime sin vergüenza sus peores cualidades.

Me da la impresión de que nos hemos transformado en el hipocondriaco que de tanto hacerse examinar por los médicos ya es capaz de diagnosticarse la mayoría de los males que le perturban. Sus primeros intentos lo llevan a la enfermedad X; más tarde, cuando fracasan los remedios a los que ha recurrido, asegura que su malestar es causa del virus Y. A la semana, es víctima de una ola de contagio de la bacteria Z. No es que se haya inventado la enfermedad, tiene los síntomas y sus conclusiones parten de la observación y el oficio. Sólo que no es doctor. Las sociedades funcionan de la misma forma que este enfermo. Al final, será extraño encontrar a alguien que no concuerde con cuáles son nuestras afecciones.

El consenso, que de buenas a primeras parece contener un sinfín de virtudes, también posee una serie de problemas, tal vez el más molesto sea su tendencia a invalidar todo lo que se presuma contrario a él. Si la mayoría asegura algo, su convencimiento lo transformará en certeza, y así quien crea lo opuesto se podrá ir de paseo y no habrá necesidad de analizar qué pasa en realidad.

El origen de la impunidad no está en la corrupción, la falta de leyes, los empresarios sin escrúpulos, el Estado disfuncional o los gobernantes ineptos —pese a que contamos con cada una de estas

características—. La impunidad nace y se desarrolla con la relativización de los valores y criterios que producen corrupción, ausencia de legalidad, falta de escrúpulos y disfuncionalidad estatal.

Esa vocación a medir los absolutos de un conflicto desde diferentes perspectivas es el origen de la facilidad con la que solapamos los males o permitimos los abusos. Porque el asunto que se trate será más o menos negativo dependiendo de las empatías, los intereses o las conveniencias. Ahí se encuentra la explicación a la glorificación del delincuente, el aplauso a quien encubre lo imperdonable, el premio a la vileza, el rechazo a la ley y la falta de sanción social —que no tiene nada que ver con el linchamiento.

Ejemplos de impunidad hay muchos en todos los tiempos de nuestra historia. Sin embargo, aunque parece que los truhanes están ganando, e incluso si en verdad lo estuvieran haciendo, lo que veo con más preocupación es el triunfo de la ambigüedad, de acuerdo con lo cual lo malo es apenas grave y lo grave, una simple torpeza.

Imaginemos. Tenemos un evento condenable. Ese evento se acepta como algo malo, pero quien lo realizó tenía buenas intenciones o gracias a su acción se consiguió algún tipo de bien. Se relativiza. Los encargados de juzgar, ya sea de forma exterior o por medio de la autocrítica —pueblos, familias, feligreses o gabinetes—, consideran, cual buenos luteranos, que el bien fue mayor que el mal. Con eso se minimizó su maldad. Cada vez que se relativiza una acción incorrecta se justifica una de sus variantes al grado de que todas son permisibles.

Pongo un ejemplo que, entre la publicación de los dos primeros *Pensares*, me permitió relacionar los dos mundos a los que pertenezco. Por su insistencia en hacer una visita de Estado a otro país, en lugar de una gira trabajo —minucias diplomáticas que cambian los protocolos a seguir entre las delegaciones de ambos gobiernos—, el gobierno mexicano se ve obligado a darle una presea al rey de un país islámico que ha evidenciado su vocación antidemocrática. El monarca en cuestión ha sido responsable del asesinato de sus opositores y, poco antes de la visita, de la ejecución

por pena de muerte de cuarenta y siete personas. Días antes de la condecoración, la prensa y varias organizaciones internacionales muestran su repudio a la pena capital que, por razones religiosas, ese reino impuso sobre un escritor. Pese a esto, el gobierno mexicano cree que su viaje permitirá estrechar los lazos entre ambos países, o la panacea que se antoje. Así, los actos criminales de ese reino y su rey, que contradicen los preceptos democráticos de México y los fundamentos de la presea, importan poco y en una gala de necedad y con una inmensa carga de ingenuidad, ignorancia o despropósito, el presidente de la República le otorga los honores de la nación a un perfecto déspota. Esto ocurrió con la entrega de la Orden Mexicana del Águila Azteca al rey de Arabia Saudita. Como la cosa no es tan grave, frente a los demás asuntos de la agenda nacional, la sociedad no reacciona. Se relativiza y le restamos importancia.

Otro ejemplo. Una institución religiosa encubre durante muchísimos años a los miembros de su congregación, se hace de la vista gorda ante los miles y miles de abusos sexuales cometidos por las autoridades religiosas contra niños en todo el mundo. Al convertirlos en casos aislados, sin importar su abrumadora frecuencia, pide no observar cómo la estructura de la Iglesia está constituida para proteger los abusos. Y por millones sus feligreses aclaman a un papa católico que, por dar signos de modernidad —aunque la figura de una Iglesia moderna es un oxímoron—, terminan solapando la infinidad de crímenes, prejuicios y vidas deshechas.

El ejercicio de subjetividad lo encontramos en todos los niveles. Desde el familiar que pone en duda los evidentes crímenes de su hermano, porque es su hermano, a la maestra universitaria que encuentra la justificación para plagiar los textos de sus alumnos y los publica en un periódico bajo su nombre. El ingrediente clave de estos ejemplos de relativización que derivan en la impunidad es tal vez una crisis que busca de forma desesperada una autoridad moral: la legitimidad.

¿Qué argumento da validez a una acción para que sea correcta? ¿Los futuros de un país? ¿La importancia de la esperanza en aras de la fe? ¿La nula credibilidad de las autoridades? ¿Los elementos individuales?

La legitimidad existe para que distintos grupos de todo tipo — familias, ciudadanos, países o sus gobiernos— acepten una autoridad. Se llega a ella a partir del consenso, sea chico o grande. Gracias a la relativización, la legitimidad se puede alcanzar sin importar lo correcto de sus valores. Se autolegitima lo que a cada grupo le resulta conveniente, haciendo del consenso una práctica individual. Si al presidente le dicen que está bien darle una medalla a un monarca autoritario, éste lo considerará un gran logro de diplomacia. Si los creyentes le regalan sus certezas al papa, lo pondrán por encima de los crímenes de la institución que representa e incluso se olvidarán de que los peores delitos fueron cometidos por los hombres que integran esa institución. Si no se considera apropiado el límite de velocidad en una avenida, se encuentran las razones para no respetarlo. Cuando un acto fuera de ley no parece tan severo en contraposición a lo mal que hace su trabajo quien está encargado de hacer respetar esa ley, el delincuente obtendrá el beneplácito de muchos y, posiblemente, hasta rasgos de humanidad y un tanto de comprensión.

Nos encontramos en un momento en el que la legitimidad llega a venir de la ilegitimidad del contrario, no del valor legítimo. Cuando aparece la subjetividad en lo que puede y quizá deba ser objetivo, el consenso parte de la escala de valores que más convenga a cada quien. Entonces se relativizarán las cosas y aparecerá la impunidad.

Será sencillo responder que dichos valores son subjetivos. Y en algunos casos lo son. Pero existe una base de objetividad que estamos perdiendo. Se encuentra en duda la idea de un Estado sobre el cual depositamos nuestras convicciones en aras de un bien común. Existen las razones para dudar, pero hasta ahora, después de cientos de años, el Estado ha sido la mejor forma de administración que hemos descubierto. Mientras no desarrollemos

otro sistema, quizá debamos buscar cómo dejar de hacer que lo relativo —y su consecuencia, la impunidad— siga haciendo un ridículo de éste.

* Publicado en *Nexos*, abril de 2016.

8. CORRUPCIÓN Y FILOSOFÍA*

La mayor crisis en el país es de derechos humanos. El hecho de que no afecte a todos como lo hace la corrupción, no le resta gravedad ni reduce su puesto en la tabla de jerarquías. No he encontrado argumentos para convencerme de lo contrario y ya expuse los míos.

Más allá de eso, por su extensión en el mundo, da la impresión de que la corrupción es hoy —insisto, de manera global y no local— el mayor problema de las sociedades. No porque sea nueva ni mucho menos provocada por un asunto idiosincrásico. Si bien hay argumentos para considerarla inherente a los códigos culturales de México, esto no quiere decir que, incluso una característica cultural como ésta, no pueda cambiarse. Si alguien asume lo contrario, quizá deba revisar cualquier proceso etnográfico de nuestra especie. La severidad de la corrupción se dictamina por lo inmensos que se han hecho los terrenos y el gran número de participantes que conforman su juego. Es un fenómeno tan amplio que se encuentra en todos lados, desde los escándalos financieros que ponen los pelos de punta hasta el abuso sobre la integridad física de los más vulnerables; incluso el lenguaje está sujeto a corromperse. La corrupción, ya sea que entre en lo jurídico o en los aspectos

intangibles del pensamiento, es un peligroso espejo de la corrupción moral.

Recurriré a la historia. Para el año cincuenta antes de nuestra era, Pompeyo se enfrentaba a una Roma presta al desastre. Los villanos flanqueaban la Vía Apia, el Senado era una burla: orgías, banquetes y sobornos salvaban las vidas de los viles y deshonestos, acababan con otras, posiblemente también de seres ruines, pero algo menos injustos. Construían fortunas y cadenas de favores; destruían la República. Es ella quien más sufre los embates del corrupto, ni siquiera el individuo se ve tan afectado, con todo y la indignación que provoca saber cuánto se han robado unos, o qué tráfico de influencias permitió tal cosa, o qué jefe sindical o de policía se hizo fuerte a punta de sobornos. Si bien la corrupción es enemiga de todos, esa colectividad no se refiere al conjunto de individuos, sino al conjunto de ciudadanos. Es decir, para seguir con una idea previa, la corrupción elimina cualquier rastro de ciudadanía.

De buenas a primeras, parece que los actos del corrupto afectan el campo del derecho, pero, históricamente, nunca ha habido diferencias entre éste y la moral. El asunto se complica: la corrupción transgrede los conceptos del bien y el mal. Lo jurídico es la forma práctica de los códigos, ya bastante viejos, que regulan el comportamiento de las sociedades en favor de lo público y el mentado bienestar común. Las Iglesias, cualesquiera de ellas, se formaron a partir y más allá de elementos reguladores del comportamiento, luego se corrompieron y empezaron a practicar los sinsentidos que les ganaron la fama de instituciones dogmáticas. Sin embargo, comparten, en cierta medida, los decálogos que facilitan la convivencia entre la gente. Son la traducción de la moral que tiene su epítome en la filosofía griega y el derecho romano. Entonces, hablar de corrupción es hacerlo de filosofía, el mejor camino que hemos encontrado para tratar los grandes temas de la humanidad.

En la discusión filosófica se pueden encontrar las respuestas a aquel comportamiento que más nos preocupa y afecta. En estos temas siempre habrá dos niveles de debate: está el coyuntural, que

resulta indispensable para determinar las responsabilidades sobre los actos que perturban a las sociedades. Está uno más profundo que permite entender las razones y consecuencias de los mismos actos. Con el primero trabaja la opinocracia moderna: periodistas, analistas y académicos, entre otros. El segundo obliga a la distancia y a la paciencia que no arroja soluciones inmediatas.

Para entender los asuntos del derecho, hay que entender primero los de la moral. ¿Cómo vamos a acatar las normas que evitan ser corrupto si no somos capaces de diferenciar entre lo primario del bien y el mal? ¿Cómo vamos resolver los problemas morales si, en ocasiones, ni siquiera se perciben como un problema?

La corrupción permea fácil en una sociedad que tiene esta incapacidad de reflexión moral, y que además llega a justificarla. Si el policía es malo, su autoridad es nula, por lo que es factible sobornarlo cuando me detiene al dar una vuelta prohibida, o bien el sistema está tan podrido que la única forma de hacerme de un trabajo o un negocio es buscar el contacto cuyas influencias me hará parte del mismo sistema que desprecio. Aquí es imposible determinar el orden cronológico de la responsabilidad de la corrupción. ¿Se es corrupto porque el sistema lo exige? ¿El sistema se construye a partir de los hechos? ¿La existencia de un acto corrupto desata su permanencia? En México, como en Rusia, en gran parte de África, Latinoamérica o Asia, donde los índices de corrupción llegan a lo ridículo, no tenemos resuelto este problema.

Algunas sociedades han logrado desarrollar una filosofía un tanto elaborada, lo suficiente para no separar lo jurídico de lo moral. Están los griegos antiguos, claro, que como los países nórdicos de Europa, e incluso, con sus excepciones, grandes sectores del Viejo Continente, tienen uno que otro avance para facilitar la comunión social.

Algunas de estas sociedades le deben su esquema regulatorio al paso del tiempo, que permitió identificar y trabajar en los errores. Existen otras, como la nuestra, que no se detuvieron a pensar sobre estos conceptos tan básicos y se encomendaron a la ley del terror,

con la intención de equiparar lo que es permisible legalmente con lo que lo es moralmente válido. Cuando pasa esto, la estabilidad es frágil, la imposición nunca reemplaza el espacio de la reflexión. Tal es el caso de las primeras sociedades musulmanas —las actuales son de lo más corruptas—, donde la corrupción se castiga no por ser moralmente reprobable, sino por serlo en los cánones de la legislación religiosa.

Hay que entender que la corrupción no sólo es consecuencia de un sistema descompuesto, también puede ser su origen. El juego de ambos elementos permite la corrupción de las sociedades y exige una discusión ética que aún no hemos tenido —y, cuando intentamos tenerla, lo hacemos mal—. Si bien la dialéctica nos ha permitido a los humanos discutir a pesar de las diferencias, también representa la corrupción del pensamiento. Con ella no gana la verdad, sino la capacidad de argumentación. La dialéctica en México ha logrado probar que es lo que no es. Un país donde gana lo que convence, no necesariamente abre las puertas a la revisión de los hechos.

La dialéctica permite en lo político mediar entre la diversidad, pero también constituye la corrupción de la verdad. Desaparece la prueba que, dependiendo del argumento, podrá incluso dejar de ser verdad. Una sociedad que se comporta políticamente ante los aspectos morales, jamás podrá hacer a un lado la corrupción. La corrupción existe donde el bien y el mal pasan de ser un asunto filosófico a uno de opinión.

* Una versión de este texto fue publicada en *Sin Embargo*, 27 de marzo de 2015.

9. SOBRE LEY Y EDUCACIÓN

En estos momentos parece ocioso pensar la democracia, el derecho o el Estado en términos griegos o romanos. Supongo que para muchos, los más pragmáticos, al menos más que yo, no tendrá sentido hablar de nuestras crisis apelando a Platón o su República. El Estado moderno —la idea de nación— se ha ido adaptando desde Pompeyo, y derrumbado en todos los tiempos cual pared del Coliseo. Y, con irónica anacronía, seguirá reconstruyéndose a partir de la base más sólida que tenemos desde hace un par de miles de años: la ley y la educación.

¿Por qué creamos un Estado? Porque en un inicio la violencia era demasiada. Necesitábamos encontrar una estructura modeladora de las sociedades que contuviera batallas tribales, las matanzas por la propiedad de una parcela o las guerras por una mirada imprudente. Ése es su papel educador. Éramos aprendices, el Estado se fundó sobre dos estructuras básicas: la escuela y el ejército. Ambas evolucionaron hasta llegar a las universidades, las policías y las leyes que según la época se creyeron adecuadas. La fuerza del Estado siempre ha dependido de las leyes y de su implementación, sin que su existencia o ejercicio sean garantías de un Estado adecuado. La memoria de los países totalitarios no nos dejará pasar por alto su

incansable vocación reguladora, como tampoco la ausencia de leyes es señal de sociedades más libres ni decentes.

En virtud de ese papel educador, el Estado debe ser el principal erradicador de la violencia. Para alejarse de ella, los elementos formadores del Estado necesitan penetrar en las regiones más recónditas de su territorio. En México, ni la escuela ni las leyes se encuentran presentes en todas partes. La inequidad con la que están distribuidas escuelas y leyes en este país da muestra de sus fallas y vicios, y son reflejo de un país mal dibujado.

Tenemos leyes que apenas regulan las actividades perniciosas. Nuestras instituciones de justicia, con sus ministerios públicos y juzgados, incluso sin corrupción, permiten hacer lo que sea. Con corrupción e impunidad, escriben la tragedia. Estamos ante la historia que no aprende de la memoria, la pérdida de los objetivos del Estado.

Si bien la idea formal de un Estado comprende la existencia de un territorio con fronteras, gobierno, ejército y población, México carga con un malentendido que lo estanca y sirve de pretexto para liberar responsabilidades: el exacerbado relativismo del mexicano. Tanto en este como en todos los aspectos de la vida, logramos que se cumpla la teoría de Einstein, sin siquiera entenderle al físico, mientras nos hundimos como barco en tormenta, frente a la relatividad de nuestros problemas.

Llegamos a un punto donde los conceptos, otrora tan claros, permiten discusiones absurdas. En México nada es lo que es. Hemos hecho relativas las funciones de los Poderes, de los ciudadanos, de las instituciones. Hemos dejado que el Estado se reduzca al gobierno, hemos obviado la importancia de la sociedad como institución dentro de ese Estado. Hasta las nociones más básicas, como la violencia, son sujetas a interpretación.

Si mis preocupaciones alrededor de la violencia son tan insistentes, es porque no veo un problema más grave en México, entrada la segunda década del tercer milenio, después de lo que se veía al iniciar los años dos mil como un cambio en las estructuras

políticas y sociales que dejó la Revolución, y que parecían transformarse con la alternancia de visiones y la llegada de la democracia electoral al país.

Esa espiral de un ensayo anterior, en la que yo me pierdo, tiene un paralelo nacional. Poniendo la violencia en la más alta jerarquía de conflictos, los caminos a esa violencia siempre están envueltos o marcados por la corrupción, el crimen amplio, la complicidad de miembros de gobiernos de todo tipo con delincuentes de todo tipo, la indiferencia. Cada espacio donde la violencia se desarrolla contiene esos elementos balanceados de distintas formas a nivel regional. A veces, en una población será más la carga de los sobornos y corrupción lo que pavimenta el suelo de la violencia. En otros, será la impunidad la que genera violencia, o la presencia del crimen o la simbiosis entre crimen y miembros de gobiernos las que promueven y establecen la violencia. En esta balanza que se mueve según las condiciones sociales de cada región, se ha disuelto la alianza entre sociedad e instituciones del Estado, y, al hacerlo, el Estado ya no cuenta más con posibilidades de erradicar la violencia. Ha perdido su legitimidad. ¿Qué es de un Estado sin ella?

Ante la falta de legitimidad de los elementos del Estado, proliferan estructuras paralelas. Son vacíos que se llenan, aquí o en cualquier otro país donde el Estado deja huecos de responsabilidad. Así se le dio espacio a las organizaciones terroristas en Siria durante los años de la guerra civil; éstas normaban la vida donde nadie más lo intentaba. Así ocurre en México con el crimen organizado, el narcotráfico y las estructuras policiales que, aun siendo parte del Estado, se oponen al concepto de éste y actúan como perpetradores de violencia, en nombre de un Estado que ya no busca la eliminación de la violencia, sino que la usa para imponerse a falta de legitimidad con la que pueda impartir su papel educador. En este estado de cosas se permite la entrada de un aparato anárquico que previene el orden general de convivencia, y que resulta represor y criminal a lo bestia, por la misma ausencia en las acciones del Estado. Insisto, la violencia es un síntoma de la falta de un Estado eficaz.

La mala educación es la segunda de nuestras principales calamidades, y va de la mano con lo anterior. Paremos el discurso de aprender las definiciones del maestro. Se reformará lo que se quiera, pero, hasta ahora, México ha olvidado que la primera intención de un sistema educativo es formativa. En la relatividad más burda, no faltará quien me muestre ejemplos de buen trabajo llevado a cabo en escuelas de nuestro país, que sin duda lo hay, pero en el gran contexto resuelven poco. Si tuviéramos las leyes —que no tenemos—, haría falta implementarlas —que tampoco lo hacemos—. Cuando las tengamos, incluso con penas adecuadas y policías ejemplares e incorruptibles, nos las arreglaremos para evadir las normas, aunque sean justas. Porque en nuestra formación no está respetar las leyes. Se decía en mi casa: “aquí discutimos hasta con el semáforo”. Por la relatividad de nuestro entendimiento, ni la luz roja determina algo.

México vive en el tiempo de Pompeyo, cuando, ante la barbarie en Roma, fue necesaria una reestructura absoluta de los sistemas de contención de la violencia. No se trata de andar resanando lo que tenemos, ya probamos que no sirve —a menos que entremos al discurso relativo.

Hay un desmoronamiento de las instituciones. Esto no quiere decir que no existen. Ahí están, sin duda —y se podrá argumentar que de más de una nos han salvado—, pero son incapaces de hacer que el aparato del Estado procure justicia desde sus factores moldeadores. La misma estructura de nuestras instituciones sirve para la autodestrucción de nuestra sociedad. Agreguemos los factores de desestabilización, la corrupción, el narcotráfico, etcétera. Ninguno de ellos es sujeto de relativismo. Mientras defendamos una relatividad de lo verdadero, en lugar de una verdad de lo relativo, seguiremos siendo este Estado —gobierno y población— imposibilitado para entender la verdad como concepto. Ésa que se hace en la memoria.

Olvidamos que la violencia pública sólo se desarrolla en sociedades que conocen la violencia privada. Nos hemos empecinado en construir verdades de tranquilidad que se

sobrepongan a las de la violencia. Relativizamos nuestro pasado más inmediato, los hechos se escriben dependiendo de la posición moral de la pluma y no reconociendo los pesares. De lo contrario, darían vergüenza, y quién quiere vivir con ella. *Sí pero no* —así, sin coma— se usa para narrar nuestros escenarios, nuestros casos emblemáticos con los que deberíamos hacer ejercicio de memoria para encontrar, en ellos, la carga trágica con la que el Estado mexicano podría aprender y evitar su derrota. *Sí pero no*, esa expresión tan nacional, inmersa en su esquizofrenia lingüística, no sólo es una obra maestra del eufemismo, también es un símbolo de la capacidad de juicio de cada uno de nosotros.

10. EL CENTRO DE LA ESPIRAL

Mis principales preocupaciones se dirigen siempre a lo social: hacia cómo nos comportamos, qué entendemos y qué hacemos a partir de ese entendimiento. En esos terrenos es probable que a estas alturas —no sólo para estas páginas, sino en esa mayor amplitud que no tiene que ver con ellas—, sea momento de reconocer la posible futilidad de hablar de lo mexicano como lo hemos hecho. Muy a pesar de todo lo escrito sobre una identidad tan versátil que resiste a esa vaga generalización en la que todos hemos caído. Las excepciones, aunque entrañables, en este momento parten de elementos tan poco relevantes para la construcción de una sociedad que temo tener que pasarlas por alto.

Las características con las que las comunidades se identifican a sí mismas siempre son positivas. No sé de una sociedad que se nombre orgullosa como la más violenta o la más corrupta. Sé de varias que se consideran la que tiene más problemas, como la griega en 2007, la española después de 2008, o la francesa que siempre se considera en los peores entreveros sociales, pero esto nunca es una noción que permita un análisis de fondo.

Hoy, es probable que lo mexicano exista como uniformidad sólo en lo jurídico, con todo y la poca pasión que genera la palabra. Aquí hay un primer problema, acompañado de una contradicción más. Si

bien la historia del país sirve de plataforma para la generación de identidad, esa historia no ha logrado reflejarse de manera generalizada en los ideales y la vida de quienes habitamos México. Hasta en la memoria éste es muchos países. La virtud de los matices se hace menos cuando se traduce en desigualdad. Aunque la historia no sea leída con los mismos ojos por todos y sea tan poco en lo que convergen áreas distantes del país, aún se mantiene una noción de identidad. Sin embargo, tengo que reconocer me provoca cierta angustia revisar lo efímero de los fundamentos de esta identidad, aunque funcione y en algunos casos se defienda con los orgullos nacionales que no siempre comparto, y sobre los que haré mayor énfasis en el siguiente capítulo.

Es en las herramientas que otorga la figura de un Estado donde creo que podemos encontrar mayores posibilidades de igualdad, por ejemplo, entre la mujer de una zona urbana y privilegiada y otra de una área rural, entre el joven universitario de las penínsulas del país y el que a la misma edad no llegó a terminar la educación básica por tener que trabajar en una provincia serrana. Al convertirse la inequidad en anuladora del principio individual e íntimo de ciudadanía —del espíritu con que cada quién se identifica como miembro de una comunidad y a través del cual hace comunidad—, sólo queda lugar para el principio exterior y generalizador de los instrumentos formales para establecer equivalencias entre quienes viven situaciones tan diversas.

Podría decir que sucede lo mismo en Europa, donde un portugués quizá no tenga mucho que ver con un islandés o un belga, pero, desde la raíz religiosa y la historia del Medioevo como conformador del mundo occidental, hay alguna similitud entre las naciones europeas que no necesariamente se tiene dentro de nuestras fronteras. La permanencia de esas sociedades aún no la tenemos acá, y tampoco la transformación de lo que allá se presentaba como idiosincrásico. Al trasladar la misma reflexión a los países árabes, como lo hice en *Pensar Medio Oriente*, vi en la evolución social de la lengua ese instrumento de unicidad que

incluso supera a la religión o la localidad. ¿En México, qué nos hace mexicanos?

Recurro a estas figuras para contradecir lo que he escrito en páginas previas. No, no todo México se comporta como un país que no ha madurado, y sería igualmente equivocado afirmar que hay una absoluta indiferencia hacia nuestros conflictos. No existe ese total de la sociedad mexicana y, por ello, tampoco una gran solución a sus grandes problemas. Pero también ahí, en las singularidades, está la oportunidad de acortar las brechas. Nada de lo que hemos dicho o escrito quienes tratamos de desmenuzar la realidad del país puede ofrecer claves o soluciones que sean válidas y funcionen para su totalidad. La violencia no es ni se entiende de la misma forma en todas partes, tampoco los derechos. Por eso estoy convencido de la importancia del concepto ciudadano para establecer el piso común para que la diversidad no se traduzca en desigualdad. Sólo que esa ciudadanía pide no sólo una equidad en ciertos aspectos a la que todavía no nos hemos acercado, sino la renuncia a prácticas y características tan naturales en ciertas partes del territorio nacional, que se entrará en constante lucha entre lo que existe y el proyecto que se quiere hacer existir. Al mismo tiempo, la ciudadanía exige la responsabilidad por parte de las élites hacia los otros. No existe un país sin ellas, no seremos la excepción, y estoy seguro de que el discurso que aboga por su anulación es poco realista. Entonces, queda la exigencia sobre el sector con más posibilidades.

Vuelvo a la dualidad de proyectos. Durante décadas hemos dado círculos en torno al problema de dos modelos sobre los cuales no hay autoridad moral para decir cuál es mejor que el otro. Cuando hablamos de democracia, de libertades, de ciudadanos, como lo ha entendido el discurso habitual, nos referimos a individuos que pueden convivir en comunidades de individuos. México es, en muchas zonas, un país de comunidades para el beneficio de las comunidades, por encima del individuo. Esta estructura, ante la que se puede ser severamente crítico —sobre todo por su equivalencia y en mi caso, mi experiencia con el mundo árabe, que funciona de

manera similar—, ha dado históricamente pruebas de gobernabilidad, que evidencia las fallas de las estructuras que ponen por encima al individuo.

He tomado la tangente por una razón, los vicios de los que se ha hecho México encontraron un caldo de cultivo perfecto en esta discusión de modelos. A través de ellos se le dio paso a la relativización en la que la inequidad abrió la puerta a la corrupción y ésta se transformó en violencia. Siempre que aparezca la última será consecuencia de la anterior. Por eso y porque el mayor capital de los humanos es la vida de las personas⁶ es que la violencia siempre ocupará el puesto jerárquico superior entre todos los problemas. Se puede tener un Estado corrupto no tan violento, no se puede tener un Estado violento que no sea corrupto. De ninguna forma quiero que se entienda una preferencia por lo uno o por lo otro, faltaba más. Sólo intento dejar claros los costos sociales en cada escenario para adentrarme en lo siguiente.

Al recorrer México uno se enfrenta a la diversidad y la disparidad. Esto no sólo se refiere a las condiciones de infraestructura, sino con la composición de las comunidades. Las zonas urbanas han tendido a desarrollarse en los ámbitos individuales, como sucede en cualquier gran ciudad del mundo, mientras que al sur —por poner un ejemplo, en Oaxaca— existe un país de comunidades, más que de individuos. Entre otras, esta diferencia ha dado la idea de que México es muchos Méxicos. La escala de valores que define mejor la variedad está de nuevo en las múltiples inequidades: racial, étnica, de género y socioeconómica. Cada una representará un pequeño país, con la suma de los cuales hemos formado el país de mayor tamaño.

La violencia hacia las mujeres y la desigual respuesta de la justicia hacia las mujeres se originan en la inequidad.

La disparidad de derechos entre los géneros se origina en la inequidad.

La segregación y el abuso a comunidades indígenas, y empleo de estas comunidades por parte del crimen organizado o,

evidentemente, por grandes capitales, se originan en la inequidad.

La falta de rendición de cuentas por parte de miembros de los gobiernos se origina en la inequidad.

La indiferencia ante las tragedias —cuya gravedad se valúa por el costo en víctimas— se origina en la inequidad.

El debilitamiento de la democracia con la participación de recursos que no deberían de existir se origina en la inequidad.

Las carencias educativas se originan en la inequidad.

En cada deficiencia hay un México.

Un ingrediente más define al país como un todo. Durante años México ha sido una nación de emigrantes. Millones de mexicanos han migrado de estas tierras. Todos ellos siguen siendo mexicanos. Muchos han vuelto por infinidad de razones, y siguen siendo mexicanos. Como Siria, el otro territorio al que me debo, México es un país de dentro y de fuera de sus fronteras. La mayor parte de los grupos que lo integran reflejan carencias, y esas carencias son un problema de derechos humanos. La sola mención del concepto en medios, sobremesas, grupos de discusión y círculos políticos carga con la idea de que los derechos humanos son únicamente terreno de violaciones, tortura, desapariciones, y etcéteras, cuyas cifras en México son extensas y vergonzosas. Y no se les suma la falta de acceso a una educación decente que sufre una inmensa cantidad de jóvenes, tampoco la mala calidad e inaccesibilidad a servicios de salud que padece otra parte de la población, la falta de futuros que afecta a cada una de las comunidades marginales. La cantidad de marginalidades con las que se identifican esas comunidades. Los diversos países se deben de contar a partir de su acceso a los derechos. Desde ellos y no de otro lugar, me gustaría que se hablara de la construcción de ciudadanías y porvenires.

En ocasiones —muchas, no todas— se acepta que la falta de crecimiento del país es la madre de todas las afecciones; se insiste en transformarnos en generadores de riqueza. ¿En verdad no ha existido esa generación de riqueza? ¿No será que hemos fallado en la distribución de ésta? Es decir, en la equidad. Pero cuando no se

tiene claro el verdadero significado de las palabras es difícil usarlas correctamente. En México, conceptos como inequidad, riqueza, injusticia y otros pierden sentido y significado.

México no es un país que se discuta poco a sí mismo, más bien lo hace sin intención ni resultado. Me crié en escenarios similares a los que me han acompañado en mi vida adulta; el ejercicio intelectual ha sido el trabajo con el que se pagaron y se pagan las necesidades, hasta hacer necesidad el mismo trabajo. Aquí o en los países árabes, en visitas a Estados Unidos, o a Francia, en mi adolescencia, cuando viajaba con mi madre a coloquios y reuniones, la vida pública se convirtió en el eje de cualquier plática. En todos los países, cada uno se lamenta de las condiciones en que transita la democracia, la economía o alguno de los otros grandes temas sociales. Sólo en México he sentido de manera tan presente la distancia entre los interlocutores y los problemas del lugar que discuten. Políticos profesionales, analistas, opinócratas, funcionarios de gobierno de niveles alto y muy alto: es casi sintomático. La violencia en México está un tanto allá, en un México quizá algo lejano. La pobreza se ve y preocupa con kilómetros de prudencia; las crisis son y no son, afectan pero al grado de impedir ver cómo se desarrollan. Somos espectadores de una película que vivimos, pero no abandonamos la comodidad de la butaca.

La gravedad de las crisis se encuentra en los hechos y en la interpretación de éstos. Es cierto que en México, desde hace décadas, no se vive en grandes sectores el temor de ir a comprar los insumos semanales sin saber si alcanzará para pagarlos. No tengo recuerdo de que mi generación o la de nuestros padres, en las ciudades, haya tenido que hacer colas para comprar un pollo que tal vez ya no estaría cuando tocara el turno, porque había suministros limitados. Eso sí lo vi en Siria. La leche que una semana está en los anaqueles y la que sigue no es una imagen del siglo XXI venezolano, no del México cotidiano. Incluso con nuestros niveles de pobreza, sin limitarse a las cifras oficiales, alguien podrá pensar que no es inmenso el porcentaje de padres que evitan comer para que lo

hagan sus hijos.⁷ Pero hay casos, existen, no son exageraciones, salvo para quien tiene la mesa puesta. ¿De qué gravedad es eso? ¿Con qué cara lo relativizamos? También es cierto que en México no hay una crisis generalizada, sólo que esas pequeñas, pero no tan insignificantes crisis, son motivo de una exclamación que no gritamos. Quizá lo hagamos cuando las palabras recuperen su severidad.

-
- 6 Con esto, espero evitar la discusión que a los sectores conservadores les gusta tener sobre el derecho a decidir en la continuidad de un embarazo. Tema que también abordaré más adelante.
 - 7 Según cifras del CONEVAL, existe un 20.1 por ciento con carencia a algún tipo de acceso a la alimentación.

II

¿CUÁLES SON LOS FUNDAMENTOS MEXICANOS?

¿Con qué espíritu se construyen los países?

Algunos se reconocerán por su ideario. Será la libertad o la igualdad. Otros, por su disciplina y orden. Por lo laico o lo religioso. Algunos más por el trabajo, la perfección, la ilusión de posibilidades que hacen soñar al individuo. Uno que otro, por las responsabilidades que siguen a la culpa.

¿Cuáles son los fundamentos mexicanos?

¿Habremos logrado construir un Estado sin tener claro para qué lo quisimos?

Tras la Independencia, los sentimientos de la nación dieron fundamento a los futuros de un México que no cobró forma hasta un siglo después, con la Revolución.

La idea moderna de México se edificó sobre los postulados de los vencedores de una revolución poco revolucionaria.

Algunos de esos postulados fueron políticos, unos más patrioterros. Incluso necesarios.

En ningún momento buscaron establecer las bases de un Estado sino las de un grupo dentro del Estado. Es un país de modernidad conservadora.

¿Cuáles son esos cimientos a los que México puede apelar como lo hacen otras naciones en momentos de crisis?

11. EL ESPÍRITU NACIONAL

Para cualquiera que sea consciente de lo que ocurre en el país y preste atención a sus muchas facetas, México es de esos países con la capacidad de provocar sentimientos que chocan entre sí. Se mueven entre los afectos más auténticos, una suerte de resignaciones y una carga de masoquismo, como decía el filósofo francés Edgar Morin al describir su relación con Europa.⁸ Son tantas las razones que se encuentran para no querer lo que pasa aquí, que su presencia invita al rechazo y a no querer el aquí. A la vez, genera una brutal atracción que me dificulta pensar la distancia física.

Sólo he experimentado algo semejante a esta montaña rusa de sensaciones tan intensas en los países mediorientales. Las múltiples ausencias —ya sean libertades, paz o derechos— y la predominancia de vínculos religiosos entremezclados con los asuntos políticos llevan a la aversión de quien se ve afectado por los entornos agrestes, que de manera simultánea atrapan y apasionan.

Esas pasiones son, en muchos de esos y otros lugares, los fundamentos a partir de los cuales se desarrollaron su historia y sus costumbres. Son producto de sus errores y evidencia de sus aprendizajes. El tiempo nunca es un amigo amable, y con él aparecen los vicios de los hombres. Esos fundamentos no se mantienen impolutos y, en ocasiones, experimentan una

metamorfosis que puede llevar a los pueblos, que no tienen cuidado, a perderse en leyendas, entre la construcción de mitos y la variación, incluso al polo opuesto, de los elementos fundacionales con los que se gestaron.

Un ejemplo es Estados Unidos, país en el que la idea del esfuerzo como vehículo para el desarrollo del individuo, a través de la mejora de condiciones, derivó de la apertura a las diferencias a la limitación de esas diferencias. Sin embargo, incluso en su metamorfosis, el fundamento resultó tan sólido que sigue estando ahí como el recurso al que se aferran los estadounidenses en los momentos de crisis o desesperación.

Por mi francofila tengo una predilección poco objetiva hacia los fundamentos franceses: el ideario casi romántico de la República y la libertad, que no siempre se ejecuta en tierras francesas como dictaría la moral gala —definitivamente no mientras se escriben o corrigen estas palabras—. En el caso de mis raíces árabes tiendo a entrar en conflictos recurrentes, por las razones que enumeré antes, pero siempre he sentido cobijo en la fuerza de la hospitalidad árabe y todo lo que significa en los códigos locales. ¿Cuáles son los fundamentos mexicanos?Cuál es ese algo con el que creamos el arquetipo de intenciones que tiene el país a pesar de sus diferencias internas, que si bien puede ser mito, llevaría a decir con orgullo que el país es de cierta manera.

No tenemos la imagen idealizada de los alemanes educados en la cultura del trabajo de los protestantes. Tampoco nos identificamos en el respeto, la honestidad, el honor y la sobriedad de los japoneses. ¿Cuál ese elemento cultural por el que los mexicanos decidimos serlo y al que evocamos en momentos de crisis?

Cuando era más joven tuve por ley que renunciar a la nacionalidad siria que me heredó mi madre, para aceptar la mexicana y obtener el certificado de nacionalidad que se pedía para expedirle un pasaporte a los nacidos en el país, hijos de padres de distinto origen. Al salir de una oficina de gobierno con el certificado en mano, no pude evitar preguntarme qué había hecho y qué quería

decir lo que estaba impreso en ese papel. Aunque la opción siria era atractiva por el llamado de las raíces, desde entonces no era un pasaporte práctico y sí uno que lleva todos los problemas posibles, fuera de las fronteras de un puñado de países. Al final, había decidido ser mexicano y nunca he experimentado la resignación tan nacional que llevó a que Cristina Pacheco, extraordinaria periodista, titulara a un programa televisivo *Aquí nos tocó vivir*. Referencia para un sentimiento nacional, ésta es una condición que, como ninguna otra, mi generación tiene la obligación de modificar. ¿Qué había escogido al ser mexicano?

Los rasgos identitarios siempre tienen una raíz política. Lo social es política; la convivencia en una familia que establece jerarquías entre sus miembros es política. La crianza que un padre le da su hijo, también. Explicarle a un niño qué puede y qué no hacer en la escuela, y sus obligaciones al regresar a casa, se basa en los valores con los que, se espera, continuará su vida. Salvo la hipotética existencia en la isla desierta, toda interacción con otros dependerá de las vías políticas para llegar a acuerdos y convivir. Es decir, esas raíces políticas son las que usan los pueblos para identificarse, las razones que los unen.

Pensar México en estos términos exige entrar en su historia y la búsqueda del Yo mexicano. A menudo estos elementos fundacionales remiten al periodo prehispánico, la Colonia, la Independencia o la Revolución. Si bien al país no le costará verse reflejado en ciertos episodios de estas épocas, no estoy tan seguro de que sean determinantes en el día a día de las últimas dos décadas, como lo fue su metamorfosis. Intento explicarme: en México no veo a un Estado y, por ende, a una sociedad hecha de su memoria, sino a uno construido a partir de la interpretación de ésta. El ejercicio de interpretación histórica es llevado al punto de cuidar de manera excesiva qué es lo que se recordará y formará parte de la identidad nacional, desechando todo lo que le incomode, para así terminar con la imagen que más convenga. Este proceso de "edición de la memoria" es poco relevante en muchos campos, pero no lo es

a la hora de seleccionar los eventos que formarán parte de la Historia, a costa de la historia misma. El tiempo no es maestro, el alumno decide por él y escoge lo que va a aprender. La consecuencia de lo que se haga y lo que se registre no será definitiva. Si una acción puede cambiar el futuro, no siempre se piensa en ese futuro. Si lo cambió para mal, es permisible olvidar el hecho, y, si lo hizo para bien, se adorna de prodigios.

Los orígenes de México están bastante digeridos, sin embargo recurrimos a ellos a la hora de dar explicaciones. Me pesa el lugar común del pueblo subyugado, agachado y oprimido. Ese diagnóstico se ha agotado. No me ocuparé entonces de los años iniciales, aunque veo en los sentimientos de la Independencia la formalización de nuestros peores vicios, el México xenófobo, intolerante y punitivo.⁹ Con todo y eso, leo la contemporaneidad de México en la Revolución, antes que en la Independencia; nuestras instituciones, sociedades y expresiones me remiten a ese momento, antes que a cualquier conflicto que hayamos podido tener o tengamos con españoles, franceses e, incluso, con norteamericanos. Los esquemas políticos surgen de la adaptación de la Revolución a los años venideros, cuando se crearon instituciones políticas para administrar a las élites triunfantes de esos tiempos, contra las otras élites que fueron derrocadas o podrían interferir con las que sostenían el poder. Los fundamentos nacionales surgieron de ese espejismo. El orgullo nacional, la soberanía, el amor por los recursos naturales, la visión más popular del arte revolucionario, la definición del país, entre un modelo agrario y otro corporativo, que aún discute sobre el papel de los Poderes y el de los ciudadanos.

¿Los fundamentos de un país son ciudadanos o institucionales? En México han sido los primeros: desde la segunda década del siglo xx, los herederos de la Revolución dieron forma a un sistema de partidos políticos que contendría a los vencedores y los vencidos, en pos de la gobernabilidad del país. Los políticos posrevolucionarios se convencieron de que gobernabilidad era, sobre todo, una forma de estabilidad. En su nombre se planteó y se sigue planteando la

permanencia de un sistema que evolucionó a tientas, en el que los partidos políticos pasaron de ser una herramienta de administración a un intento de herramienta democrática. México no se hizo un país de valores ciudadanos, sino de valores institucionales que exigían la pasión ciudadana. Por esto, los partidos políticos, que en otros países son un triunfo de la democracia, se perciben aquí como el enemigo de la misma. Nuestros fundamentos siempre partieron de ellos, dependientes del control y arraigo popular para que lo que se mantenga estable sea el sistema. Ése que no parece funcionar ni en la paridad de oportunidades, ni en la conformación social con la que se podría identificar el ciudadano desde sus atributos ciudadanos, que en pocos países serán más institucionales que en éste.

8 *Penser l'Europe*, París, Gallimard, 1987.

9 De los *Sentimientos de la nación*, de José María Morelos (1813): "2°. Reafirmar la religión católica como la única aceptada sin tolerancia de otra".

"10°. Que no se admitan extranjeros, si no son artesanos capaces de instruir, y libres de toda sospecha".

12. HISTORIA DE LA VENGANZA*

¿Qué tanto formamos al país a partir de la venganza? Es gigantesco el peligro de establecer una condición como parte natural e inmutable de nuestros comportamientos. Hacerlo impide su cuestionamiento, rechazo y, dependiendo del escenario, también considerar sus límites y posibilidades. El momento del acto vengativo transporta a los terrenos de la pasión, donde cualquier asomo de racionalidad tendrá que hacerse a un lado, porque en ella la fuerza de la entraña embiste por encima de cualquier intento de reflexión. Junto con la humillación, la venganza es una de las pasiones que se han incorporado a la vida en una lucha primitiva por su legitimidad.

Pocas mentiras más grandes como la de aquel que dice no sentir los mínimos deseos de venganza. Hacia la novia de juventud o, peor, a la que no fue novia. Hacia el infeliz —es una pena, este adjetivo se usa muy poco— que tiró la piedra, golpeó el auto o robó la cartera para después darse a la fuga. Hacia el gobernante autoritario que pasó por encima de sus ciudadanos. ¿Qué desata en nosotros el deseo de saber de ese político ramplón que ha vaciado las arcas del Estado y que vendió parte de su territorio? ¿Qué despierta en nosotros ese Estado cuando, con o sin razón, lo despreciamos y aseguramos que nos ha hecho daño? Soy incapaz de imaginar los impulsos que se pueden guardar contra quien afecta la integridad de

los seres queridos, apenas consigo expresar las intenciones hacia algún enemigo que retuerce mis rencores.

Aquella venganza perdida en los honores de la literatura y presta a duelos —montecristos, ricardos terceros y príncipes daneses— nada tiene que ver con el espíritu punitivo que sólo se satisface con el acto que produce la sonrisa de superioridad del justiciero. Y retumban los aplausos. No. ¿Qué pasión es ésta? De venganza hemos hecho nuestra historia.

Su universalidad no le quita tintes propios ni locales a este ingrediente cotidiano de la mexicanidad. Sin importar la época, al ciudadano le gustaría vengarse de los delincuentes, de los políticos; a los políticos de sus pares, tanto como a los revolucionarios de sus enemigos, y los enemigos de la Revolución de los revolucionarios. Hasta nuestra comida es vengativa con el foráneo que no tiene el temple requerido y se manifiesta haciendo gala de lo más profundo de la identidad nacional. Como te traten, trata: es consejo que se esgrime sin la mínima duda de que dicha tabla de equivalencias promete un espejo de supuesta justicia y con él, también sin notarlo, se llega a un perverso juego de imprudencias en el que el sinsentido presume de tener razón.

Su constante presencia en los relatos míticos de la historia hace suponer que el inefable origen de la venganza también hace inalcanzable su posible fin. Textos religiosos la marcan como facultad única de un dios. Fuera del paraíso, es el gran castigo. Cuando los hombres decidieron vengarse por cuenta propia y los hermanos se mataron entre sí, se cuenta que la divinidad volvió a tomar cartas en el asunto.

¿Cuándo empezamos a vengarnos? La venganza es la más evolucionada característica del menor desarrollo de la conciencia. Sin ella, sin la virtud del pensamiento y de la memoria, la venganza sería un arrebató de furia no planeada. Un molusco no recorre ni un centímetro para desquitarse de quien le arrebató el alimento —una plantita—. Por más virtudes que quiero ver en mi perro, no espero que un día me meta al auto para llevarme al médico tras una visita

al veterinario. Para castigar hay que tener nociones de lo bueno y lo malo, y, con ellas, dibujar un ideario de justicia y establecer el tiempo en el que el mal caduca. La respuesta vengativa a un agravio deja de ser tal si se limita a un hecho aislado. Para vengarse es imprescindible el conocimiento de una acción previa y una intencionalidad con saña. Supe de elefantes y algún felino rencoroso que se lanzaron contra otros animales que invadieron sus espacios o que les arrebataron la comida. Está bien documentada la planeación de castigos por parte de chimpancés ofendidos o lastimados.

Castigo, justicia y legitimidad son así conceptos indisolubles a la venganza. Pero aquel que la comete no necesariamente castiga, ni es justo, y su acción puede distar de toda legitimidad.

En México veo con preocupación la vocación por el salvajismo que retratan ciertos actos, desde pasados remotos hasta nuestros días. Robó y le cortaron las manos. Se opuso y lo lincharon. Espetó una injuria y fue enviado al cadalso. ¿Quién establece la gravedad de la ofensa? El asesino manda al paredón a su colega y el ciudadano que se considera impoluto exige los peores castigos para el villano. Estamos ante nuestro mayor fracaso. Decía que hemos hecho de la venganza parte de la historia, pero también una institución. Su permanencia es alegato de orgullo torpe y malsana bravuconería, lo que explica, en parte, la frecuencia con la que oímos de justicieros que toman la ley por su propia mano.

Meses antes de escribir estas líneas, un imberbe legislador encontró eco a su propuesta poco ilustrada de permitirle al ciudadano cualquiera portar armas. Venganza anticipada. Diente por diente, a manera de precepto. El cinismo popular copia a los malos e insiste en afirmar que cuando uno impone la condena, ésta siempre es correcta.

Ciertos discursos se exacerban en algunos momentos. Es sensato revisar si realmente son más frecuentes o es que se les presta más atención dependiendo de los días. Ante episodios de abusos o injusticia, los ánimos de venganza se repiten y buscan establecerse como norma. A partir de violaciones a derechos humanos, es decir la

peor crisis que tiene este país por encima de cualquier hamponería relacionada con dinero, he visto llamados a la venganza que nos transportan a lo más pueril de nuestra especie. ¿Con qué cara se exige un país que dé menos vergüenza mientras se vitorea la venganza?

El problema de la venganza es que su misma existencia contiene un dilema. La venganza sí es una forma de justicia, pero la más primitiva.

Hace más de tres mil años, en Mesopotamia, en uno de esos lugares de los que normalmente escribo, el Código de Hammurabi institucionalizó lo que devino en la ley del Tali3n. Ojo por ojo, perro por perro. Espero que desde entonces hayamos avanzado un poco. El buen sentido de justicia no es parte de nuestro lado animal. En lo salvaje aceptamos lo necesario para sobrevivir, pero el avance de nuestra formaci3n social ha dado resultados m3s sorprendentes que el veredicto que se3ala un pulgar levantado. Dejamos a un lado la barbarie porque pod3amos hacerlo.

Spinoza retrat3 a la venganza como una de las pasiones tristes, hermana de la rabia: "El esfuerzo por inferir mal a quien odiamos se llama ira, y el esfuerzo por devolver el mal que nos han hecho se llama venganza". Preocupaci3n del siglo XVII incorporada al XXI. Francis Bacon escribi3 en 1625 lo que M3xico podr3a pensar al revisar su pasado:

La venganza es una especie de justicia salvaje que cuanto m3s crece en la naturaleza humana m3s debiera extirparla la ley, pero la venganza de ese da3o coloca a la ley fuera de su funci3n. En verdad que, al tomar venganza, un hombre se iguala con su enemigo, pero si la sobrepasa, es superior, pues es parte del pr3ncipe perdonar; y estoy seguro que Salom3n dice: 'Es glorioso para un hombre excusar una ofensa'. Lo pasado se ha ido y es irrevocable; y los hombres prudentes tienen demasiado que hacer con las cosas presentes y venideras; por tanto no har3an m3s que burlase de s3 mismos ocup3ndose de asuntos pasados.

La venganza es propia de sociedades que no intentan alejarse del estado de naturaleza. ¿Cuál es la responsabilidad de quien hace daño y cuál es la del dañado? ¿Cómo se asegura que a este último lo proteja la justicia sin que se cometan excesos ni arbitrariedades que remitan a lo arcaico? No hay otra manera que a través de la distancia que sólo puede tener un tercero, ajeno al hecho, el delito o la afección. Alguien que juzgue con objetividad las acciones para ejercer, con ésta y con la ley que busca la decencia, el mejor esfuerzo de equidad. El refinamiento del castigo es nuestro mayor símbolo de evolución. Convertimos las incipientes condenas primigenias en leyes que definen los límites de la barbarie.

Sería ingenuo de mi parte afirmar que ante la ausencia de condiciones adecuadas, mi voto de cordura se impondría sobre el aplauso al vengador. Sin duda es natural depositar en nuestras convicciones más básicas las mínimas seguridades que consideramos necesarias para sobrevivir en un mismo espacio. Ojalá entendamos que se trata de habitarlo. De eso hablaba Bacon y, si no me he equivocado demasiado, tal vez también estas páginas: de confrontar esa naturaleza que nos lleva a darle mayor peso a nuestros instintos sobre la calma, para pensar que debemos evitar el regreso en el tiempo. Hemos pulido las ideas lo suficiente para saber que la Tierra no es plana.

México ha construido sus instituciones, en gran medida, validando la venganza, en lugar de hacer lo imposible para que la legitimidad de sus fundamentos se sustente en la ley más prudente, con la que evitaremos regresar unos años atrás.

* Publicado en *Nexos*, diciembre de 2016.

13. NOTAS SOBRE LA LEGITIMIDAD*

La historia de los países tiende a dejarlos con dudas que creían resueltas. Hablar de las certezas de México es hacerlo de un sinfín de vacíos. Sin ánimo de simplificar, mi intención de referirme al México que vivo me lleva a pensar en sus últimos veinte años y en cómo hemos enfrentado la metamorfosis política que se dio del periodo revolucionario a la entrada a la democracia. En nuestro tránsito a ella, algunos conceptos han perdido su significado por repetición excesiva o, peor, sin entenderlos, los utilizamos descuidadamente sin siquiera detenernos a pensar en ellos, en sus significados, en su necesidad. Entre éstos, quizá uno de los más difusos es el de legitimidad.

Su origen se encuentra en la creación de las sociedades, cuando nos enfrentamos al reto de vivir en grupos más extensos que el primer círculo, lo que devino en tribus y, después, en clanes. La legitimidad fue necesaria para darle cauce a las relaciones, cuando ya no se contaba con la sangre para saber quién encabezaba la manada. Cuando dejamos de ser manada.

Lo legítimo es lo verdadero, también lo que entra en el marco de la ley. Es lo aceptado, lo que cuenta con el respaldo de quien ya buscó y construyó la condición de legitimidad. Es la base objetiva de la reputación positiva, su ausencia es la base subjetiva de la

negativa. Así, la legitimidad es la virtud política más pervertida en los diálogos de la mexicanidad.

¿Puede enseñar física un maestro que apenas terminó la educación básica? Si lo hace, lo hará mal. Tendrá que recurrir a los encantos de la retórica para convencer a sus alumnos de no sé qué fórmula o teoría. O bien, podrá recurrir a la fuerza para que sus palabras se impongan sobre la formación de los estudiantes. A punta de gisazos —instrumento de escritura que cada vez se usa menos—, contará con la ilusión del respeto, pero le faltará legitimidad.

¿Se puede gobernar sin legitimidad? Tampoco, a menos que se esté dispuesto a correr la suerte y depender de las mañas del docente improvisado. La legitimidad brinda el ideario del espejo en el que las sociedades se quieren reflejar. Sus ejecuciones legales parten de lo que un día se llamó virtudes políticas. No estoy tan seguro de que abandonarlas haya sido de gran provecho. Meterme con tales acepciones sería relativamente ocioso, sé poco de aquellas materias. Sin embargo, pensar en el origen de la legitimidad y su condición en México tal vez me permita entender algo de la situación actual del país, la peor crisis política que mi generación puede recordar. No sólo se duda de los poderes naturales del Estado, que han dado razones inmejorables para hacerlo; el periodismo, la academia y el ejercicio político se encuentran en una crisis que me preocupa.

En nuestra obsesión por definir la democracia sólo dentro del terreno de las urnas, rebasamos la primera década del tercer milenio convencidos de que la legitimidad provenía de la aceptación popular, de los votos. Por supuesto, es parte fundamental. Aquí no hay mucho que discutir, pero se ha olvidado la necesidad de permanecer en la legitimidad. Como la confianza, ésta se pierde más fácil de lo que se gana.

¿Qué se necesita para tener legitimidad? En lo académico la formación es imprescindible. Puede venir de distintas maneras, desde el aula a la investigación, el trabajo o la experiencia. Para el periodista, el único camino es la reputación, ya me detendré a

escribir sobre esto en otro texto. Por lo pronto, me ocuparé de lo político, porque la legitimidad, cuando se quiere hacer política de verdad, es su materia prima.

Mencioné la evolución de las sociedades, de sus primeras conformaciones familiares hasta las que agruparon a desconocidos. La legitimidad es natural dentro del orden jerárquico sanguíneo. Un niño obedece a su padre, porque es su padre. Dentro de los clanes las relaciones de familia llevan a esta misma estructura, pero nada de esto es política. La obediencia, si bien es una forma de legitimidad, es la más primitiva. Depende del miedo o de cierta verticalidad que sólo funciona ante la ausencia de política, necesaria en el momento en que se reúnen personas con nada en común, más que el espacio que comparten, la ciudad, el país, la comunidad.

Son interminables los ejemplos de una supuesta legitimidad impuesta mediante la fuerza; el autoritarismo en cualquier parte del mundo echó mano de la violencia, del temor a ésta o a través del miedo religioso. Es decir, de la anulación de la esperanza. El desarrollo de una sociedad política resaltó la importancia de las virtudes. Primero, rescatando los elementos religiosos en las virtudes de los héroes, después con las de la retórica —me pongo griego y hablo de la retórica de verdad, no de su prima la charlatanería— y más tarde con las de la demagogia. La política se convirtió en el asidero de esperanzas. No existe una sola campaña electoral que no juegue con ellas para conseguir legitimarse ante los otros, buscando hacerlo a partir de lo que es y se quiere ser, pero también desde lo que no es. Señalando la distancia con respecto a quien no considera digno de legitimidad.

La dependencia de la legitimidad mexicana a las figuras e instituciones heroicas hizo tanto daño como le ocurre a las sociedades que no abandonaron las estructuras religiosas para regular su vida civil. Unas y otras son parecidas, parten de no ser cuestionadas. Después de la legitimidad de la sangre, ésta es la forma menos desarrollada. No se requiere más acuerdo que el de la convención literaria y la memoria. De la creación de pasados para

satisfacer nuestra historia en el presente. Todo héroe cuenta con atributos inimaginables para un ser terrenal y con esas características formamos instituciones. En México, la presidencia del país tiene autoridad sin necesidad de probar ni convencer. El Congreso es honorable porque así se dicta y las fuerzas armadas se mantienen heroicas por definición. Bienvenidos los problemas. ¿Qué pasa cuando se deposita toda la legitimidad en el instante en que se establecen las instituciones y se deja de lado la necesidad de permanecer legítimas? ¿Qué legitimidad se le da a una sociedad? ¿Qué institución respeta al no institucionalizado? Puede que aquí radique tanto nuestra vocación a la construcción de caudillos como la insistencia del político nacional en convertirse en dador de soluciones, y de grandes sectores de la población a exigir solucionólogos. No encuentro a muchos miembros de las estructuras tradicionales exentos de esta tradición y sí, en ésta, uno de los mayores conflictos a los que se enfrentan las protestas, las organizaciones civiles y la participación ciudadana en el escenario político.

Tal vez los textos que más me han ayudado a pensar esta preocupación son del alemán Max Weber. Tanto en *Economía y sociedad* como en *El político y el científico*, un lector menos francófilo que yo se podrá sentir cómodo. En ambos, el filósofo y politólogo plantea un dilema que puede resultar chocante pese a ser acertado —cosa natural en las buenas ideas—: no hay legitimidad sin subordinación. Weber murió en 1920, eso explica el uso de un concepto que hoy pondría los pelos de punta a varios. Cambiemos subordinación por aceptación. Sirve para reconocer la validez de algo por quién lo dice. Una clase en la escuela, una multa de tránsito, la investigación de un periodista, la demanda de una población. La legitimidad contradice la más amplia horizontalidad, y si ésta es vertical, ¿qué hacemos con una sociedad horizontal? Encontramos los espacios de una y de otra.

¿Qué se necesita hoy para tener legitimidad? Para alguien que escribe es complicado no caer en la tentación burlona de contar

alguna anécdota acerca de los esfuerzos que ha visto por hacer valer un libro. Cintillos, fajillas y presentadores. Todos los recursos posibles para legitimar un texto que nadie ha leído. Mejor vuelvo a lo político, que llega a compartir algún elemento con la industria editorial: la necesidad de respaldo. ¿A quién estaría dispuesta la gente a respaldar? ¿Qué virtudes le dan legitimidad a alguien?

La legitimidad de las propuestas o personas estará siempre en función del contexto de las sociedades. Las virtudes cambian. Por ejemplo, en tiempos de paz un buen general sería más inútil que un plátano. México, con todo y sus múltiples problemas, cuenta con camino suficientemente pavimentado que nos podría llevar a un destino medianamente decente. ¿Qué tamaño de tarado se hará la idea de que es legítimo pedir que se le nieguen los derechos a otro? Ése que renuncia a la universalidad de los derechos. Asumo, o sólo lo espero, que nadie con un dedo de frente quiera eso. Mismo destino en vía inversa. ¿Cuál es el futuro de un gobierno que ignora la molestia general? Ya sea de inmediato o a cuentagotas, perderá la legitimidad que pudo llevarlo al lugar donde está. Lo estamos viviendo. ¿Qué sucede cuando un tribunal popular —sea chico o de una enormidad metafórica— decide condenar a un inocente? Incluso si lo hace en medio de una demanda justa, verá esfumarse toda legitimidad.

Hace no tanto, los partidos políticos mostraron su función dentro del desarrollo democrático de México. Sus excesos solaparon corrupción y violencia, se mantuvieron dentro de su subjetividad para coquetear con el peor enemigo de la legitimidad: los intereses inmediatos. Terminaron por destruir la unidad que pedía las condiciones más básicas de subsistencia en la vida política del país. Hoy tal vez se tenga que recurrir al análisis mediante pares de opuestos, ahí está la encrucijada entre verticalidad y horizontalidad. Nadie será suficientemente ciudadano común para entender las responsabilidades del poder, y no habrá cercano a la política suficientemente ciudadano. Al menos no sin el respaldo de otros en la línea intermedia. Entonces aparecerá un nuevo ingrediente contra

la legitimidad: la mezquindad. Ese par o reverso de la legitimidad, que por intereses inmediatos no brinda el respaldo que impulsaría a la confianza.

La universalidad de las virtudes aleja a la subjetividad de la legitimidad, se decía en mi casa. Tal vez sea bueno volver a pensar en ellas.

* Publicado en *Nexos*, octubre de 2016.

14. SOBRE RELIGIÓN Y POLÍTICA

Existe una base, casi indeleble, de muchos comportamientos nacionales. Espero que en algún momento nos demos cuenta de que nuestra relación con la política es absolutamente religiosa. No se trata de decir una y otra vez que México es un país creyente, las convicciones privadas rara vez me han perturbado. No tiene que ver con eso. Son las estructuras políticas y sociales que perduraron desde la Colonia, pasaron la aduana del tiempo y se asentaron permanentemente en nuestras convicciones.

Las expiaciones, la culpa y la salvación son elementos del pensamiento religioso que se encuentran en el quehacer cívico. Ocurre en distintos lados, en diferente medida. Unos países se encomendarán más a la culpa, otros, como México, a la salvación. Este pensamiento no se basa en la religión, sino en la creación de afinidades emocionales, y en este ámbito la explicación racional no ocupa la primera línea de ideas. El comportamiento religioso no necesita deidades, la opinión es más que suficiente para que ésta se convierta en dogma, sustento de una doctrina civil que sobrepasa los cánones de cualquier Iglesia.

Toda causa religiosa o ideológica, que son muy similares, encuentra su valor en la credulidad de la fe —no lo escribo como falla, es su condición y, a veces, una virtud—. Así, sin importar el

sujeto de devoción o por quién se inclinen o decanten las simpatías, las justificaciones serán las mismas, y favorecerán a quien ocupe la vanguardia en una marcha o procesión. Los seguidores del líder encontrarán perfectamente válidos los actos cometidos por él o por cualquier otro miembro del grupo, sin mucha necesidad de revisión. Será pues, imposible, que yo analice mis propios defectos si no soy consciente de que lo son. Tampoco podré ser autocrítico si lo importante es defender la postura que considero infalible, en lugar del objeto de dicha postura. En México, lo que sabemos de política es lo que aprendimos de la religión.

Olvidamos que absolutamente toda religión es política, y toda propuesta política para ser popular requiere fidelidad. La institucionalización de las creencias, por principio, busca una regulación social. En el ámbito civil, los caudillos y los funcionarios constituyen una especie de versión laica de los profetas, unos portarán medallas, otros darán buenos discursos. Las ideologías, o sus espectros, contienen cada uno de los elementos formadores de las creencias. En México, los ciudadanos esperamos de la política lo que los religiosos de sus santos. Llevamos décadas denostando las figuras de caudillos, pero no asumimos que esos mismos caudillos dependen de un aura religiosa, en la cual depositamos nuestras esperanzas de salvación social. Y a menudo, en su defecto, quienes no coincidimos con dicha pretensión salvadora, fallamos al no reconocer las razones de esos ciudadanos que se han encomendado.

¿Qué buscamos en nuestros ejecutores de política? Si las respuestas son: que no roben, que sean honestos, que reparen los baches de nuestra colonia, estaremos hablando del simple administrador público, cura de parroquia vecinal, y estaremos dejando de lado la idea que le da nombre a su labor. La vulgarización de la profesión me obliga a no llamarle político a todos los que presumen el apelativo. Nombraré ejecutores de política o profesionales de la política al verdadero trabajador de esa ocupación.

Ese ejecutor de política, para ganarse la representación de los ciudadanos, necesita contar con características que permitan a los demás reflejarse en él. Simple regla de empatía: el que está adelante deberá parecerse a los que están atrás. Viene entonces un problema de concepto: todos queremos un profesional de la política que sea ejemplar, inflexible en lo que debe serlo, justo, culto, confiable. ¿Como todos nosotros? Un segundo de crítica y continúo.

Algo salió mal, el ciudadano busca un reflejo no de sí mismo, sino de sus aspiraciones. En el terreno práctico, el ejecutor de la política no encontrará forma de ser el espejo de todos, entonces generará la antipatía de algunos, los no creyentes.

A pesar de mi ateísmo, se me ocurren pocos ejercicios más inútiles que la discusión entre quien sostiene una fe y quienes no. Los puntos irreconciliables son siempre celosos, y es raro que uno ceda frente al otro, por su misma condición. Ese ejercicio, en los asuntos políticos, implica un problema importante. La esencia misma de la política conlleva la necesidad de discusión; no existen vías políticas sin concesión. La insistencia de una idea sobre quienes no la comparten es natural en los campos dogmáticos. Al terminar la discusión, se dividen las posturas y, si nos comportamos con decencia, no debería pasar a más. Es evidente que el problema surge cuando las divergencias salen de lo privado para entrar en lo público, es decir, en lo político. Si a partir de su creencia el creyente impulsa una política pública, transgredirá los principios elementales de laicidad y afectará lo ciudadano, que es el único terreno donde las convicciones de cada quien no tienen lugar.

¿Qué pasa si la postura del creyente influye en aspectos y decisiones fuera de la esfera religiosa, e impacta en cualquier otro campo de la vida? ¿Qué ocurre si se defienden los principios fundadores de un país con esa vehemencia y subjetividad?

En uno de los textos que el lector encontrará más adelante, trataré de explicar la resistencia del mexicano hacia el debate. A reserva de esperar ese momento, afirmo la triste vocación nacional de evitar la discusión. No será la primera vez que lo digo: el

mexicano rehúye la confrontación. Tenemos que aprender a discutir sin asumir que es malo. Discutir es una virtud, permite plantear argumentos más allá de las doctrinas, superar el nivel de burda confrontación en la que unos dicen hacer lo correcto y los de junto también. Como pollos que quieren ser gallos, suponemos que sacar el pecho o atinar el insulto puede reemplazar a la dialéctica. Como si fueran asuntos de santos, tratamos de probar quién tiene razón como si estuviéramos compitiendo por determinar quién hace más milagros, o si estos existieron. En este punto, nos quedamos en gritos, manotazos e indignación. Necesitamos pensar más allá del exabrupto que sigue a la exigencia justa, obligarnos a un intercambio de ideas que lleve a algo. Para lograrlo hay que escuchar, pelearnos con cabeza y dialogar. Cuando el diálogo está ausente, aparece la violencia.

En el inventario religioso, los creyentes se identificaban entre sí mediante santos, cruces y señas. Todavía hoy en México, quien se considera muy devoto llega a denigrar a quien no se marque la frente con ceniza. Tal vez la burka y el ayuno en el Ramadán sean suficientes para el creyente de otras latitudes, quien, al igual que el que conoce el Talmud, ve en sus símbolos una expresión de lo inapelable. No hay creencia que no cuente con elementos indiscutibles, ahí su gran falla, y, aunque la religión no está hecha sólo de estos factores, son ellos los que limitan el razonamiento más profundo, nublan la lógica, suprimen la diversidad y alimentan el odio.

¿Qué tanto de esto encuentra analogía en la discusión política y social mexicana? ¿Qué tanto nada es lo que es, sino lo que quiero que sea? Me temo que mucho, y así nunca podremos hacer cosas relevantes ni tendremos grandes ideas.

En pleno siglo XXI, en la mayor presunción del laicismo, gobiernos y sociedades nos comportamos como buitre de capirote del siglo XVI. Es la incompatibilidad de la razón con el pensamiento dogmático. El terreno de conflicto ya no serán las tierras o los textos sacros, sino los asuntos públicos, y, de éstos, nuestro país tiene montones que

hacen sudar las sotanas. Cuando las cosas salen mal —que, lamentablemente, es con mucha frecuencia—, se sientan en la misma mesa un cura y un ateo bajo el manto de una virgen con vestido de noche, todos a comulgar. Se debe pensar esto, decir lo otro. “¡Calla tú, que eres un bribón!” La frase puede venir de un político, de un empresario o de la protesta organizada. Es consigna versátil, de discurso multicolor. Esto está bien, lo otro anda mal; es el mal. Un gobierno que se siente obispo, una sociedad que se afirma diácono, poseedora de la verdad absoluta. Somos religiosos y demócratas creyentes.

Libertad de prensa, derechos privados, derechos de empresa, corrupción, moral y leyes. Las opiniones se encuentran a millas de distancia unas de otras. En un mundo de extremos todos tienen razón. La respuesta aniquiladora no vale tanto como la que viene de la calma y tiene espacio para evitar el error. El comentario tajante se transforma en doctrina. Seguiré a quien comparta mi opinión, tildaré de infiel a quien no entre al grupo y, en un suspiro, me transformé en feligrés de mis coincidencias.

¿Quién rechaza a los detractores? El religioso. ¿Quién los necesita? El demócrata.

En el debate mexicano sólo vale la opinión de quienes coinciden con nosotros, cuyas ideas empatan con las nuestras. Ésta es la postura de muchos actores, medios, periodistas, grupos y gobernantes. Es lo más parecido al Vaticano y lo más distante de la democracia.

Los detractores son buenos, me decía un amigo querido, y afirmaba que algo se habrá hecho mal si no se tienen enemigos después de una vida compartiendo lo que se piensa. Estoy convencido de ello, sin embargo, en la discusión de lo público son pocas las ofensas que dependen de la piel blanda y abunda el insulto. También hay quienes se vanaglorian de los halagos que reciben, y quienes cosechan muchos no serán más brillantes que otros, pero sí más complacientes. Esos personajes están en el negocio de caer bien, el mismo del cura bonachón que reparte

cariño en la homilía: dos palmadas, bendición y vuelva el próximo domingo, que aquí estaré enseñado lo que pasa en el mundo.

El diálogo es invaluable, siempre; sin él no sólo aparece la violencia, desaparecen las ideas. Cuando el diálogo se esfuma, evidenciamos nuestra falta absoluta de vocación democrática. Desde que entramos a ella, a la democracia, no entendimos que ésta no radica sólo en las urnas. Tampoco es levantar la mano y que todos hablen al mismo tiempo, y mucho menos mandar a la hoguera. Es el gobierno a través del diálogo,¹⁰ y a lo largo de la historia la institución menos interesada en dialogar ha sido la Iglesia, que sólo lo hará sobre los temas que no entran en sus incuestionables.

Vivimos en el concilio del siglo. Uno muy mal logrado. Un coliseo para aplaudirle al amigo y enterrar al hereje. Una iglesia donde el coro canta loas o vituperios. Es más fácil rezar a santos autoproclamados. Somos una sociedad montada en su propio nicho. En cada época de crisis, nos hemos hecho de figuras que intentan explicar lo inaudito y resolverlo a manera de salvación. Ojalá descubramos que, al paso de los años, lo único que nos queda es la reflexión.

10 Parafraseando a mi querido L. M. Oliveira.

15. DE IZQUIERDAS Y DERECHAS

La ideología y la religión son los espacios donde la perversión se nos da mejor a los humanos. Ya en otros libros las he comparado como semejantes. Religiones e ideologías no pueden mantenerse encerradas dentro de cuatro paredes; su subsistencia depende de ser expuestas, compartidas, interpretadas y modificadas a lo largo del tiempo. ¿Con qué perversidad interpretamos en México las definiciones? ¿Qué tanto de ellas se encuentra en los idearios del país?

Soy de las últimas generaciones que se criaron en unos años simplificados en su propia complejidad. Estaba el Muro de Berlín, América del Sur vivía sumida en brutales dictaduras y España buscaba reconstruirse luego de la suya. Ideología y religión fueron temas recurrentes durante mi infancia y adolescencia; las corrientes parecían claras. En mi casa, las militancias eran asunto del día a día, y nos hicieron viajar a distintos países, para que mis padres participaran en algunos movimientos sociales y, en su momento, revolucionarios. La mía era, pues, una casa de la más tradicional izquierda. Los ideales eran contrarios al capitalismo, se defendía la igualdad social por encima de todas las cosas y se debía estar dispuesto a anteponer el bien común contra el privado. En cambio, las derechas eran cercanas a los militares de la época, su principal

motivación era el capital, la conquista de nuevos territorios —aunque fueran políticos—, entendían los valores como exclusivamente morales y, por lo mismo, no eran distantes a las cúpulas religiosas de sus respectivos países. Había dos éticas: una solidaria, que lucharía por la igualdad, la justicia y la libertad; otra individualista, según la cual esa igualdad dependería del crecimiento propio antes que del comunal.

El origen de esta división tiene ya poco que ver con esas apreciaciones de antaño. Con la dicotomía izquierda-derecha que surgió en los años de la Revolución francesa, dividiendo en bandos opuestos a los simpatizantes del Rey y a los de la Revolución. Esta bipolaridad política se trasladó al siglo XIX, enfrentando a conservadores y liberales —a estos últimos el tiempo les jugó una mala broma y ahora no es sorprendente encontrar a personas liberales en lo social, pero conservadores al hablar de economía.

En gran parte del mundo, la memoria ideológica del siglo XXI encuentra sus raíces en la segunda mitad del XX: los movimientos sociales de la década de los sesenta, los movimientos por los derechos civiles y el fin de la Guerra Fría. México, sin escatimar estos ejemplos, acarrea una nostalgia ideológica de por lo menos cincuenta años. He escuchado, y con mayor insistencia en los años recientes, que la sociedad mexicana está apolitizada. No puedo coincidir con eso. Es más, entre las sociedades que conozco un poco —y a pesar de su baja participación—, ésta es una de las más convencidas de sus valores políticos. No es necesario que se manifieste por las vías naturales: marchas, organizaciones, elecciones, etcétera. El núcleo de la sociedad mexicana es primordialmente familiar, a partir del cual se conforman comunidades de familias y, en conjunto, comparten de manera frecuente posturas con respecto a temas sujetos a interpretación ideológica, especialmente en lo social. A lo largo de los años he visto que la postura hacia los derechos humanos suele ser medianamente similar entre padres e hijos, aunque obviamente no es algo generalizado. La misma continuidad puede encontrarse en los

debates tradicionales, como el uso y propiedad de recursos naturales, o en la empatía heredada de generación en generación hacia ciertas corrientes ideológicas, aunque no se forme parte de las filas institucionales en que se expresan. A lo que voy con esto es que la diversidad de posturas ideológicas aparece al interior de la estructura social, más que en su exterior, y no por eso es inexistente. Me hago responsable de mi subjetividad. Parto de mi experiencia y de lecturas en las que a veces confío más de lo que seguramente debería. En las inclinaciones ideológicas del país, veo algunas coincidencias, dependiendo de pasados y geografías que se relacionan con lo que he venido escribiendo. Encuentro dos elementos centrales en las afinidades ideológicas de los mexicanos: la relación con el proceso posrevolucionario del país y una sociedad amplia y simplemente conservadora, desde su relación con la Iglesia y los valores heredados de las regulaciones sociales que ésta promueve.

Se ha transitado en la idea de que México es un país eminentemente nacionalista, o apuntando al corporativismo. En ambos casos, bajo el amparo absoluto de un Estado envolvente. Y a la vez, sin ser excluyente de lo anterior, es una sociedad defensora de los valores morales del catolicismo.

Las vertientes de dichas corrientes se ven, en distintas medidas, dentro de todas las expresiones políticas nacionales, institucionalizadas e individuales: de partidos políticos, a casas particulares y comidas de domingo. El esquema geométrico funciona adecuadamente cuando las posibilidades son limitadas. Estará el partido de derecha y la familia que marcha por valores cristianos. Está el partido de izquierda y una familia progresista, en la tradición de la palabra. ¿Qué pasa cuando se abren vertientes? En México, más que en otros lados, el mismo conflicto sucede en las estructuras interiores y las exteriores —aunque, si tengo razón en este punto, el mundo se está mexicanizando.

Dentro de los cánones geométricos en los que se ha desenvuelto el país, ¿dónde se ubica un individuo que va en contra del libre

mercado, pero que no acepta las uniones homosexuales? ¿Cómo se califica al que promueve el mismo libre mercado junto al derecho de abortar y la legalización de las drogas? ¿Qué hacemos con el que argumenta en contra de una economía centralizada, rechaza los subsidios y en todos los demás aspectos es más liberal que quien se tilda de izquierda verdadera?

Las etiquetas de izquierda y derecha se han quedado cortas, el debate bipolar ya se agotó en casi cualquier parte del planeta. Sin embargo, rescatando los términos, la nuestra es una sociedad diestra. ¿Qué elemento fundacional se puede encontrar en esta dicotomía ideológica?

Las divisiones ideológicas ya no pueden ser vistas como un asunto de proyectos sociales a gran escala, porque de éstos hay pocos. El entendido de un país donde unos se sienten amenazados por la ideología del otro debería ser cosa del pasado. Sigue existiendo el choque, pero éste no es tan simple como para meterse en toriles. Queda lo liberal y lo conservador. La mano que se levanta es ya un asunto de moralidad cambiante, no de aceptación al otro, sino de nacionalismos y extremos.

En el mundo, cada vez es más frecuente ver grupos de ultras que defienden su tierra como cruzados de la Edad Media. En Estados Unidos, de Texas a Virginia, grupos afines al Ku Klux Klan portan las banderas de los fascistas en Europa. Allá hay griegos, franceses e ingleses que golpean a migrantes que reclaman una miseria. Francia, un país que desde 1975 permitía el aborto, hoy llena sus calles con protestas antihomosexuales y piden la prohibición del derecho de una mujer a decidir sobre su propio cuerpo, como también se promovió hace no mucho en España, donde el Partido Popular trajo los recuerdos de la Falange. Las derechas triunfan y no son discretas, nunca lo han sido. Aparecen siempre que las naciones entran en crisis. A través de linchamientos y posturas anacrónicas, el conservadurismo radical piensa que sus condiciones mejorarán de algún modo.

Con la poca distinción que hay entre los proyectos económicos de uno y otro bando, izquierdas y derechas caen en enfrentamientos morales; y éstos siempre son peligrosos. Se meten con el otro en lo más íntimo que tiene, su identidad y derechos.

En México no nos quedamos atrás. Insisto en referirme a los temas sociales, que, estoy convencido, son los únicos que al final importan. En el laicismo de nuestras conductas sacamos a relucir lo más dogmático y ponemos en duda nuestro propio desarrollo. Si bien contamos con leyes que apuntan a una sociedad más equitativa y las condiciones en el papel parecieran justificar una sonrisa, en la realidad distan de ser un logro.

En la investigación del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional que ya he mencionado, el documento, una encuesta de Constitucionalidad, proporciona datos alarmantes y puede ser consultado libremente.¹¹ Sólo una tercera parte de los encuestados acepta que una pareja del mismo sexo adopte un hijo y, en el espíritu de una tribu enardecida, apenas una cuarta parte rechaza la pena de muerte. Parecemos romanos, caray. ¿Dónde quedan la izquierda y la derecha, tan definidas, en medio de este resultado? Siete de cada diez mexicanos encuestados consideran que un toque de queda ayudaría a reducir la inseguridad. Lo facho aflora. Tres de cada diez piensan que es válido torturar a un delincuente para obtener información. Somos unas bestias. Me atrevo a decir que será difícil encontrar a alguien que, sin importar su círculo, exclame que no se considera progresista. Todos decimos ver para adelante. Tal vez, el término esté mal entendido.

En México, cada día encontramos más legislaciones que garantizan igualdad en derechos que sólo se pueden contrariar desde las convicciones privadas. A pesar de contar con algunas leyes que protegen condiciones tan equitativas como internacionalmente aceptadas, dentro de los cánones que apelan a la decencia y a la modernidad desde la igualdad social, flirteamos con espejismos que se inclinan —sin importar la bandera que carguen— hacia lo que entendíamos como derecha.

La entrada de México a la democracia, con la transición del año 2000, abrió la ilusión a la desgeometrización de las vías políticas, con resultados que se fueron a los extremos, establecieron una ambigüedad perversa y desgastaron —a causa de incontables y repetidos vicios— las herramientas políticas que siguen siendo demasiado dependientes de las estructuras binarias. Hay partidos y corrientes nuevas que trabajan como lo hacía el sistema monolítico previo a la democracia. El efecto de esto es una trampa de estructura gramatical. Hay una sociedad renuente a las instituciones políticas que deberían ser vía de manifestación ideológica, y, en consecuencia, es renuente al planteamiento ideológico en vez de serlo al vehículo de propuesta. Tenemos un problema de sujeto. No se quiere a los partidos, aunque desde el seno familiar e individual se pueda coincidir con lo que se esperaría de ellos, al menos en los idearios sociales.

En cualquier país que se considere democrático, ya nadie quiere que la revisión de los elementos fundacionales ocurra con movimientos fuera de la democracia. En México, desde gobiernos e instituciones políticas, ese coqueteo con los elementos ideológicos se expresa a conveniencia, por norma, frente a la cercanía de periodos electorales. Al ser esos tiempos posiblemente los únicos en los que se plantean de cara a la población las estructuras del país, se reduce la posibilidad de un desarrollo y debate de las posturas con las que se establece la posible identidad del tipo de país que se quiere. Fuera de esos periodos, se siguen evidenciando las inclinaciones y preferencias ideológicas, pero, insisto, sólo ahí se discuten ampliamente. Es decir, lo que se entienda como izquierda y derecha tiene entonces su momento estelar. En México las elecciones no son una fiesta democrática, son un domingo de misa.

Ante el desencanto, en el país se está optando por eludir el aspecto ideológico. Quizá estemos cometiendo un error. No se trata de ser de izquierda o de derecha, sino de tener claro cuáles son los valores base para proponer políticas públicas que identificarán los valores nacionales. ¿Somos un país liberal o conservador? ¿Somos

un país abierto al mercado o proteccionista? Si terminamos escogiendo lo conservador y proteccionista, no pocos nos levantaremos para luchar por no perder algunos terrenos que habíamos ganado. Derechos civiles, para evitar confusiones. Pero incluso, de ser ése el caso, se entraría a un escenario que hoy se diluye y causa problemas. México se desenvuelve frente a la ausencia de los debates elementales de una sociedad, ésos que se libraban en lo ideológico. No ve en las ideologías una vía de solución; en realidad, todas nos han causado más decepciones que satisfacciones —sin excepción—, pero permitían un debate. La renuencia justificada hacia ellas ha promovido los discursos inmediatos y la sarta de solucionólogos en que muchos nos hemos convertido, porque las ideologías comprometen a tomar posturas y hay poco más impopular que eso. Espero que el camino se encuentre en el debate. Para tenerlo hay que sostener una idea y estar dispuesto a ser derrotado por el mejor argumento. Puede ser bueno dejar el espíritu religioso.

México es hoy un país mejor que el que vivieron mis padres y que yo vi cuando era más joven. Las posibilidades de este debate eran inexistentes; no es poca cosa estar en condiciones de tenerlo.

A las fechas en que se publican estas páginas, se baraja la idea de coaliciones políticas que, en pos de la viabilidad de soluciones, sostienen diferencias irreconciliables. No me adentraré en lo coyuntural que se desarrolla conforme nuestra democracia sigue yendo por sus muy confusos meandros, pero si se deja de lado cuáles son los puntos base de entendimiento, no tiene caso hablar de gobernabilidad. Mientras no se entienda que esos puntos tienen que partir de un acuerdo en el que los derechos civiles y la memoria coincidan, estaremos repitiendo el aquelarre de indecisiones que hemos procurado desde hace décadas, dos en particular. Quizá la vía que más apele a la decencia sea una en verdad fuera de la geometría.

<<http://historico.juridicas.unam.mx/invest/areas/opinion/encuestaconstitucion/pdf/encuestaconstitucion15.pdf>>.

16. LA REPÚBLICA*

Sin intención francófila, vuelvo a un ejemplo francés para llegar a México. No lo hago por creer que la política gala esté llena de virtudes —dediqué una novela entera a intentar un retrato de sus peores defectos—, pero una de sus anécdotas me sirve para explicar cómo ciertos valores republicanos se establecieron gracias a la suerte y la razón, y se han perdido por culpa de los excesos, la impunidad y la corrupción.

Por un simple catarro, allá en 1874, se instauró en Francia la Tercera República, casi un siglo después de la revolución que vio nacer a la Primera República. Muchos países en el mundo adoptamos sus estructuras. Hacia fines del siglo XIX, los franceses se encontraban en un momento de revisión de sus sistemas de gobierno. Ninguna idea tonta, hay que admitir. En la Asamblea Nacional se votó el futuro político del país, iban a elegir entre ser imperio o república, cuando un diputado monárquico enfermó y se quedó en su casa. Así, por causa de la gripe y un solo voto, ganó la opción que se mantuvo hasta la Segunda Guerra Mundial. En 1940, el régimen colaboracionista de Vichy, aliado del nazismo, tomó el poder y eliminó el esquema republicano de la nación. Como sucede en otros lugares, cuando la guerra terminó se volvió a establecer un sistema que entendía su relación con el pasado. Era la cuarta

ocasión que lo hacían. Hoy van por la Quinta República, cada una separada de la anterior por episodios de violencia, mal gobierno o emergencia. La República estable siempre sale de la reflexión, no se desestabiliza por oposición.

Hay países que van marcando la evolución de sus sistemas a partir de sus errores; pensándolos. La historia dejó claro que la República es un sistema vivo y elástico, que se va amoldando a sus tiempos. En todos lados, salvo en el México moderno. Con discursos y banderas seguimos defendiendo la última versión del Estado, tan funcional como cojo subiendo una escalera sin muletas. Ya pasamos por cambios, tuvimos la República Centralista, la primera y segunda Federalistas —nuestros nombres siempre son barrocos—, hasta el modelo actual, que no nos haría mal analizar un poco. La alternancia no logró darle al país lo prometido y ahora vemos cómo el sistema mexicano se va de sí entre declaraciones con poca capacidad de convocatoria y menor convencimiento. Tenemos violencia criminal, violencia de Estado, violencia de quienes no dan la cara y niveles de delincuencia que parece no se veían desde hace tiempo. Y todos estos factores se enfrentan al descontento legítimo y más que justificado de una sociedad con pocas nociones de civismo.

Si hablamos del Estado en abstracto, nos arriesgamos a definirlo en la banalización del lenguaje y la interpretación. Lo mismo ocurre con la democracia ¿Qué pasa si hablamos de la República? Posiblemente debamos recordar de qué se trata. La República es una forma de Estado que llama a la democracia. No hay República sin Estado. Nuestro problema es grave.

Retomo a los clásicos y caigo en las líneas que Platón y Cicerón escribieron sobre la cosa pública, la *Res publica*. La República ha cambiado por su propia naturaleza, el Estado es más estático. Platón definía a la primera como una forma estable del segundo. Cicerón planteaba una relación fundada por los mismos intereses. Antes que el Estado, la República representa el sentido de estar juntos. En ella se construye una sociedad que se unifica por esos intereses compartidos, no por otra cosa, ni siquiera el himno que gusta tanto,

la comida que el mundo aplaude o las sutilezas que a la menor tontería se buscan defender.

¿Cómo hablamos del Estado sin saber cuál es el momento de nuestra República? Históricamente, los tres pilares del Estado republicano han sido: el fisco, el ejército cívico y la disciplina electoral. Agreguemos la conciencia, no hay República sin ella. Parte de la razón y no existe un solo momento de razón que se mantenga sin la capacidad de diferenciar sus virtudes, de lo malo, lo mezquino, lo déspota y lo cínico. Las instituciones republicanas se fundan bajo la idea de la cooperación, y no del enfrentamiento —que no debemos confundir con una buena discusión, ésta ya he dicho que es imprescindible—. La República depende de la acción política y ésta del diálogo. Un Estado que insiste en defenderse de las voces contrarias en lugar de escucharlas, que descalifica las protestas y niega la autocrítica, la conciencia —el trabajo periodístico—, no es un Estado republicano. Un Estado donde fallan las instituciones es apenas la ilusión de una República.

Para mantener su estabilidad es primordial el papel del Senado. ¿Qué hacemos con nuestro Congreso? Exigimos, apelamos a la conciencia. En el Congreso descansa la República, es el órgano contenedor de los cimientos. Permite la abolición de un poder unipersonal, y, a través de los partidos como herramienta republicana, se someten las instituciones a la rendición de cuentas, al menos en lo teórico, a la investigación más profunda de las acciones políticas.

Cuando quienes se sientan en las curules no han entendido de qué se trata su trabajo, entra en juego el papel de los ciudadanos —y, de nuevo, del periodismo—. Si no podemos confiar en la conciencia de nuestros pilares —por ella, en otros países, más de un funcionario se ha ido a su casa—, hay que obligar al Senado a pensar en la solución republicana: poner en duda al Ejecutivo y sus dependencias. Que los escudriñen, que los limiten y pongan en orden. Que se revise el papel de los aparatos de justicia. También en los gobiernos locales. Habrá que ser muy ciego para decir que

México no tiene problemas sistémicos y estructurales, o para afirmar que el Ejecutivo, la institución, va por buen rumbo. Para hacerlo se requeriría un nivel de conciencia parecido al de un sapo. Antes de pensar en la refundación de una República, idea que no desecho y me atrevo a poner sobre la mesa, no veo más opción para frenar la descomposición que la creación de nuevas estructuras, comisiones, fiscalías ciudadanas y autónomas que le entreguen resultados al Congreso y revisen cada uno de los eventos que afectan al país: corrupción, infiltración del crimen, decisiones de gobierno. A partir de eso, se podrá juzgar a los que no vean por la salvaguarda del país.

Acercándose a una discusión bizantina, la exigencia de estos esquemas ya echó raíces en la política nacional. Más la exigencia que su ejecución, vaya. A contracorriente, poco a poco se les ha dado apertura. La presencia de estas estructuras de revisión no ha sido ajena al rechazo y obstrucciones por el mismo Estado. Si retomo sus pilares, me toparé con otra falla de origen que me pide escarbar en lo personal. Por razones familiares tuve gran cercanía con mandos del ejército mexicano, generales de brigada, de división. Le tendré siempre un infinito agradecimiento al Secretario General Enrique Cervantes y al General Jaime Cohen, director de Sanidad en su momento, por la atención a la salud de mi madre en sus últimos años de vida. Eran los anteriores a la alternancia y, evidentemente, a la guerra contra el narcotráfico. Nuestro ejército había recobrado un amplio nivel de confianza en un gran sector de la población, tras haberla perdido al final de la década de los sesenta y principios de los setenta. Entre otras, para lograrlo, su principal ocupación era el programa de auxilio a la población en casos de desastres naturales. Un programa único y del que el Estado mexicano puede estar realmente orgulloso. Recuerdo una charla entre mi madre y uno de los generales, alto mando con un buen número de estrellas en su uniforme. Le cuestionaba los méritos de su rango, otorgados, en un ejército regular, por logros en combate. El general en cuestión no había participado en ninguno. Mi madre, que no olvidaba las

trincheras de la guerra de Yom Kipur, no tardó en hacerle notar que ella tenía más experiencia militar que él. Eran buenos años. Ese ejército me gustaba, tenía más que ver con los valores republicanos que le permitieron recuperar su legitimidad. El ejército cívico.

La República siempre necesita entender su relación con el pasado, no es un sujeto definitivo, sino un sujeto en proceso permanente. La brutal corrupción en la que está inmerso el país debería encontrar preocupación en el Congreso. Para reparar las violaciones sistemáticas a derechos humanos, es imprescindible la participación de comisiones autónomas que ayuden a construir nuestra memoria. Sin ella, no habrá papel educador. Cuando he tocado el tema con autoridades encargadas de derechos humanos, aunque a regañadientes, coinciden en algunos aspectos. Quizá en los más importantes. La resistencia absoluta está en las filas del ejército.

Me dirán que no podemos confiar en los partidos, senadores y diputados. Tendrán razón, pero es necesario hacer funcionar los instrumentos con los que contamos, para dejar la cojera a un lado.

Un catarro llevó a Francia a su Tercera República, había democracia electoral y en eso, aunque se ponga en duda, tenemos camino andado. México es un país sin suerte; intentemos tener uno de razón.

* Parte de este texto fue publicado en *Sin Embargo*, el 21 de noviembre de 2014.

17. ¿QUÉ ES LA JUSTICIA?

Se escucha por todos lados que los villanos serán llevados ante la justicia. En realidad, se usan las palabras *delincuentes* o *asesinos*, pero de todas maneras parece el diálogo de alguna novela de Alejandro Dumas. La *justicia*, palabra que se ha convertido en una palabreja, es empleada como si fuera una verdad absoluta en sí misma, capaz de resolver todos los males. Ha perdido su sentido al ser sujeta de versiones con resultados un tanto inútiles.

Hay aspectos de la vida que no suponen ambigüedad. La verdad es uno de ellos. No habrá una verdad para mí que sea distinta para otro, y eso constituye una certeza. Verdad es la fuerza de gravedad o, la forma de la tierra, que los flamencos vuelan y los avestruces no. En la verdad sólo caben aspectos indiscutibles. Hace poco tiempo, alguien me argumentó que, para él, la existencia de Dios era una verdad, pero cómo puede ser verdadero algo para uno y no para mí o cualquier otro. Creencias y certezas resultan parecidas. No nos metamos a hablar de respeto, no se infringe en aquel terreno por dudar de una existencia sobrenatural, como tampoco al ir en dirección contraria. Las verdades son pocas, decía: las leyes de la física, particulares para cada entorno, por ejemplo. La redondez de los planetas —que entiendo es parecida a un óvalo—. Que los gatos

no ladran como los perros, que nuestra especie necesita oxígeno, que en lo atemporal no podemos definir a la justicia.

Los abogados se enojarán. Lo jurídico ha decidido privilegiar a lo práctico en detrimento de lo filosófico, que es lo que a mí me importa. Aunque estoy convencido de que la justicia jurídica debe ser buscada, ésta, en realidad, no es justicia, aunque debemos llamarla de alguna forma. Ella, que es el único camino para el funcionamiento de las sociedades, no se acerca al auténtico concepto de lo justo, porque éste es inalcanzable. *Eufamia* pura, le discutiría a un buen amigo con quien, de vez en cuando, hablo sobre el lenguaje.

Podemos distinguir qué no es justo y no hay dudas al respecto. No lo es que desaparezcan personas, o que sean asesinadas por criminales o por miembros de las fuerzas de un Estado, al parecer, también injusto. No es justo el dolor que provoca la brutalidad. Tampoco que se sacrifique a un perro porque su dueña está enferma de ébola. No es justo que haya guerras y mueran niños. No es justo que al mundo se le olvide que hay muertos, semejantes a quienes estamos vivos. Tampoco es justo que, sin pruebas absolutas y un proceso adecuado, se condene a quien sólo parece haber delinquido. Que una familia no tenga dinero para comer o para que sus hijos estudien. Que se tengan deudas imposibles de pagar, y que se contraigan por no haber encontrado otra salida. Será también injusto que una persona viaje más de tres horas diarias y trabaje ocho por un salario insuficiente. Estamos bastante avanzados en ideas de urbanidad como para que nuestros traslados sean parecidos a los del correo en tiempos de las carretas.

Si la injusticia es una verdad, somos incapaces de gritar al unísono de qué se trata la justicia: un estado de condiciones.

Nuestro entendimiento de la justicia ha cambiado poco desde el día que, siendo niños, le dijimos a nuestros padres: "¡No es justo!", después de habérsenos negado el más ínfimo placer. Pensamos que lo justo es, claro, que no se mate a nadie, que no desaparezcan otros, que no se reprima lo irreprimible, pero ese *justo* no está

siempre ligado a la justicia. En realidad, éstos son actos que deberían mantenerse ajenos a lo posible. No son actos de injusticia, sino de salvajismo primitivo, anterior al concepto sobre el que, aquí, trato de reflexionar.

La justicia, al final, no es una verdad. En las épocas del derecho romano era justo maltratar a los esclavos y también era justo que el dedo del César decidiera la suerte de los gladiadores en el Coliseo. La ley del ojo por ojo era justa para los coetáneos de los romanos en el Oriente. Era justo hace unos cientos de años que se dispusiera sobre la vida de quien era propiedad de un gran señor.

La justicia no es lo que pensamos que debe ser. Paradoja de la injusticia: la justicia, como la entendemos, es una suerte de opinión. Es sólo un criterio, es el intermedio entre lo que consideramos el bien y el mal, conceptos que también están sujetos, dependiendo de las sociedades y los tiempos, a la subjetividad.

Debido a ciertos eventos, me he enfrascado en decenas de discusiones sobre el proceder de la justicia. La conmemoración del Día Mundial contra la Pena de Muerte. O los asesinatos, las desapariciones y otras consecuencias que la violencia que se vive en México nos ha regalado. Con la justicia suponemos que se garantiza la construcción de sociedades maduras y algo menos primitivas que las que existían hace unos años. Criticando, como hago siempre —es uno de mis temas recurrentes, ni hablar— la poca inteligencia que existe detrás de la pena capital, me enfrenté a que, ante hechos como la masacre de Ayotzinapa en 2014, varias personas me insistieran que era útil y *justo* el poder terminar, de forma legal, con la vida de los delincuentes. Quizá tengo que reconocer la naturalidad de aquellos pronunciamientos, el asesinato de cuarenta y tres personas y la respuesta de las instituciones mexicanas marcó uno de los momentos más vergonzosos —y espero determinantes— de nuestra historia moderna. Sólo que esa naturalidad contiene tal suerte de peligros que no puedo arriesgarme a estar de acuerdo. He tenido debates similares cuando hablo de secuestro, tortura o violación. “Cuando maten a tu hijo ya dirás”, me dijo un

radioescucha cuando respondí que ni para los responsables de esos actos la pena capital resulta defendible. Ante esto, sólo tengo una respuesta y para ello tengo que regresar a Siria, lugar de origen de los míos, país hoy destruido hasta la inexistencia. Ahí la dictadura, la injerencia rusa y el fanatismo religioso son responsables de la muerte de amigos, de la destrucción de mi casa, de un misil que cayó junto a mi sobrina de catorce años y mató a su joven amigo. E incluso contra ellos soy incapaz de pedir la pena de muerte aunque me hayan hecho demasiado daño. Espero nunca entrar al terreno irracional de la venganza. A ellos los quiero viajando hacia La Haya en un avión seguro, sentados y con traje, para que luego enfrenten a la Corte Criminal Internacional.

La justicia es un concepto imposible, casi ingenuo. Escribo esto inmerso en la mayor decepción, es terrible. Lo es desde que yo tengo en mi casa dos latas y el vecino tiene tres. Lo es para el avestruz que quiere volar como el flamenco. Lo es para todos, porque dependiendo de nuestros tiempos, encontraremos la razón para cometer canallada y media. De nueva cuenta en este texto, como en otros —me crié con un concepto y me niego a dejar de repetirlo—, sugiero que busquemos la equidad para evitar lo injusto. No así la justicia, porque con ella perderemos tiempo y caeremos fácilmente en la furia y la rabieta, el berrinche y el odio. En la insensatez.

La única forma de lograr esa equidad que procuraría menos injusticia, es concibiendo con mayor profundidad el concepto de ciudadanía es decir, aquella que se concibe a partir de la existencia del otro. Tal vez, el mayor pendiente en la naturaleza mexicana. La otredad evitará el tira y toma en que nos hemos transformado. Es un asunto de largo plazo, seguro. En lo inmediato, ¿cómo hacemos para castigar y resarcir los daños del injusto? No hay inmediatez a la hora de buscar justicia contra lo deleznable, más que buscar una solución efímera y de cierta forma hipócrita.

Llevar ante la justicia a los responsables de actos bárbaros es apenas un consuelo de las sociedades, y ya no quiero tener que

consolarme por nada.

18. LA MENTIRA

Hay sociedades más hechas a la mentira. Desde la noción de justicia, he tratado de explicarme qué es la verdad, esa forma de relación con la realidad que dista de la certidumbre y siempre debe funcionar. Lo supondría así una bienintencionada abuela, haciendo lo que las abuelas hacen. Diré que la mentira es todo aquello contrario a lo anterior. Pero la mentira que tanto se desprecia, parece funcionarle bastante bien al mentiroso, al menos por momentos, cuando con ella se otorga un falso control sobre la realidad. Entonces, a la mentira se le puede acercar desde dos perspectivas, la más evidente, la de la abuela, y otra en la que la mentira tendrá que ver con una visión propia de cualquier hecho.

No existe quien no señale la mentira, incluso con placer malsano: “Tal mintió y este otro igual”, podrán decir, sin que ello conlleve una acción más allá del señalamiento. El mundo entero se pierde en la cuenta de cuántos políticos son expertos en mentir, y México, en este tema, se podría envolver en la vergüenza. Se arriesga a caer en la mentira el periodista que publica lo que no confirmó o aquello que exageró. Miente el ciudadano que dice ser honesto y llega a entender por verdades las que son, en realidad, sus certezas. Sería absurdo hacer de la mentira una característica exclusiva de México, pero es de México de donde escribo. No me interesa el parangón

que exonere nuestras contradicciones. Miente el que tiene una honorabilidad incuestionable, pero afirma que otro miente a partir de una suposición. Incluso el corrupto encontrará en la mentira un espacio en el que será capaz de creer su propia verdad.

Cada quien con su autocrítica. Yo podré admitir que he mentido por deporte y necesidad, que nunca es lo mismo que legitimidad. Si he mentido a novias, colegas, amigos y enemigos, habrá sido en busca de propiciar algún encuentro o mantener un espejismo, por definición, aparente. He ahí el mayor peligro de la mentira. El corruptor de la verdad, es decir el mentiroso, ese protagonista de tantos relatos épicos y miserables, tendrá que mentir constantemente para mantener su falso entorno. ¿Qué les dirá a sus hijos el gobernante a quien le descubrieron una fortuna que evidentemente no es capaz de justificar? ¿Qué les dirá a quienes le tienen un resquicio de confianza, porque seguramente no les ha hecho daño, todavía? Tendrá que mentirles con tal de evitar la soledad. La mentira es un esfuerzo en pos del diálogo, pero el diálogo con el mentiroso es un diálogo falso que mantiene la ilusión de un encuentro.

Mentir es un oficio complicado, la mentira no se mantiene sola, necesita de otras mentiras. Es una telaraña que debe tejerse con cuidado porque el menor descuido manda al suelo el espejismo entero. Pongo un ejemplo en la literatura, como instrumento análogo de lo real. Cuando en la novela débil se descubre el andamiaje, las mentiras no son sólo una distorsión del hecho, sino una muestra de la insuficiencia del propio hecho. Son varios los escritores que defienden ser relatores profesionales de mentiras. Disiento de la afirmación. En todo caso el oficio construye una verdad. Mientras, México se ha inundado de narradores que no han escrito una línea.

Se dice que el nuestro es un país donde se miente. Mentimos desde la historia de nuestros próceres, supuestamente llenos de atributos. Mentimos porque, como decía mi madre en sus buenos años, en México no hay necesidad de decir la verdad. Todo funciona

igual. Para Kant mentir era decir lo contrario a lo que se piensa, no lo contrario a lo que es.

En nuestro país, la verdad desaparece por argumentación. En el discurso le hemos pedido a la mentira transformarse en realidad. La dialéctica se hizo arte y, dependiendo de lo eficaz de la retórica, se convence a más de uno de que el acto deleznable —o por lo menos cuestionable— de mentir no cuenta con un ápice de incertidumbre. Si los otros terminan dudando, se mantiene la esperanza de que los suyos o uno mismo se crea la evidente falsedad.

Las verdades se refieren siempre a los hechos: se hizo esto o aquello. La mentira es más compleja, no puede vivir por sí sola y agrega una finalidad que es el objetivo, el engaño. El juego de la percepción. Pocas cosas importan más en esta tierra que lo que se percibe. Nos adentramos en el escenario de la interpretación.

Hay en nuestro país una noción que ha encantado al mundo entero, etnología pura. La magia que atrae tanto y nos hace afirmar que tenemos un gran país, no depende de lo malo. Nuestras virtudes nunca son contrapeso para dejarse tumbar por los defectos. Relatividad moral. Si el país es un desastre, será por culpa de los mentirosos y de los malos. Cuando se apunta al extremo opuesto, las verdades pintan un mundo fantástico. Lo siento, pero no estoy de acuerdo. La mentira siempre tendrá más peso que la verdad. Todo mentiroso se entera de esto al ser descubierto. Una mentira hace más daño a un país que cien verdades. Las mentiras estigmatizan a las naciones, las convierten en ilusión. Y el entorno se hace frágil.

En México la mentira se ha profesionalizado, tanto en esferas públicas como privadas. También la tolerancia o indiferencia a la mentira. En lo privado, si una familia decide convivir sin preocuparse de que uno de los suyos ha mentido, deberá hacerse cargo del destino familiar. No pretendo ocuparme de los niños que mienten. Ya será asunto de sus padres enseñarles qué es cierto y qué no lo es. Y si éstos no lo tienen claro, resultará difícil recriminarles algo a los críos. Lo público, en cambio, se torna más grave. Por sus

consecuencias o por la posibilidad de evitar ciertas consecuencias. ¿Cuánto daño hemos hecho quienes sabemos o dudamos de algún acto ante el que no hemos dicho nada? ¿Qué responsabilidad tenemos quienes hemos mantenido oculto algo que era de interés público?

Todo tema moral es elástico. Su elasticidad ha permitido relativizar la importancia de reaccionar frente a lo tóxico. En contraposición, la maleabilidad de los asuntos morales es el único argumento para romper el cobijo de los silencios. No conozco —y me incluyo a mí mismo— una sola persona que sea cercana a las esferas políticas —o religiosas, pero ya debe cansar mi insistencia en empatarlas— que no sea consciente de alguna acción cuestionable cometida en su entorno.

La corrupción de la verdad ha llegado en México a un nivel insoportable, no tanto por su magnitud como por su frecuencia. He vivido en países en donde ocurren escándalos más nocivos que los de aquí, y que son al mismo tiempo países cuyas jerarquías no disculparían en ningún momento lo que pasa en mi país. La gran diferencia es similar a la relación que tenemos con la violencia. Otros países como los medio orientales podrán resultar más complicados, pero, casi sin excepción, no cuentan con la posibilidad institucional que aún existe aquí. Si hay más violencia en un país en guerra, su violencia cuenta con menos posibilidades de arreglarse por la ausencia de instituciones civiles —sociedad nuevamente incluida— para reaccionar ante ella. Lo mismo pasa con la corrupción tradicional; la mentira se convierte en corrupción, impunidad y violencia.

Por lo menos en los últimos doce años, por razones profesionales, he tenido largas conversaciones y relaciones muy personales con prospectos de candidatos a puestos de elección popular, que no tiene caso nombrar —este texto cuenta con otra intención—, con operadores políticos de todos y distintos niveles y afiliaciones, y con intelectuales con un notable nivel de influencia en la opinión pública. Y cuando han compartido conmigo sus

preocupaciones, coinciden en que es imprescindible ponerle un alto a la convivencia con lo desastroso. Ellos y yo hemos hecho algún comentario frente a la ignominia, pero en muy, muy raras ocasiones, hemos roto el silencio de nuestros secretos. Ésa es la mayor falla de las élites mexicanas.

¿Quién que haya presenciado un acuerdo poco moral, va a admitir que estuvo en esa mesa, poniendo así en duda su propia reputación?

¿Cuántos periodistas están dispuestos a admitir que les han bloqueado una entrevista en la que se mostraba la naturaleza nociva de un político? ¿Cuántos aguantarán la vergüenza de haber aceptado dinero en efectivo por la campaña de un candidato?

Tendremos que vivir con nuestra responsabilidad, para bien o para mal. Sé de personas e incluso he participado en cada una de las preguntas anteriores y no, no lo voy a contar.

Aunque la violencia —que es también producto de la mentira— es nuestro problema más grave, la corrupción regular ocupa el primer lugar en el discurso político mexicano en periodos electorales o en los largos y pasivos episodios de construcción política en nuestro país. Todo político u opinócrata ha hecho énfasis en su intención de erradicar o evidenciar la corrupción. Conozco apenas un puñado que no sabría qué nombres de su agenda denunciar y a cuáles proteger. La endogamia de las élites mexicanas hace casi imposible la honorabilidad absoluta. Mientras tanto, la idea de la infalibilidad ciudadana preocupa por su ingenuidad. ¿De qué estamos hablando? De nuestro propio entorno, sólo de nuestro propio entorno.

En la conflagración mexicana creamos dos mundos, quizá tres, que resultan incompatibles entre sí debido a la mentira, o la omisión de la verdad. Estos países alternos se contradicen a pesar de tener en su narrativa aspectos compartidos.

No hay mentira que se mantenga a salvo —escribo y volteo a mi biblioteca—. La mentira literaria se agradece por mantenerse en el terreno estético; construye verdades, pequeñas sutilezas. En lo

narrativo puede ser eficiente, pero al salir a la calle construye el reino de los dichos, donde la verdad se disfraza.

19. HOMBRES DECENTES Y BUENOS POLÍTICOS*

La política era un asunto respetable, pensaba mientras escuchaba a un amigo de mis padres con quien me reúno de tanto en tanto. Aunque menos de lo que me gustaría. Esa generación que vivió la década de los sesenta siempre da de que hablar y no por recordar las tragedias de aquella época —este hombre, inteligente como pocos, no intenta revivirlas en búsqueda de gloria—, sino porque, como ocurría en tiempos menos soberbios, se aprende con quienes tienen más vida que uno. Él es raro dentro de los de su tipo, crítico de sí mismo, ni se perdió en los desplantes ideológicos ni buscó perseverarlos a diestra y siniestra, por eso no defiende su juventud entre las arrugas. La juventud, posiblemente, no fue lo mejor que le pasó; fue, en cambio, una etapa que le permitió darle la bienvenida a una lúcida madurez. Jamás formó parte de los círculos del poder, los vio de lejos y cuando éstos le pidieron consejo, lo dio y se marchó.

Con los tropiezos y aventuras de antes se enfrentan las ideas que a la mala se repiten o se van desvirtuando. No puedo más que sentir una profunda añoranza por la época en la que el discurso político tenía sentido y era la razón de muchas vidas. No sólo para quien lo proclamaba, sino también para quienes lo atendían. Esos días en que, posiblemente por ingenuidad, la gente metida en la política aún

creía en la decencia. Cuando los desplantes no formaban parte del pensamiento, cuando las decisiones se hacían por estrategia y se entendía que cada declaración idiota pinta pelo y oculta canas. No como ocurre ahora, que quien proclama no tiene idea de qué hacer con el tiempo y se niega a aprender de él. Vanidad efímera.

Algún día, la política se trató de sensibilidad y negociación, de planes para el beneficio compartido. De infinidad de elementos que, para variar, me llevan a los olivos de Esparta y Atenas. Ni siquiera en los tiempos de ese hombre que compartió café conmigo los políticos eran decentes y, aunque conozco a varios que lo son, se hace una regla general que se lleva a todos por igual sin darle espacio a las excepciones. Es una lástima. Cuando lo malo es mucho, se diluye lo que es bueno y poco.

Años atrás —más de unos miles— los griegos proponían algunas ideas y supongo que no imaginaban la duración que tendrían sus esquemas: *demos*, *politeia*, *res publica*, *civis*. Los mayores conceptos de administración social.

No hay una fecha que indique cuándo se inventó la política, pero desde hace unos veintiséis siglos los de la toga, el vino y las olimpiadas establecieron las reglas modernas de la misma. Entonces aparecieron los demagogos, directores del *demos*, aquellos que tomaban la palabra y orientaban al pueblo sobre sus decisiones. La gente los quería. Eran aplaudidos por las masas y ellos les sacaban dinero. Se hacían ligeramente ricos y nadie se quejaba. Había un balance. El demagogo tenía sus límites y virtudes, ya después se convirtieron en lo que conocemos como populistas. En el lenguaje y la práctica se cambian los significados. Los políticos eran persuasores fantásticos, maniqueos de los buenos. Conocían casi todo, sabían cuál era el estado de los ejércitos, de las ciudades, de los ingresos. Cuáles eran las precariedades y los ánimos de su gente. Con ellos jugaban para llegar a un fin común.

Esos políticos necesitaban ser cercanos a las sociedades para entender cuáles eran sus preocupaciones, no bastaba con que hablaran bien para que conquistaran las tribunas; debían entender

qué le sucedía a sus gobernados. Funcionaba también a la inversa: no servía que sólo supieran la situación de sus gobernados, e incluso propusieran soluciones a los conflictos; debían ser capaces de seducir a las multitudes. Por eso, el buen político siempre ha sido un manipulador consciente, y quien manipula, sin excepción, debe ante todo ser un tipo convincente.

Cuando el equilibrio entre el saber y el discurso se rompe, nace el demagogo irresponsable, ése que ya no tiene ni quiere rendir cuentas. Incapaz de aceptar sus errores, las explicaciones son viruta. Desde el siglo IV, las sociedades se enfrentaban a los problemas que hoy vemos en las noticias del mundo entero. La administración pública, la política, siempre ha estado ligada al escándalo. La naturaleza humana no puede ser pura. Para mantener las estructuras a salvo de errores, se inventaron los asesores. Su intención era preservar la figura política en virtud de la estabilidad social o el resguardo personal del líder. Eran consejeros, no comunes, amigos de los poderosos que brindaban diferentes perspectivas y ampliaban el conocimiento, algo difícil cuando los territorios en cuestión eran grandes. También fungían como sacrificables en caso de mala administración. Ellos eran los que presentaban las acciones poco populares, para así cargar con el peso del juicio. De esta división de los poderes, de la toma de decisiones compartidas, surgieron también los ministros y secretarios que tiene toda república respetable. Para ser las defensas internas del poder.

Esta organización no quita un ápice de manipulación a la estructura política; es más, en ella vemos el extremo más absoluto en la dispersión de las responsabilidades, pero es eficaz cuando los demás instrumentos funcionan: *demos*, *politeia*, *res publica*, *civis*, escribía hace unas líneas. Pero ése no es nuestro caso. Tenemos, en cambio, a políticos que no cuidan la credibilidad que les deben tener los ciudadanos, que se pasan la verosimilitud de sus palabras por la *Via Apia*. Ahí estamos, nada habremos aprendido mientras se excluyan el análisis y la revisión de todos los temas de interés público. Es ocioso querer convencerse de las afirmaciones propias.

Hacerlo de esta forma no representa el entendimiento del quehacer político, es decir, filosófico. No es un ejercicio de hipocresía que toda política necesita. Sí, un buen político es un perfecto hipócrita, pero jamás un cínico. Tiene que negociar con opuestos para convencer a todos de que están ganando; dar confianza, porque, sin ella, la palabra vale lo mismo que un mar seco.

En México, por *política* entendemos una materia escolar que los políticos no quisieron estudiar. Por *políticos* entendemos a personas que decidieron no escuchar a sus viejos para hacerles preguntas y descubrir en qué se equivocaron.

* Publicado en *Sin Embargo*, el 1º de diciembre de 2014.

20. UN PAÍS SERIO*

“Dada la incapacidad de los mexicanos para resolver sus propios asuntos, yo, Norton I, asumo el papel de Protector de México.”

Emperador de Estados Unidos y Protector de México. Con este mote se había autonombrado Norton I, quien en realidad se llamaba Joshua Abraham. De sus orígenes se sabe poco. Parece que nació en Londres, vivió en Sudáfrica y su padre, por ahí de 1849, le heredó unos cuarenta mil dólares con los que se trasladó a América. Si bien en nuestros días esa suma haría recordar con buenos suspiros al generoso difunto, no me puedo imaginar las posibilidades que a aquel loco se le abrieron antes de perder su fortuna en un mal negocio de arroz. Las ínfulas de gobernante aparecieron diez años después de hacerse rico, muestra de lo malo que era como hombre de dinero, completamente sin razón, pues, como decía, había perdido la cabeza. La ruina fue responsable de su falta de cordura.

El hombre era inofensivo, pero nada bruto. Haciendo de lado la imbecilidad de su declaración, la situación de su país, Estados Unidos, así como la del nuestro, facilitaban tal aberración panfletaria. En su paternalismo monárquico se decía honesto y fue la burla del entonces pequeño pueblo de San Francisco. Haciendo uso de su investidura, abolió el gobierno de Washington encabezado por Lincoln y dictó la desaparición del Congreso.

[...] ordeno a los representantes de los diferentes Estados de la Unión a constituirse en asamblea en la Sala de Conciertos de esta ciudad, el primer día de febrero próximo, donde se realizarán tales alteraciones en las leyes existentes de la Unión como para mitigar los males bajo los cuales el país está trabajando, y de tal modo justificar la confianza que existe, tanto en el país como en el extranjero, en nuestra estabilidad e integridad.

Las coincidencias con lo que ocurre actualmente no son gratuitas, se dejan ver en cualquier periódico y el párrafo anterior apareció publicado en uno local. Las proclamas siguieron por varios años.

el fraude y la corrupción previenen una expresión justa y apropiada de la voz pública; esa violación directa de las leyes ocurre constantemente, ocasionada por la muchedumbre, los partidos, las facciones y bajo influencia de sectas políticas; el ciudadano no tiene esa protección y propiedades personales a las que tiene derecho.

El emperador parecía profeta. Sus palabras partían de un descontento común y totalmente justificado. Lo podrido se ha repetido en todos lados y de original la corrupción y los delincuentes no tienen nada.

Ni tan loco resultó el tipo, profeta disfrazado de Napoleón, a quien, por cierto, admiraba con la devoción de una quinceañera amante de un ídolo pop. Los lugareños lo conocían bien y siguieron el juego, aceptaban los billetes que había impreso con su rostro y la autoridad local llegó, incluso, a cambiarlos por dinero auténtico con tal de hacer más duradero lo que había devenido en atracción turística.

El pitorreo nunca cobró tintes serios, una fantasía de esas que provoca el anhelo de poder. De acuerdo con la leyenda popular, las prostitutas se decían sus consortes y parece que algunos migrantes recibieron de aquella majestad el título de embajadores de sus países. La ópera de San Francisco le tenía reservado un balcón y no iniciaban función alguna hasta que el hombre entraba al teatro y todos los asistentes terminaban de aplaudirle, de pie. Comió en buenos restaurantes sin pagar un quinto y muchas veces se le vio en

la calle acompañado de sus más leales súbditos, desamparados perros sin casa. A uno de ellos le dedicó un epitafio Mark Twain.

Sin perder el ánimo de juerga, los californianos le enviaron telegramas falsos con la firma del presidente francés y de Alejandro II, el zar ruso. Despistado en su delirio de grandeza, buscó cama y quiso casarse con la reina Victoria de Inglaterra. Con ella terminó intercambiando cartas. Aquel personaje casi de ficción cobró fuerza por la necesidad de esperanza que tenía una nación más bien nueva, en crisis, violenta, sumergida en una guerra civil.

El tipo era una caricatura, pero su personaje sobrevivió por ese carisma del que los políticos contemporáneos carecen. Demasiados son ineptos y, en cierta forma, él simbolizaba sus carencias. Con demencia, Norton I resultó más sensible hacia los anhelos de la gente que el Estado de sus años y que el de los nuestros.

Si bien la actitud de la gente de San Francisco era lúdica, Norton aprovechó una expresión de sus deseos. Lo humano habita en ambos lados del río Grande y no termina al suroeste de México. Norton I era un caudillo de los que sobran. Y México se ha hecho de nuevo ese país de cuatreros que, desde el Viejo Oeste, veía el emperador.

Los culpables de esta desastrosa regresión son varios. Pandillas de todos los colores de corbata han permitido una realidad amarga. Sin embargo, por natural o lógico que suene, no resuelve nada desaparecer los Poderes, que los sucios se vayan o que el Senado los mande a sus casas. Una solución así sería sólo una válvula de escape, un placebo temporal con el que nos estaríamos poniendo el tricornio del francés como lo hizo ese empresario venido a menos. Venga, supongamos que desaparecemos las instituciones, como se espeta cuando ocurre cada una de nuestras tragedias, ¿qué pasaría entonces a la mañana siguiente?, ¿quién sería el loco que limpiaría el desastre? Los criminales seguirían ahí, sin importarles quién estuviera al mando. Como diría el paranoico, son muchos los que hay a nuestro alrededor.

La falta de respeto hacia las leyes es cosa de todos. Esa violencia que nos indigna nace en nuestra manera de comportarnos en la calle, se alimenta de la falta de consideración que los gobernantes tienen hacia la gente y su dolor, en su falta de intención de diálogo. En políticos de pacotilla. La nuestra es una sociedad en la que todo se vale hasta que nos toca o llega al punto de crueldad máxima. De la agresión mínima a la matanza la ruta es corta. Sólo hay que perder el sentido para escalar en la jerarquía de la bestia, para que una bofetada se convierta en un tiro de bala.

La violencia en México, esa que en el XIX decía Norton que no éramos capaces de resolver, sigue dentro de nuestras fronteras. Un Estado funciona con responsabilidades compartidas, pero es evidente que, por muchas razones, los poderes públicos son más propensos a llevarse la palma de la ineficacia. Mientras no hagan su trabajo, la única solución recae en la participación ciudadana que permita crear lo que aún no somos, un país serio.

* Este texto fue publicado en *Sin Embargo*, bajo el título "Un país de mierda", el 24 de octubre de 2014. El título obedecía a la naturaleza del momento, la masacre de Ayotzinapa y la reacción del gobierno federal ante lo que se llamó "la verdad histórica". No creo que la situación en México haya cambiado desde ese entonces a la publicación de este libro, pero estoy convencido que el título original no aportaría nada y, en cambio, rompería con el tono del conjunto.

III

¿CÓMO SE CUENTA MÉXICO A SÍ MISMO?

En cualquier país se espera que existan tres elementos esenciales para construir el debate: la versión oficial, el trabajo periodístico y el discurso popular.

Sin confrontación entre ellos, el diálogo se transforma en múltiples monólogos.

Cuando se duda de las afirmaciones de un gobierno, se necesita el periodismo. Cuando se duda del periodismo, se necesitan ciudadanos. Cuando tampoco el ciudadano cree en sus pares, se deshace la perspectiva de la historia.

En un país donde nadie le cree a nadie, ¿qué verdad es cierta?

México ha vivido demasiado tiempo dentro de los dobles discursos. Entre hechos que son realidad o no lo son dependiendo de quién los diga. Inmerso en un lenguaje que no dice nada o lo dice sin saber. Sin pensar, sin importar las consecuencias.

¿A quién y por qué le cree el mexicano? ¿Cómo se articulan nuestras ideas?

21. LA MIRADA MEXICANA*

Al debate le hemos dado virtudes que no siempre son absolutas, y en cambio le hemos quitado una imprescindible. Nos convencimos de que a través de él solucionaremos las desgracias de los pueblos. Quizá, en su nivel más realista, apenas nos acerquemos a algo tan importante como eso, en el curso de la historia. Es probable que el debate sólo nos sirva para entender las tragedias o los hechos, antes de encontrar las vías para solucionarlos o cambiarlos. No es poca cosa, pero tampoco es la apuesta por el tiempo donde descansa la memoria. En el presente, ¿cómo se construye lo que pasa en un país si la realidad se diluye entre visiones?

Abdicamos a la verdad cuando empezamos a darle más valor a eso que ahora llaman *la narrativa de los hechos*, que a los hechos mismos. Es más importante lo que se cuenta, lo que se quiere contar. Lo que está en las posibilidades de quien habla. ¿Cuál permanencia cabe en la mirada de un país en el que cada quien decide darle peso sólo a su punto de vista? No se trata de lo que sucede en México, se trata de lo que México se dice a sí mismo, convencido, que sucede. Ningún lugar es ajeno a la subjetividad, pero aquí, así como hicimos con la mentira y a la corrupción, la hemos institucionalizado sin darnos cuenta de que al hacerlo le

quitamos valor a algo que yo mismo, equivocándome, a lo largo de estas páginas, he restado importancia: la opinión.

Al darle a la opinión el rango de hecho, no sólo perdimos la virtud del saber, dejamos de lado la relevancia de lo que la gente siente. Minimizamos hasta el desprecio lo que se cree, como si los ánimos no fueran el motor y el flagelo de las sociedades.

En la ausencia de diálogo, unos dirán que en México las cosas pasan de una manera y otros de una distinta. Posturas siempre irreconciliables. Llegamos al punto en que es imposible contar con la decencia necesaria para que se den las coincidencias. En la pérdida de piso común y la relativización más grande, he criticado cómo en México un torturado o varios masacrados pueden ser víctimas o merecedores de la barbarie. Cómo un muerto por negligencia pasa a ser un simple accidente. Éste es el país de las casualidades. No, el piso común de la decencia figura muy poco en esta tierra.

Después de décadas de gobiernos oscuros, éstos creyeron que en las trampas del lenguaje perpetuarían la vocación de dar vacíos que sonaran a respuestas, y que nosotros lo aceptaríamos. El político mexicano asumió que el discurso servía para evadir, antes que para decir. Soy incapaz de recordar la declaración de más de un puñado de funcionarios exenta de esto. Fracasamos, no les creemos, pero tampoco hemos tenido la fuerza para enfrentar los discursos que no conllevan consecuencias, porque no las reclamamos y si lo hacemos queda la posibilidad de ignorarlas y dar la media vuelta.

Luego de años de tener una prensa controlada, surgió una más objetiva y resistente a la que igual no se le cree si no se coincide con lo que investiga, o con cómo lo investiga. Se juzgarán intereses ocultos a mansalva porque el prejuicio ya se ha impuesto. Si yo digo algo en un medio, es falso; si digo lo mismo en otro, es verdadero. El mismo análisis me ha llevado a ser insultado como mascota de una televisora, y reconocido como crítico del supuesto autoritarismo de esa misma televisora. También nos dimos cuenta de que algunos periodistas que no tenían intención de investigar se habían impregnado tanto de la norma que no necesitaban escarbar

incomodidades. No estoy seguro de que únicamente los medios o los políticos son responsables de que la opinión de los ciudadanos se haya transformado en un producto, y nosotros en consumidores de opiniones. No sé en qué parte de esa metamorfosis nuestra indiferencia se hizo también culpable. Si en las reacciones frente a la violencia hemos probado la poca importancia que le damos al otro, qué importancia le daremos a lo que ese otro piensa, a lo que cree o a lo que siente.

Éste es un país donde nadie se convence de la empatía de un gobernante, cualidad que aquí les cuesta desarrollar como en casi ningún otro, y creo que conozco varios, y la mayoría de los que ocupan mi tiempo, además, son peores que éste. Siria, Irak, Egipto, etcétera. ¿Cómo nos las arreglamos para darnos el lujo de tener políticos tan poco sensibles a la opinión de la gente? Es el país donde antes y después de la alternancia, políticos e instituciones, medios, organizaciones, colectivos y ciudadanos hemos fallado al establecer vínculos y conexiones entre políticos, instituciones, medios, organizaciones, colectivos e individuos.

No pienso en la uniformidad, en ningún momento. El consenso es lo menos democrático, niega la diferencia, pero ¿en qué momento perdimos el piso ético con el que opinaríamos y reaccionaríamos — aunque sea algo parecido— ante la corrupción y las violaciones de los derechos humanos? En todos los países hay subjetividades, en casos de alarma muchos tienden al acuerdo mínimo. Nosotros no. Si el grueso de la sociedad está cansado de la corrupción, algún gobierno dirá lo mismo para luego comportarse de manera contraria.

En esa gigantesca falla de diálogo, en el divorcio entre partes que no se han encontrado, está la imposibilidad de formar una opinión que sobrepase los límites propios. Límites que cercan el pensamiento de una persona o de los grupos de personas afines, y que resulta indispensable traspasar para ver las cosas de otra manera y obtener un beneficio compartido. Sólo que en México lo compartido es demasiado individual.

En mi país los gobiernos no escuchan a los medios. ¿Qué tuvo que pasar para que los escándalos de corrupción, cubiertos por todos los medios posibles, no tuvieran consecuencias inmediatas? Será la falta de vergüenza y empatía, pero también lo es, y en mayor medida, esa capacidad magistral para restarle importancia al valor social del periodismo. Otras veces, algunos medios, sobre todo los impresos, se hicieron defensores de lo que los gobiernos no podían defender. Las planas se imprimieron bipolares, amparadas en una frágil pluralidad, y directores de periódicos autorizaron primeras planas contra el trabajo de sus columnistas. Ahora los columnistas espetan contra las actividades paralelas de otros columnistas, ninguno le responde al otro y, menos aún, salvo excepciones memorables, renuncian a los diarios que atentan contra sus principios.

Aunque no faltará quien diga que no existen, he visto poderes y funcionarios que quieren escuchar a los ciudadanos, pero no saben establecer las vías para acercarse a ellos. Perdieron de manera absoluta la legitimidad para hacerlo, desgraciadamente, y esto no es una buena noticia para nadie. En este país —que resiente los absolutos y al que le cuesta aceptar que las tragedias son tales, donde en la infinidad de matices nada es blanco o negro— existe, además, un antagonismo en la relación de quienes deben ser escuchados y los pocos que quieren escucharlos. ¿Por qué la resignación se ha transformado en el denominador común de quienes viven como apenas pueden?

Los empresarios que se interesan en temas nacionales y sociales buscan un conducto a través de los políticos. Y la poca relación con la ciudadanía que tienen éstos termina por separar aún más a los empresarios. Entonces no falta, y con razón, el político que defienda su característica ciudadana. Eso son, ciudadanos. Sin embargo, es difícil encontrar un ciudadano común que sienta la confianza de hablar con un político.

Aquí, decir ciudadanos es tan amplio que termina por decir poco. Las discordias parecen sectarias y las afinidades van de lo más serio

a lo más frívolo. Se está juntos por pensar lo pensable, se está juntos por el rechazo a un tercero, aunque sea lo único en que se coincida. ¿Cómo es posible que, salvo casos esporádicos, las violaciones a los derechos humanos sean preocupaciones de sólo unos cuantos?

Con este escenario, de no estar equivocándome, el diálogo para entender lo que ocurre se descarta. ¿Cómo formarse una opinión de este país? ¿Ese tipo de visión que resulta del balance entre versiones?

Creímos que, con la posibilidad de calificar datos, de cruzar variables, analizar y demostrar, podríamos iniciar un intercambio de opiniones a través de lo evidente. Olvidamos que frente al desdén y la poca voluntad de prestarles atención, en México las cifras también se descartan como si los números fueran un lenguaje extraño. Quizá por eso pienso que no hay que dejar a los datos solos y es necesario acompañarlos de reflexiones que apelen a la retórica virtuosa del filósofo, del sociólogo o del intelectual. Decía voluntades, pero hablar de voluntarismos cae en un optimismo que no se me da. La generación de mis padres estuvo llena de voluntades y pendientes; la mía, más de pendientes que de voluntades. La estructuración de la indolencia se ha convertido en enemiga de la democracia. Empecinados en hacer de ésta una patria exclusiva de las urnas, aún no hemos logrado vivir en una en donde ocurra algo tan llano y simple como el ir y venir de la palabra. Las posibilidades de las partes aún no son materia esencial de la construcción democrática para que la opinión encuentre el equilibrio y su lugar en el espíritu formador de un Estado.

En la mirada que los pueblos tienen de sí mismos, a menudo el debate se reduce a los tres niveles del discurso: gobierno, periodismo y ciudadanía. Retomo los niveles socráticos, sin otra intención que hacer un espejo a nuestros tiempos. Unos pocos, los gobernantes, accedían al conocimiento —hoy no es sabiduría, sino el simple saber qué es lo que ocurre en realidad—. Otros tenían algo de información y, a partir de ésta, la capacidad y ventanas

necesarias para especular, indagar, explicar y proponer: nuestros actuales periodistas y opinócratas. Y faltan los últimos, aquellos a quienes estaba dirigido el discurso de los dos primeros. Los más relevantes —no la masa, como ahora es tildada—, sino la población. Tal división era todo menos democrática, remarcaba las diferencias y anulaba los terrenos de comunión, pero sus ingredientes siguen estando ahí.

Un grupo de jugadores del nivel intermedio tiene la mayor responsabilidad. Analistas, grupos intelectuales y opinócratas podríamos dejar de escribir y hablar para nuestros pares, dejar el ombligo a un lado, ocuparnos de las ideas, en lugar de quién las pronuncia. No nos hemos escuchado y las revanchas han hecho mucho daño. A la vez, deberíamos dejar de subestimar a quienes no comparten espacios, abandonar la simplificación que, tal vez sin darse cuenta —espero—, insiste en que las audiencias son limitadas. Nosotros, en nuestra soberbia, parecemos idiotas. Nadie allá afuera.

El periodismo posee las herramientas y el lugar para ser el punto de equilibrio en el que toda propuesta ciudadana, con la fuerza que todavía no tiene la ciudadanía ni el periodismo, haga eco en las tribunas más altas. Su posición es privilegiada, pero no ha sabido ser contrapeso a los poderes, no para imponerse sobre ellos, sino para balancearlos. El cuarto poder no ha existido en México, si acaso por muy pocos años, estuvo a punto de convertirse en una plaza de linchamientos que fue desplazada por la verdadera apertura de los medios digitales. Ahora, tiene que asumir ese aprendizaje, que ya tuvieron otros países, para mostrar que sus errores le dejaron algo. Es el enlace, desde hace tiempo, entre bases, datos, sentires, argumentos y realidades. Es la joya de la democracia, por eso hay que cuidarla desde arriba y desde abajo. Adentro, ética. Sólo ética. Esa es la receta.

* Una versión reducida de este texto se publicó en *Nexos*, agosto de 2017.

22. REFLEXIONES SOBRE EL PERIODISMO*

¿Qué preguntas hay que hacer y quién debe responderlas? El periodismo es eso que debe proporcionarle al ciudadano las herramientas para que pueda enfrentar los abusos. Cuando se viven momentos como los actuales, la labor del periodista cobra importancia fundamental para que una sociedad funcione. Lo he dicho antes, en este espacio y también en cenas con amigos, cuando mi perro voltea al comedor al escuchar las voces subir de tono: respeto demasiado el oficio y, aunque no me dedico a él, me crié en una casa en donde estos temas solían inundar las sobremesas. Mis padres fueron en alguna época periodistas de los auténticos, conviví, y aún lo hago, con algunos como ellos, de esos que cubrían guerras y viajaban por el mundo en busca de entrevistas. Así conocimos a Arafat en Managua, a Gadafi en Libia. De esta forma trabajaron los periódicos clandestinos durante una de las peores épocas de nuestro país. Aprendí a leer al revés por la costumbre de ver los tipos en las placas que iban a la prensa. De chico me ensucié con tinta que por momentos intentaba desenmascarar la verdad, pero que, en otros, imprimía pequeños infiernos.

Todos dicen respetar la prensa; el oficio, pues. También lo dicen quienes de ninguna forma lo hacen y es posible que, por ese falso respeto, muchos se consideran respetables. Ahí aparecerá la mayor

carga para esa profesión, cada día más necesaria en el mundo y en el país que tenemos. Un mundo en el que la corrupción destruye lo que tenga a mano, donde la violencia ha perdido el límite de la decencia, porque, sí, algún día incluso aquélla tuvo algo de decente. El periodista no debe ponerse encima, sino a un costado de los malos, con el ojo sobre sus hombros y la pluma a disposición de los buenos.

El respeto al periodismo y su fuerza viene de la historia y del trabajo. No hay posibilidad de defensa para aquellos que intentan ponerle candados y menos hacia los que se dejan callar por quien sea. La prensa, sin embargo, está en crisis y no sólo la tradicional, también los medios independientes. Para sobrevivir, enfrentan un escenario brutal contra factores externos e internos.

Ataques como los que reciben los periodistas en México pasan de lo deleznable a lo ridículo. Asesinatos, espionaje, amenazas burdas, acusaciones idiotas, rectificaciones tibias y una respuesta limitada, esquivada o nula de las autoridades. Los adjetivos sobran porque explican poco. No hay justificación posible y, por eso, sólo puedo aplaudir la valentía en las respuestas que son honestas. No escarbaré más en esto, no existe medio que no haya sufrido los embates de enemigos y todos saben bien cómo defenderse.

Me preocuparé por los dilemas internos que veo en una buena parte de aquellos periodistas que, en todos lados, encuentran al peor enemigo en sí mismos. Al final, es un asunto sobre el que, creo, vale la pena reflexionar un poco.

La prensa que tenemos hoy jamás debe solapar o prestarse al linchamiento de los otros, pero lo está haciendo. Las razones son claras, el descontento y las arbitrariedades permiten que el enojo se convierta en monedas de cambio y, cuando éstas suenan, siempre se quiere que suenen más. Mucha de la prensa que hoy veo que existe o escucho a lo lejos se ha transformado en la institución del rumor, y el rumor se hizo verdad, espectáculo de masas. Todo por sacar la noticia antes que el vecino. Demasiados intentos de análisis caen en la diatriba, son escuetos ensayos que podrían dar más.

Difunden cosas sin necesidad de investigarlas o verificarlas, ya luego se pondrá una nota que las desmienta, como si eso evitara la mentira o el daño; esas notas que rectifican un error pasan desapercibidas como vapor de té. Esto no es antídoto para el error y de éstos habrá muchos. Cuando ocurran, espero que los medios le den tanta importancia a sus fallas como lo hicieron con los encabezados. Así es como se mantiene la cara limpia.

Nuestro país, aquel que debía ser de ideas y reflexiones, se transformó en el del titular, el desplegado y el deslinde. Nada de eso representa al periodismo responsable y no se me ocurre una profesión, salvo la política, que deba ser más exigente en el tema de la responsabilidad que la del periodista. ¿Cuántos se ciñen a las notas de alabanzas que les pasan? ¿Cuántos de verdad están haciendo lo suyo? ¿Cuántos se aprovechan de la credulidad del ciudadano que piensa que la verdad es todo aquello que no aparece en la televisión? ¿Cuántos propietarios de certezas absolutas se hacen poderosos, incluso por encima de los poderosos? Se han vuelto mesías y son pocos los buenos periodistas que mantienen la acreditación.

Dejemos de pensar en un periodismo neutral que, a estas alturas, resultaría incluso tonto, no habría por qué desearlo. ¿Quién quiere un periodista que frente al malo sea complaciente? Pero tampoco quiero que lo acribille, no es su papel; tampoco es juzgarlos, porque no es el Estado, no es ley, aunque, a veces, se comporta como tal. Decir que se intenta la neutralidad exime a la prensa del papel de formadora de criterios que tiene. Ese papel, aunque no lo quiera, es su más reciente carga —en realidad, no sólo la quiere, sino que se empalaga con ella—. Si en otros tiempos la responsabilidad se limitaba a la veracidad, la gallardía y la investigación, a la comprobación de los hechos, hoy el periodismo trae a cuentas las respuestas que la sociedad adopta como discursos propios. Para reportar la violencia que hoy acongoja a México, la investigación periodística debería de tener dos vertientes: la inmediata, definitivamente. ¿Qué pasa con la gente que desaparece

y después se encuentra en hoyos que perforan la tierra como queso francés? Luego viene la investigación profunda, ¿cómo México se pudo tanto que el nivel de violencia se hizo costumbre? ¿Qué ocurrió para que llegáramos a esto? Estas preguntas entran al terreno antropológico, posiblemente al filosófico, y el periodista está en el lugar adecuado para intentar explicarlas.

Por momentos la prensa no se ocupa de estas cosas. Se apresura en sus dictámenes y no busca generar debate. El periodismo, que tiene ejemplos admirables en todos los sitios, de forma extensa se ha hecho un medio de verdugos. Y nosotros les aplaudimos.

Nos debe preocupar la censura externa al punto de denunciarla a la menor provocación, sin duda, pero también tiene que hacerlo la manipulación que se asoma como propia. Poner el encabezado que dice una cosa para que los contenidos hablen de otra es buscar la nota roja en pos de reconocimiento y se evade la verdadera información cuando ésta no vende. ¿Cómo se le llama a eso?

Ser verdugo social para transformarse en héroe no es loable. La valentía y la duda, lo incorruptible, lo honesto, es lo que me gustaría ver en todos los medios. Ahora, hay poca reflexión alrededor de lo que pasa.

La información puede ser una de las herramientas más importantes de la democracia. Si queremos alcanzarla, no permitamos que la balanza se incline hacia cualquier extremo en detrimento del opuesto. Tan despreciable es uno como el otro. Lo que le hace falta a buena parte del periodismo mexicano es sumergirse en los grandes temas morales.

* Publicado en *Sin Embargo*, el 1º de noviembre de 2014.

23. NOTAS SOBRE LA PRUDENCIA*

Es probable que la prisa se haya convertido en la disculpa más frívola de lo que podemos entender como modernidad. Son nuestros tiempos, no los anteriores, los que se escudan en la velocidad de lo que otro día fue una exigencia que obligó a entender qué hacer para descubrir mundos. Ir a la Luna, inventar lo que puede inventarse, solucionar los problemas que, aunque nos duela en la vocación de autoflagelo, no fueron menos graves que los que vivimos hoy en día.

La prisa del nuevo milenio ha permitido que asumamos la inconsciencia sobre la responsabilidad que implican veintiún siglos, para sólo enfocarnos en la era común. Quizá en el *xi*, antes de iniciar las Cruzadas, tampoco existió la noción de lo que representaba ese lugar en la historia, pero ésta no nos regaló en la prisa la disculpa de la Edad Media. Hoy, sus efectos pueden estar remplazando a las supersticiones del primer año común.

Algo ha ocurrido en el mundo, a lo que México se ha sumado con esmero. Quizá nuestra relación con la prisa sea un resultado más del fracaso de nuestros logros. Hablar de lo contemporáneo sin hacerlo de la tecnología es ocioso. No son pocos los textos que han descrito los efectos negativos que dichos avances generan en nuestras vidas. Se encuentran las aproximaciones de autores como Nicholas Carr y Umberto Eco. Ya el italiano mencionó, antes de morir, a las legiones

que hacen naciones en el universo de las redes. Pero la peligrosa vacuidad a la que se refería también se ve fuera de lo digital: en gobiernos, en administradores sociales, en autoridades religiosas y en la población en general. Da la impresión de que en nuestro evidente desarrollo hemos perdido las nociones de la prudencia.

Me cuesta señalar responsabilidades, no sé si es culpa de que existan múltiples formas de expresar casi cualquier cosa, o si esas cosas, al hallar las posibilidades de ser expresadas sin la responsabilidad que genera el contrapeso, alimentaron una faceta de la vanidad que originó el nacimiento de un nuevo barrio, mismo que crece y va tomando las dimensiones de una ciudad pujante. Es el barrio A Bote Pronto, donde es urgente decir algo antes de que otro lo haga y en el que se construye el palacio de la imprudencia, adornado por los balcones de la imbecilidad. Basta con que ocurra una tragedia para que surjan las deducciones más espontáneas, dictámenes inmediatos que emiten los categóricos y entusiastas pobladores de esa nueva capital de la opinión ligera, capaces de terminar una frase antes de empezarla e incapaces de entender que si se dispara un arma, saldrá de su cañón una bala.

En A Bote Pronto, población con millones de habitantes, los categóricos llegan a sus dictámenes sin tener el menor conocimiento ni la menor duda, esa duda a la que sólo se llega a través del saber, y esa duda que es el sustento de una impopular virtud. ¿Quién quiere ser el último en dar la primicia de unas conclusiones que suenan certeras, aunque no lo sean? ¿Quién quiere ejercer el valor de la prudencia?

Hubo un tiempo en el que la prudencia —junto con la valentía, la templanza y la justicia— formó parte de las grandes virtudes cardinales. Sin la primera, las tres últimas fácilmente se transformaban en locura y arrebató. La prudencia, sin las otras, no servía de nada. Pero a la prudencia la hemos olvidado, hecho de lado en el momento en que la palabra dejó de conllevar una responsabilidad. Digamos y hagamos lo que se nos antoje. Y si lo que afirmamos resulta falso, podremos ofrecer una disculpa o

confiar en que no pasará nada. Pero la desgracia del barrio es producto de su desarrollo. Si la imprudencia se quedara en las simples declaraciones que los habitantes chismosos hacen en la plaza pública, ésta sólo se pagaría con cuotas de sandez. La imprudencia, como materia de exportación, y de primera calidad, ha llegado a las acciones, a la vida pública y ha provocado la muerte de personas.

Si bien esta idea de prisa con la que corren nuestros días está en todos lados —basta con ver el caso británico, cuya salida de Europa muestra el costo de que la imprudencia prive en la vida política—, México es buen ejemplo para referirse al cúmulo de errores que encuentran en la prisa su razón de ser. Si la prisa sólo se asomara a nuestras redes sociales —nuevas tiranas de los absolutos que desprenden verdades y seguridades— me preocuparía poco. En las últimas décadas, políticos y gobernantes variopintos han esgrimido soluciones a conflictos graves con la celeridad de un velocista olímpico. Decisiones que debían hacerse con la objetividad del saber, se tomaron, en cambio, con la subjetividad de la opinión rápida: “Chiapas se resuelve en no sé cuántos minutos”; “Al narco se le elimina con el ejército”; “Para compensar la ausencia de políticas culturales hacemos una secretaría”; “La contaminación en el aire se resuelve con una estampita en el parabrisas”; “A Oaxaca la liberamos a punta de ocurrencias”.

El gobierno de A Bote Pronto ni siquiera se fijó en que sin prudencia es imposible gobernar. Muchos periodistas del barrio pasaron por alto la prudencia al anunciar los hechos que aún no sucedían. Uno que otro analista estudió el rumor esparcido por la adivina de la esquina y lo convirtió en una ciencia, y a la sociedad le gustó brindar el aplauso a los ocurrentes. Todos, con su habitual poco cuidado y previsión, hicieron y dijeron barbaridad y media. Facilitaron el caos y la histeria.

Camus, un antiguo habitante de un barrio vecino de A Bote Pronto, había pedido medida frente al caos y la irracionalidad. Rechazaba el impulso de la rebeldía para darse el tiempo de pensar.

Algo después, Octavio Paz, poeta de ese barrio al que, desde sus años, se le implora cautela, escribió y habló sobre la medida, pero el barrio del escritor olvidó de qué se trataba la prudencia: una virtud preocupada de las consecuencias y que permite deliberar sobre lo bueno y lo malo de una acción específica.

Los políticos de A Bote Pronto se confundieron y creyeron que la prudencia era cobardía. Sus gobernados asumieron que el tiempo exigía una respuesta rápida, sin implicar una pregunta. Y la virtud de la prudencia se alejó de la moral. En el barrio, la gente se agarró de lo que los hacía ser quienes eran, de sus valores y creencias, y, así, unos confiaron en la macana y los demás, en la fe. Sacaron sus instintos.

La prudencia es cálculo, pero depende del deber. Del conocimiento y de la anticipación, de la conciencia sobre las consecuencias y la responsabilidad. Si el juglar del barrio avisa en su perorata que una turba enfurecida ha arrojado una bomba atómica, cuando en realidad cargaban una molotov, será irresponsable si no asume que su palabra puede ser creída por unos miles que, de forma natural, responderán a la amenaza. Si la autoridad considera que es apropiado aporrear a la turba sin darse cuenta de las consecuencias de sus órdenes, la imprudencia provocará el posible error y el costo de los daños. Esta virtud poco atendida debe ver la realidad en pos del futuro, haciéndose contraria al entusiasmo y ocupando el lugar del instinto.

En A Bote Pronto no se cree que la prudencia es el conocimiento que en otros pueblos ha sido útil para enfrentar los riesgos, para saber cuáles tomar y cómo responder a la incertidumbre. Ay, pobre barrio: la sabiduría sin prudencia no es sabiduría y la prudencia sin sabiduría sólo es habilidad. La falta de prudencia aproxima el derrumbe del barrio. Tal vez sea tiempo de que, como los padres prudentes cuidan a sus hijos, el Estado se dé cuenta de que la prudencia es imprescindible para proteger a sus ciudadanos. Paciencia, cautela, previsión de riesgos y una visión hacia adelante.

Desechar la necesidad de siempre tener la razón para esperar la criba con que se puede probar qué es cierto.

Toda acción política demanda prudencia. Aquí, en este barrio, todo mundo se defiende achacando responsabilidades sin saber en qué son distintas la responsabilidad y la culpa.

Quizá el problema de A Bote Pronto es que se sintió adulto, incluso cumplió años y tuvo canas, pero seguía actuando como niño. Los países tienen edades, se decía en mi casa. El popular barrio es un adolescente que se ocupa de las intenciones, no del desenlace de sus actos y lo que provocan. Y en la facilidad de ejercitar lo imprudente alimentó a los prejuicios, porque el juicio es la conjunción de la opinión y el conocimiento. Las fiestas del pueblo vienen con la gratificación rápida, la sensación de victoria que impulsa a sus alegres habitantes categóricos. Preocuparse por el futuro es de adultos. La prudencia mide el momento adecuado. Espera para saber cuándo actuar y no quedar como un tarado. La virtud que tanto está haciendo falta es de largo aliento y no de instantes. Saber qué conviene según la situación. Depende, pues, del entendimiento nada torpe del entorno y de los objetivos a largo plazo. Sólo que la prisa en A Bote Pronto es vasta, nada se mira con distancia y cualquier asomo de prudencia se pone al servicio de los fines, en lugar de ser un medio para llegar a ellos.

* Publicado en *Nexos*, julio de 2016.

24. CONTRA EL ADJETIVO, UNA NOTA A FAVOR*

En los adjetivos descansan nuestras contradicciones. Su ausencia nos impediría entender las diferencias, su uso indiscriminado lleva a la anulación de las mismas.

Haciéndola de separador de páginas, encontré una nota en uno de los libros de mi biblioteca: "Cuando al mentiroso que afirma estar mintiendo se le pregunta si lo está haciendo y éste responde que sí, ¿está diciendo la verdad?".

Esto ya se lo había preguntado, en el siglo IV antes de la era común, Eubulides de Mileto. Su paradoja, cuenta la leyenda, le hizo la vida imposible a más de un filósofo. La calificación de mentiroso determina la condición del sujeto, al punto de confrontar el posible momento de verdad. Es quizá ahí que perdemos las posibilidades del conocimiento. Sin la condición del mentiroso no tendría objeto la discusión. La frase contiene una paradoja sólo por su adjetivo.

Prestar atención a la prensa y a la infinidad de sentencias que habitan en los discursos rápidos puede provocar un atisbo de sonrisa trágica. Es inmensa la cantidad de calificativos fatales con los que las preguntas se convirtieron en espejismos para quien decide no dudar. El adjetivo, imprescindible para saber si una mesa es de metal o de madera, si mi sonrisa contenía alegría o tristeza, fuera del terreno práctico se incorpora a las verdades o certezas que no piden

desarrollar un discurso y se quedan sin perspectiva. La simplificación del juicio se hace prejuicio, aunque comúnmente el último implique la falta del primero. No es lo mismo decirle ladrón a quien se sorprende con las manos en un botín, que tildar de delincuente a una prostituta.

Tomo, al azar, la columna de un diario. El tema no importa. El sujeto en cuestión es, dice el columnista, un fiasco, una pantalla, una simulación, un vendido, un maloliente, un inoperante. Un lamentable. Es demoledor, desgarrador, despreciable, insensible, surrealista, laberíntico y aterrador. Me detengo, llevo la mitad del texto y a pesar de su brevedad no tengo la menor idea de lo que quiere decir. Empiezo a creer que me quiere convencer de algo, como lo haría el cura que habla mal del agnóstico del pueblo. Son tantos los males que encarna el sujeto de la columna que ya no es poseedor de ninguno. En contraposición, el ejercicio es similar. En un periódico diferente encuentro que se escribe sobre un individuo que está lleno de virtudes: gallardía, confianza, esfuerzo. No le falta, pues, atrevimiento ni valor. Habla de alguien que es correcto, limpio, solidario, consciente y pragmático —en un sentido positivo, aunque este mismo adjetivo, dependiendo de la intención, puede volverse negativo.

En dichos juicios, casi por norma, se argumenta apelando a un sentido común que parte del convencimiento de una idea, sin darse cuenta de que la cualidad que da valor a un dictamen proviene de lo que, se supone, es evidencia; que la cualidad es contraria a la paradoja de la cual se podrían desprender las verdades que se proclaman a partir de un espacio que las impide.

En esos adjetivos, cuando son tantos y vacíos, nos ahorramos la reflexión. ¿Qué implica, en los terrenos del pensamiento, un “clasirracista” y elitista intelectual que se transformó en todo eso por no querer ir a cierto barrio en bicicleta? En la vocación de lo políticamente correcto, de lo estridente y lo complaciente, hemos sobreadjetivado al universo y al país. Ya no gozamos con la comodidad que otorgaba el sentirnos parte de un nuevo siglo. La

disculpa de novato que llevaba el inicio del milenio se ha quedado atrás, y con ella la pena que acompaña a designios e intransigencias que han ocupado el lugar de las ideas complejas.

No se trata de evitar los juicios, mucho menos los adjetivos, sino de entender las posibilidades del lenguaje y usarlos con discreción mayor a la de las balas de un fanático para explorar los terrenos del pensamiento y emitir juicios menos riesgosos. Claro que una palabra ocupa menos espacio, pero yo no quiero menos espacio a la hora de explicarme de qué se tratan las cosas más allá de lo inmediato. Cuando el adjetivo no construye una paradoja e imposibilita su contradicción o defensa, es posible que debamos darle vuelta y revisarlo.

La historia de las paradojas es la historia de la inteligencia de nuestra especie. Su existencia se aleja de la fuerza del prejuicio. Si algo parece verdadero, imaginemos que es falso y sigamos el ejemplo en dirección opuesta. Hemos olvidado que las paradojas no son meras contradicciones, son proposiciones que se pueden contradecir, que niegan los absolutos y ponen en juicio las creencias. Es la negación del dogma a través de la posibilidad de aceptación del hecho y el error.

Las herramientas tecnológicas dan la impresión de estar transformándose en un buen vehículo para transitar en el mundo bipolar del *es* o *no es* simple, el de la afirmación contra la negación poco profunda, el de la verdad o la mentira en los espacios que se suponen evidentes para ocultar una verdad más elaborada, si es que eso existe. Son instrumentos que se alejan de la contradicción. Casi siempre es una imagen. La palabra cada día parece importar menos. Aquí ambas funcionan de igual forma. Es el video de exhibición que, disfrazado de denuncia, califica a primera vista, sin más. ¿Para qué abrir la posibilidad de que lo evidente resulte erróneo? ¿Para qué intentar ser racional? Toma tiempo, es incómodo, no es popular. Hacerlo obligaría a discernir sobre los eventos para saber si contienen lo que encierra un cuadro, o si atrás de ellos, en los contornos de una imagen que no cabe en la pantalla, hay algo más

sobre la historia que se intenta contar. Existen las dos posibilidades. Pensar es un ejercicio que cae mal.

Si la racionalidad es una construcción que emerge de las contradicciones, el adjetivo, que busca imponer un juicio, no participa en esa edificación; por el contrario, la impide. Busca imponer un juicio que se presume verdadero y encuentra réplica en quienes adoptan el adjetivo como argumento. En la pregunta “¿Por qué ese tipo es un idiota?”, no se cuestionan las razones de una idiotez; en cambio, se dicta una sentencia sobre la pobre capacidad del tipo en cuestión. De aquellos que hablan sólo con calificativos, en mi casa se decía, a riesgo de sonar contradictorio: “son de una bella mediocridad”.

Líneas atrás mencioné que el sentido común era una antípoda de las paradojas. Es una condición a la que se le ha dado atributos que aún no descubro. ¿Quién dice que el sentido común es inteligente? En realidad, se trata apenas de una construcción de la obviedad y ésta, a menudo, no necesita más que lo evidente para constituirse. El sentido común de un necio sostendrá que la prostitución es criminal, como no tardó en asegurar un funcionario local de cortos alcances intelectuales —según indica su puesto, no un calificativo gratuito—, hace no mucho, en la capital mexicana. Entonces, “¡Contra las putas!”, será la conclusión más rápida. No contra los clientes, pederastas, encubridores, abusadores, proxenetas y traficantes —éstos son sustantivos—; las putas son las malas. Es como si a fuerza de sumarse a ciertas causas, lo lógico del sentido común se fuera diluyendo. Enfrentarse a situaciones del estilo sin la posibilidad de contradicciones en un afán de responder con certeza lo que preocupa es una ruta sencilla. Llena de afectos masivos. De sentimientos que se enorgullecen en lo ordinario y acusan conformismo. ¿Quién quiere tener un mercado de cuerpos fuera de su casa? Nadie. Corramos hacia la solución más rápida. A la que da una respuesta inmediata al sentimiento de las masas —del que no me considero ajeno, aunque me niego a glorificar lo rudimentario de la condena.

Explica el griego: *para*, es distante y por ende opuesto; *doja*, el conjunto de ideas. *Paradoxa*, insiste el latín: lo contrario a la opinión común. En la paradoja el adjetivo hace jauja. Su peso es poderoso, dependiendo de la costumbre. El gordo será malo en un país de flacos; el extranjero, deleznable en uno de nacionalistas. El narizón en la isla de los respingados y el valiente en tierra de cobardes. ¿Pero no es cobarde quien prefiere evitar las dudas y, al hacerlo, huye de las contradicciones para no ver las paradojas?

Todo prejuicio es lo que no entró al juicio verdadero, se escapó de él para refugiarse en la opinión de las masas, que sólo necesitan el consenso inmediato, el vacío de la reflexión donde la nada no es racional.

El adjetivo resume, pero también evita desarrollar una idea; se queda en la ocurrencia, su nivel más bajo y menos inteligente. En el lenguaje, la posibilidad de nombrar las cosas no excluye la capacidad de extender su definición a más de una palabra. La reducción, en cambio, no admite incertidumbres, reniega de las contradicciones y, en consecuencia, reniega de la verdad por limitarla a lo más básico. Es como la pareja que se declara "amor en exceso". De seguir como vamos, a un imbécil ya no podremos insultarlo diciéndole que lo es. La verdad de una imbecilidad nacerá de su propia paradoja y la verdad ya es un error rectificado. Descansa en la paradoja que se opone a lo inaudito, a las apariencias, a lo evidente.

* Publicado en *Nexos*, abril de 2016.

25. ÚLTIMO APUNTE SOBRE MEDIOS Y POLÍTICA

Como ocurre con varios de los conceptos sobre los que he reflexionado en estas páginas, cada tanto tengo que regresar unos pasos para no perderme en las aristas de lo que podrían ser mis propias contradicciones. La relación entre medios y política ha estado tan llena de confusiones, y nuestra imposibilidad de confrontación es tal, que nos hemos volcado a resolverlas a través de concesiones que ocultan las fallas tanto del ejercicio político como de los mismos medios.

Sobre el diálogo entre los dos, he terminado en discusiones que, con posturas diferentes, se defienden con la misma pasión. En este país siempre somos pasionales, y lo creemos una gran virtud. Se afirma con la misma vehemencia que los medios no pueden ser parte de la política, como que existen para hacer política. Ambas posturas tienen razón. Casi siempre que un argumento no puede descartar al otro, la costumbre bipolar de México entra en conflicto.

Los medios son una herramienta política, afortunadamente. No obstante, no deben desempeñar el papel de la labor política. Por cosas así, me atrevo a decir que, así como faltan filósofos, también falta abordar de manera continua, sin darlos por sentado y con una excesiva reflexión, los grandes temas de las discusiones públicas. Esto en gran parte del mundo, pero especialmente en nuestro país.

Casi todo lo que se puede decir sobre el día a día de los ejecutores de la política entra al ejercicio periodístico, mismo que poco se relaciona conmigo. He insistido en los últimos años, en una enorme cantidad de foros, que mis participaciones periódicas en medios de comunicación no forman parte del ejercicio periodístico, que no soy periodista. Si a estas alturas intento trabajar algo de esa forma, lo haré mal por meterme en un terreno que espero dominar como lector, pero que no domino como profesional de un oficio que, si se hace bien, es admirable.

Hay políticos que hacen tal cosa y cometen aquello, los que generan simpatías y odios, los que a veces fomentan y, claro, justifican la animadversión hacia ellos. La política es otra cosa, es una disciplina que pide el cuidado del mejor herrero y artesano. Es difícil meterse en este tema sin partir de sus orígenes y ponerse griego. El saber de la *polis* en la antigua Grecia permitía pronunciarse sobre los asuntos de la ciudad. Los ciudadanos decían lo que pensaban, debatían y llegaban a acuerdos para alcanzar el bien común. Para que esa política funcione, ligada a nuestros parámetros democráticos, necesitaríamos ser muy pocos. Pero somos muchos. Entonces creamos al Estado, esa comunidad capaz de administrarse, otrora por medio de los notables y de los sabios. De ellos surgieron los poderes de nuestra estructura de gobierno predilecta, la democracia. Así, en Occidente el pináculo de la política es la democracia. Varios han creído que los políticos son los dueños de esta estructura de gobierno, no los ciudadanos. Unos más, estamos convencidos de que el periodismo, a través de los medios, es el encargado de su custodia.

Los que ahora llamamos medios de comunicación provienen de una tradición oral bastante vieja, su labor no es tan reciente como sí su papel hegemónico en la sociedad —del siglo xv a nuestros días—. A través de la divulgación de información, se intenta dar a la población las herramientas de equidad con las que se podrá defender de los abusos. Eventualmente, los medios llegaron a ocupar en la historia el papel que en un momento tuvieron los

notables, quienes solían ser los procuradores del bien común. No se trata de estar de acuerdo o no, es así y esto trae un dilema.

La política, decía, buscará el bien común. A falta de política, los medios ocupan el lugar de protectores, aunque, en su concepción, no tuvieron necesariamente ese fin. Su finalidad es la de investigar, comunicar y denunciar lo que sucede. Un nivel distinto al del pensador antiguo, de esos que ya hay menos. Su objetivo es proteger su propio interés, que no resulta necesariamente económico o político, que es más bien ideológico —en medida de lo razonable—, por lo que aparecen las líneas editoriales. La mayoría de los medios las tiene y está bien, permite leer a quien se quiera.

Los medios de comunicación —y como tales resulta evidente que tomo en cuenta a los creados por la misma opinión pública, las redes sociales y los espacios digitales— buscarán proteger lo que consideran el bien común, no el bien común en general. Su subjetividad es parte del juego. Incluso sin tener compromisos políticos privados, tendrán algunos con ellos mismos y, si son loables, habrá que aplaudirlos.

La fuerza que han ganado los medios no es gratuita, y algunas veces su historia los respalda. Existen, por ejemplo, los que han sido censurados. Aunque también los que han marcado línea desde los poderes mal ejecutados. Los que se vieron forzados a seguir indicaciones y los que, por voluntad propia, lo hicieron. Debido a estos vicios que nacen con la ausencia de política —política de verdad—, la voz de las masas se transforma en el juez, dejando a un lado el papel del juez real, el Estado político. En este momento los medios se prestan al revanchismo, al odio, a la opinión apresurada. A la tendencia.

Es peligroso tener medios que ocupen el lugar de la política. Incluso si estamos convencidos de que están defendiendo la verdad, ésta no necesariamente promueve el mentado bien común. La capacidad de discernir sobre lo que sirve y lo que no, se encuentra en el buen profesional de la política, ausente la mayoría de las

veces. La protección de una sociedad no debe descansar en los medios, sino en las herramientas que éstos proveen.

26. LA MIOPÍA

Pasé de sospechar a aceptar que padezco la misma miopía que padece la mirada mexicana. En el intento de explicarla, recurro a una analogía personal con la que me arriesgo a caer en una subjetividad algo injusta. Desde ella también me disculpo por las posibles equivocaciones.

Mi trabajo ha transitado por una ruta definida por una base que no he escatimado en rescatar: la herencia de dos tierras. Nací en México, viví en otros lados como mexicano y, aunque también escribo sobre México, rara vez busco hacer el mismo esfuerzo por prestarle atención a lo más profundo de mi herencia mexicana. No se trata de aquella búsqueda del yo nacional; es como si el mestizaje, a conveniencia, hubiera sido más fuerte que los orígenes del mestizaje mismo. En la miopía, la referencia inmediata a este país descansa en los iconos que identifican una parte de mi bagaje. Excluyen a otra que sólo aparece en ciertos momentos y que, de nuevo, a conveniencia, provoca reacciones contrastantes con la imagen que me permite ver la miopía.

El alcance de mi vista, sin necesidad de etnología, tiende a dejar de un lado la raíz indígena de mi padre y el pueblo serrano de Michoacán en el que, con su propio padre y hermanos, jugó en los ladrillos de una pirámide oculta por la vegetación de la montaña.

Ahí, donde la única manera de hacer algo más que cultivar flores era migrar a la ciudad para tener estudios que no se impartían, o sólo se conseguían a través de la educación religiosa. En ese México al que le presto poca atención, no solían ni suelen existir, al menos en la forma en que me he acostumbrado en estas páginas, las discusiones sobre conceptos como democracia, libertades o Estado. Posiblemente, porque mi padre fue el primero de su familia en salir del pueblo para estudiar una carrera, mientras que más de un cercano a él no sabía leer o escribir. ¿Qué tanto nos identificamos con esas realidades cuando pensamos en lo mexicano? Cuál de las miles de palabras que pronunciamos en radio o televisión, cuál de los centenares de artículos o libros que nos dan de comer a los solucionólogos y opinócratas y élites urgentes de responsabilidad tienen aplicación en lugares que, si bien se han transformado parcialmente en los últimos cincuenta años, siguen siendo el otro México.

Ésa es mi miopía, y puede ser bastante compartida.

Por mucho tiempo pensé que el discurso sobre un único México como Estado se contraponía a los muchos países que nos conforman. El del planteamiento de la equidad, el derecho, el ejercicio político, la defensa de valores republicanos —ay, cómo la historia reciente de Estados Unidos arruinó la importancia de un concepto tan afortunado—. Me oponía a quienes criticaban la imposición de un sistema que buscaba hacer funcionar a los estados con población indígena, como Chiapas o Oaxaca, con el modelo que yo defendía, en el que un Estado no tenía razón para abdicar frente a los usos y costumbres de las localidades. Me resistía frente a los que despreciaban o ignoraban las estructuras sociales que, de cierta manera, hacían funcionar esas mismas localidades.

Esa contradicción estaba relacionada con mi falla visual. A partir de una mayor correspondencia con la vida en Medio Oriente aprendí las ventajas, en ciertos escenarios, de lo comunitario sobre lo individual. De la posibilidad de mantener el orden, la seguridad y el trabajo desde lo pequeño de las comunidades para influir,

posteriormente, en grande a los países. No se trata del federalismo ni del centralismo con sus ires y venires, ni de los catastróficos resultados de esas idas y vueltas, como la violencia y el descontrol de la seguridad en México. Se trata de aceptar que los problemas y las identidades operan de una manera regional que termina por hacerse nacional.

Me salgo de México por unos instantes, para poner un ejemplo que se remite a mis coordenadas habituales, y creo que tiene aquí su equivalente. He insistido en que el fracaso de los esquemas tradicionales para resolver algunos conflictos en Medio Oriente como el terrorismo —la forma institucionalizada de violencia y barbarie en esas tierras— está en la necesidad de querer resolverlos bajo una óptica que contempla todas las soluciones que ha propuesto el mundo, salvo la creación de anticuerpos locales que impidan el fortalecimiento del terrorismo. Esos anticuerpos, de regreso a México, si se construyen para combatir la corrupción, la violencia y el desamparo, podrían resultar en una forma de organización local que ha sido imposible de establecer a nivel nacional. Me refiero a soluciones regionales para cumplir con un mismo fin nacional, sobre una base común, la del ciudadano que se identifica con un solo cuerpo.

Algo de ingenuo tiene ahora, con todo y el discurso filosófico, pensar en la adopción de ese cuerpo en la figura idílica del Estado. Su turno vendrá después y no lo hará gracias a un artículo de quien sea en una revista mensual, en un periódico, o por los discursos de una organización civil o por la declaración del secretario o el presidente en turno. Ese cuerpo, que es el espíritu que nace desde la definición de la identidad, permite lo cívico. Y está formado por el ciudadano que se concibe, desde la educación, para funcionar a partir de las herramientas democráticas con las que se puede afirmar, con sentido, que lo mexicano no es necesariamente miope.

Para empezar a hablar de cualquier herramienta democrática y esperar su funcionamiento hay que construir una sociedad responsable. La nuestra es una ciudadanía sin civismo, crédula ante

distintos esquemas educativos que suponen que los valores a inculcar son el amor teocrático a una bandera y a un himno. En éstos, la defensa de los símbolos intocables de la mexicanidad refleja el entendimiento de una nación sobre su personalidad: el orgullo de la enchilada. Nos refugiamos en él cuando algún conductor extranjero hace un comentario sobre totopos. O en el exabrupto cotidiano que nos provoca el ser identificados con un sombrero de gran tamaño o con un huipil, elementos que nos representan durante las fiestas patrias y que forman parte de un pasado que conocemos, pero que no incluimos en la construcción diaria de nosotros mismos. Son elementos identitarios que, al usarlos nosotros, enaltecen una virtud que nadie más puede mencionar y con los que confundimos el discurso de la responsabilidad con el de la indignación, para que el sentido del interés general se pierda en uno temporal que ocupa el verdadero compromiso ciudadano. Si es así como defendemos nuestra identidad, no sabremos qué hacer al decidir cómo definirnos a nosotros mismos.

Es fantástico cuando la identidad de un pueblo parte de su personalidad cívica. El civismo no es la defensa de la bandera, se trata de la organización digna de nuestras comunidades. No existe en el campo teórico, como dictan las clases que muchos de nuestros jóvenes han tomado. Es algo absolutamente práctico. Se trata de una actitud de adhesión, supone confrontación y negociación. Hace que prevalezca lo colectivo sobre lo privado. Moviliza la capacidad de reciprocidad de la que depende el funcionamiento de un Estado, e incluye las nociones de pasado y presente. Es un ejercicio de derechos y deberes, no lo reduzcamos al discurso de las obligaciones patriarcales en el que la memoria de los orígenes ocupa el lugar de la solidaridad colectiva. El civismo se instaura en la razón, nunca en la pasión, los olvidos o la condescendencia.

En las formas de retirada cívica, vemos el fracaso de la sociedad mexicana cuando muchos parecen mexicanos no queriendo ser mexicanos, y se contentan con un orgullo de civismo panfletario.

Sin querer hacer historia, es más un asunto moral, no se pueden proyectar futuros sin volverse hacia atrás. Ahí está una deuda que desde 1994, con el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, se trajo a la mesa y a la reflexión, al alertar sobre el abandono de las comunidades indígenas, que no sólo no son distantes del país contemporáneo, sino que, de acuerdo con datos oficiales, constituyen una población en crecimiento. Es decir, son cada vez más y eso obliga a prestar más atención. Aquel movimiento mezcló demasiadas cosas, interpeló a conceptos que atentaban contra su propia causa y se transformó en el culto a una imagen que parecía, y no lo hacía, representar la causa misma. Un poco como el sombrero de líneas atrás.

La visión más prístina pide ver un elemento de la identidad que hemos dejado a un lado, y sobre el que hemos sido injustos al querer incorporarlo al todo de la mexicanidad. Su participación es básica para hablar de ese conjunto que tomamos como el Estado mexicano, tal vez desde su comunidad y no desde otro lado. Para esto el piso común: el ciudadano del que se desprende el civismo. Con él, una gama de grises. Es imposible ser congruente con el piso común si se defienden todos los usos y costumbres que dan identidad a algunas comunidades. No podrá entrar ninguno que marque la diferencia, práctica y conceptual, con respecto a los ciudadanos. Ninguno.

En el territorio del civismo hay que hacer lo imposible por reconocer esa parte del país, que a veces olvidamos. Incluso si es alejada al día a día de algunas mayorías. Incluso si se es indiferente. El civismo reclama reconocimiento. La identidad cívica se forma con el reconocimiento de la existencia.

IV

¿CUÁLES SON LAS VIRTUDES Y LOS PENDIENTES MEXICANOS?

Hablar de México sin hablar de sus calamidades es una tarea imposible. También lo sería, con la mínima honestidad, sin tomar en cuenta sus virtudes y, entre las dos, de sus pendientes.

Esos múltiples problemas que hemos tomado por causa pueden ser, en realidad, los síntomas de conflictos más profundos sobre los que en ocasiones hemos abdicado.

El modelo mexicano no funcionó, pero aún no encontramos su remplazo.

La última parte del siglo xx y los albores del xxi trajeron una teoría de remedios que ha ido sacando al país de apuros sin aportar mayores soluciones a los problemas estructurales.

¿Cómo volver a entender la necesidad de razones para que convivan millones de personas a las que sólo las une la casualidad?

De ahí la mayor perversión del lenguaje mexicano. La ausencia de nociones del otro, la falta de noción sobre el ciudadano.

Si México acepta las imposibilidades de su conformación, quizá debería entender la necesidad de aspirar a una condición posible.

En medio de la disfuncionalidad más grande, entre las violaciones sistemáticas a los derechos humanos, la inequidad y la corrupción,

existen virtudes en este pobre país que, aunque jamás se sobrepondrán a las desgracias, con un poco de conciencia y responsabilidad elevan el discurso y amplían la discusión sobre nuestras precariedades.

¿Cuáles son las virtudes mexicanas? ¿Cómo usarlas en la construcción de porvenires? Pocos países como éste cuando se habla de cultura.

Tal vez sea imperativo empezar a caer mal. Decidirse a discutir. Discutir y pensar México, en verdad. A lo largo de la historia, el arte ha servido para hablar de lo inefable.

27. LAS PREGUNTAS CORRECTAS

Siempre me ha gustado observar cómo funcionan ciertas profesiones que considero absolutamente dispares a mi forma de pensar, porque a partir de ellas encuentro analogías que me ayudan a comprender distintos aspectos de lo que me rodea. En algún momento, gracias a las labores de un adivino, caí en cuenta de nuestros temores a la muerte, y gracias a una gitana que me topo de tanto en tanto, ofreciendo sus supercherías, descubrí algunas de las perversiones nacionales. Ella lee cartas, supongo que el Tarot, juega con unas piedras que prometen responder a cualquier cosa que se les pregunte y una bola de cristal que muchos en México, de tener una pizca de sentido, deberían usar para conocer un destino que se ha ido construyendo a punta de errores. Todo está en ellos, somos y seremos nuestros errores. Necesitamos herramientas de brujo para que éste identifique nuestras carencias y abismos y para que nos hable de un porvenir que se vislumbraría con claridad, en el caso de que no disfrazáramos nuestras fallas de virtudes.

¿Qué razón es capaz de escapar de la irracionalidad?

La gitana observa a su cliente, mira sus zapatos, revisa las manos en busca de sortijas y se detiene para augurar algo entre las ojeras de aquel que le tiende su mano con una inmensa esperanza. Ha pasado una mala noche. El diagnóstico es casi preciso porque

algunas preguntas terminaron por dar las claves necesarias para confirmar que el presente tiene dudas, aunque eso ya lo podía inferir la gitana desde el momento en que su cliente solicitó los místicos servicios. La ropa del hombre da indicios de una cartera ligera, apenas lo suficientemente gruesa para pagar la buena fortuna y el café que pidió tras rechazar las sugerencias del mesero en el restaurante con terraza. Trae una chamarra buena, llena de manchas indelebles, desgastada como la camisa, también de buena calidad, que empieza a mostrar una que otra hebra saliendo de un cuello que no admite imperfecciones. Le importa vestirse bien, pero no hay prendas nuevas en su armario. Son cosas que el tipo pasa inadvertidas, pero que dan cuenta de su situación. La gitana comienza por sonreírle y luego le dice que sabe de la mala racha por la que atraviesa. ¿Cómo lo ha adivinado? Por cien pesos puede llevar consigo un cuarzo que sirve de amuleto. “Está probado en cosas de dinero”, dice la mujer. Él no consigue disimular una mueca que evidencia su deseo por aceptar la oferta y su incapacidad de saciarlo. Entonces ella vira de inmediato: “No, no, mejor éste de cincuenta. Es más que suficiente para lo que necesitas. Veo posibilidades en tu mirada”. El hombre acepta.

Todos queremos que nos digan que contamos con lo necesario y que por más miseria que traigamos encima, ésta será menor que nuestro temple. Una palmada de aliento y el azar limitado por la esperanza. También somos esperanza. Así funcionan los hombres, los pueblos, las sociedades, sus gobiernos y la democracia. En el dicho de la solución a la precariedad afianzamos nuestras sociedades que, por lo general, se construyen a partir de aspiraciones. El tipo se despide de la gitana creyendo que su día mejorará, lo ha convencido bien. Es como un elector ante la urna, todos votan apostando por una promesa empática y ahí, en la democracia electoral —que no es la única, hay que recordar—, depositamos nuestros miedos para cambiar nuestra actitud y definir algún camino.

Pocos pondrán en duda que México anda como el hombre desesperado que busca resolver sus males. Será la corrupción, la

violencia, la mentira, las diferencias, la ausencia de diálogo y problemas educativos. El desencanto, si es que alguna vez estuvimos encantados. Problemas responsables de lo que nos acongoja.

Decimos democracia como si fuera cualquier cosa, pero estamos a millas náuticas de tener las bases para vislumbrar aquella estructura que creemos que funciona o, al menos, brinda la ilusión de que funciona.

¿Qué hacer con México?, ¿qué va a pasar? Son preguntas que empiezan a perder su valor como lo hacen esas palabras de una pareja que se dice lo mismo demasiadas veces.

El país se parece al tipo que va en busca de la gitana porque quiere saber qué rumbo seguir y se deja llevar por lo que cree que puede ser, sus ambiciones se encuentran en sus anhelos. No obstante es así como se han construido las sociedades que descubren en sí un poco de decencia. Con la Revolución francesa se imprimieron los cánones de un país; sus valores de fraternidad, igualdad y libertad conformaban un ideal digno que apareció en un pueblo que no era tan civilizado. Ha pasado lo mismo en otros lados, cuando se enfrentan un objetivo y los defectos de la sociedad, mismos que se tendrán que corregir tras su reconocimiento. Suena lógico, sólo que al futuro mexicano le falta un ingrediente que lo acerca a la magia y lo aleja de la razón. Parece que éste es un país que no se podrá construir a partir de un futuro ilusorio como su más básica conformación. La bola de cristal de la hechicera sólo encuentra respuestas para llevar a buen término un país a partir de su realidad, no de su percepción.

Va el balde de agua fría. Qué se hace con un país lleno de odio, de celos, de mentiras históricas, un país violento donde sólo se triunfa cuando se aplasta al otro y la tribuna se convierte en diatriba que intenta ser artífice de la razón, pero no es más que una pobre perorata. Y afirmar que tales colecciones de virtudes están justificadas —que posiblemente lo estén— no sirve más que para imposibilitar el menor de los diálogos.

Puede afirmarse con facilidad que todos los políticos son los malos, aunque las ideas que contemplan absolutos parecen espuma. Pero, ¿quién de nosotros, quienes juzgamos, forma parte de un grupo de notables? ¿Quién tiene la autoridad moral para llegar con las respuestas? Estoy seguro de que yo no, he mentido como prácticamente todos a quienes conozco, y también he sido injusto. ¿He sido irreductible en lo que vale? He flaqueado y fallado, he sobornado a policías y si intenté ser honesto puede ser que también malandro. Si uno busca esas características en otro, no le costará definirlas como propias de un político corriente, de los que se pasean por cualquier puesto, pero también de un mexicano más, como aquellos que caminamos en las mañanas rumbo a nuestros trabajos, como los que nos hartamos a la hora de leer los periódicos y vemos la debacle de algo que jamás ha estado bien. Que levante la mano el impoluto, sólo que quien alce la mano pecará en mayor o menor grado de lo que ocasionó el declive de su predecesor. Somos una sociedad que, sin aceptarlo, rechaza sus propios anhelos, hemos logrado hacerlos extremadamente distantes a nuestra composición.

Nuestras fobias surgen del odio. Ya expliqué mi convicción sobre lo politizada de nuestra sociedad, entonces usaré como ejemplo a los partidos políticos. Los podré detestar a todos, aunque unos son más detestables que otros. La inclinación hacia uno u otro dependerá de razones personales. ¿Por quién voto? Por los candidatos ciudadanos, dirá el ingenuo. ¿En serio somos tan buenos? No faltarán los adjetivos para describirnos, que además tenemos maestría en ser víctimas.

El desencanto por la clase política es el desencanto hacia nosotros mismos. La política de verdad cae en dos entes: ciudadanos comunes y ciudadanos encargados del ejercicio político. Lo importante no es diferenciarlos desde la política, sino entendernos desde la ciudadanía. Nuestros problemas son en realidad las consecuencias, los síntomas que confundimos con el origen de la enfermedad. Se dice que la corrupción es el peor de nuestros males y retomo algo que escribí páginas atrás: "Hay que

entender que la corrupción no sólo es consecuencia de un sistema descompuesto, también puede ser su origen. El juego de ambos elementos permite la corrupción de las sociedades y exige una discusión ética que aún no hemos tenido”.

Si el aquelarre de políticos es el síntoma de una sociedad descompuesta, si la corrupción es un círculo interminable, si la falta de concepción ciudadana no permite erradicar los dos primeros males. ¿Qué hacemos para que la gitana adivine el futuro promisorio que todos queremos escuchar? Respóndame, bruja, lo que quiero saber.

Las sociedades se conforman a partir de su educación y el proyecto educativo de nuestro país no contempla la construcción de sociedades ni su mantenimiento y supervivencia. No hablo de gobierno, sino de Estado, ése que conformamos todos y cuya labor es erradicar la violencia, y para esto necesita un aparato pedagógico que evite llegar al punto en que nos encontramos.

El tipo que se entregó a los vaticinios de la gitana no cambiará su destino con las cartas; su día seguirá avanzando, a veces bien, otras, mal. El país también, con sus dolores inmutables que le dejarán llegar a viejo, aunque todo le cueste.

El primer problema de tener una democracia poco desarrollada es que no terminamos de entender qué es la democracia. En ella hay conflictos, hay corrupción, hay cosas malas y los buenos no siempre ganan. El discurso democrático pide antagonismos y no se resquebraja cuando éstos son agresivos. El escándalo es uno de sus principales recursos de confrontación, las leyes determinan cuándo los culpables lo son y si éstos deben pagar y cómo. Cuando no existe una idea clara del error, nada importa. Las leyes no serán capaces de juzgar a quien su falta es discutible y en este país la retórica ha logrado que hasta una falta de tránsito sea tanto permisible como culpa del semáforo, antes que del infractor. Qué decir de algo más grave.

A falta de un esquema jurídico decente, los medios se han transformado en jueces. Puede parecer lógica esta tergiversación.

No faltará el periodista que asegure que ése es su papel, pero recuerdo haber hablado de un oficio que debe dar a los ciudadanos las herramientas para defenderse de los abusos. Así, en una sociedad como la nuestra, es imprescindible una prensa gallarda que ocupe una posición al lado de los hechos, para vigilarlos. Los periodistas son el recurso de los buenos y, frente al desencanto, la necesidad de respuestas es inmensa. ¿Quiénes son los malos?, ¿qué hicieron, si eran ellos? Esto resolverá la inmediatez del problema, pero, con todo y su valor, no brindará las soluciones que necesita un país que va cual navío en mar picado, como un desesperado que necesita el consuelo del augurio. ¿Por qué? Porque nos hemos ocupado demasiado de un solo nivel de debate. En casi todos los grandes asuntos de la vida, en los grandes temas morales, hay que tener dos tipos de análisis: el coyuntural y el profundo, que parece no ser de importancia urgente. Mientras no lleguemos a él, la gitana sólo podrá dar soluciones para tranquilizarnos en el instante. Si tenemos, con esfuerzos y malabares, más o menos clara la función e importancia de la prensa para darnos respuestas, es necesario, al mismo tiempo, tener quien haga las grandes preguntas. En los últimos años se ha creído que la sociedad civil —ese concepto tan amplio— podría ser la encargada de ese trabajo. Por otro lado, internet y las redes sociales forman el espejismo de una horizontalidad del pensamiento, y la academia y la filosofía pierden por una absurda obsesión con la imagen de paridades poco equivalentes.

Sé que es moda desde hace unos doscientos años despreciar todo lo que se refiera a las élites y sus similares. ¿Qué pasaría si hoy se pudiera recuperar el espíritu que motivó proyectos como el Coloquio de Invierno, La experiencia de la libertad o el Grupo San Ángel? Por poner ejemplos con los que no necesariamente coincidí, pero que representaron algún esfuerzo. Estoy seguro de que contamos con cabezas nuevas para ello.

¿Qué pasa si en México descubrimos que no nos estamos haciendo todas las preguntas y qué pasa si estas preguntas, en el

terreno más amplio y profundo —el segundo nivel de debate—, no son las correctas?

28. NOTAS SOBRE LA RESPONSABILIDAD*

Algunas épocas son identificadas por sus características. Otras pasan inadvertidas por su ausencia de cualidades, ya sean positivas o negativas. En ocasiones serán las crisis, las guerras, las ilusiones de la modernidad o la seducción de las utopías —que a menudo, y a la postre, llegan a resultar mal—. Hubo fechas marcadas por desarrollos industriales o tecnológicos. Por propuestas y convicciones. Está la época de las revoluciones, de los idealismos, de la razón. Está la Guerra Fría, los años de la apertura, etcétera. Hoy podríamos estar sumergiéndonos en la época de la irresponsabilidad.

La responsabilidad es una noción ligada al tiempo, a la previsión o al análisis de las posibles consecuencias. Siempre estarán relacionadas. ¿Qué pasa cuando un jefe de Estado proclama sandeces y no enfrenta consecuencias? ¿Qué entiende de sí mismo el político que usa su posición para denostar a un periodista o a un escritor? ¿Cómo se condena la corrupción si se le hacen ojos ciegos? ¿Cuál es el peso que cae sobre el ciudadano indiferente? ¿Sobre el periodista que no investiga? ¿Sobre el funcionario que disfraza la vileza?

En la falta de interés por lo que ocasionan las acciones o palabras, el instante ocupa un lugar relevante. ¿Qué van a importar los desenlaces si se reduce el tiempo? Si todo queda en su mínima

fracción. En declaraciones vaporosas, la irresponsabilidad acompaña la vanidad del aplauso o la sonrisa en el espejo.

A nuestra relación con el instante le debemos las culpas compartidas con los abusos que hacen daño. Entre instante y culpa se desvanece la responsabilidad y se le abren las puertas a la impunidad, a la insensatez y a la disolución de las obligaciones y los derechos.

Durante más de seis años, previos a la publicación de este texto, he insistido en que la tragedia en Siria es culpa de los implicados directos, pero la permanencia de esa guerra ha sido responsabilidad de todos. En esa línea se encuentra *El problema de la culpa*, de Karl Jaspers, un libro sobre el genocidio durante la Segunda Guerra Mundial. De manera preocupante, sus planteamientos se pueden aplicar al estado actual de México, con su guerra contra el narcotráfico y la escalada de violencia. En el libro, el filósofo alemán escribió sobre cuatro tipos de culpas que permiten pensar las diferencias de responsabilidades.

La culpa criminal, seguramente la más evidente, atañe a aquellos que violaron la ley, contemplando una ley mayor, internacional o natural (sic), con capacidad de sobreponerse a una local y temporal que puede permitir la barbarie. La culpa política, que cae sobre la ciudadanía entera de un Estado, donde todos somos sujetos políticos responsables de la indiferencia. A la culpa moral se le designa la tercera variante, aquella que se enfrenta a la conciencia de cada uno —en caso de tenerla—. Y la última, la culpa metafísica, la más individual. Hemos hecho esfuerzos inauditos por eludirla: cierta idea de solidaridad que lleva a la corresponsabilidad cuando se ignora lo que sucede —Hannah Arendt desarrolló la segunda y cuarta con más detenimiento.

La culpa hace alusión al pasado, es particular y no debe permanecer sin pena. La responsabilidad permite la generalidad, es presente en vía de convertirse en futuro.

Gobernantes han fallado, robado y mentido sin enfrentar consecuencias. Hemos permitido que declaren hechos ajenos a la

realidad, hemos votado por sujetos impresentables, o no hemos votado, complicando el ascenso a candidatos más decentes. El siglo XXI avanza sin responsables, es la vida en busca de exoneración. En México llegamos a tergiversar lo suficiente para evitar no sólo la culpa —con ésa se puede vivir en el cinismo—, sino para desechar la responsabilidad.

¿Quién quiere enfrentarse a las consecuencias? Las vías para diluirlas han dado resultados. Los errores individuales pueden ser mermados a través de disculpas y compensaciones. Cuando las fallas más grandes luchan por construir esos artilugios retóricos y olvidan el peso del tiempo, viene la impensable exención del castigo.

Lo responsable viene de lo que pide respuesta. La presencia y la acción son, entonces, condiciones ineludibles. Se trata de lo que hacemos frente a algo. En el espacio más cerrado se es responsable de la familia, de los hijos, de las mascotas, de la casa. La jerarquía se extiende, hay responsabilidad en lo que se avala, en las opiniones, en los relatos que decimos y en los negocios que emprendemos. Cualquiera que haya firmado un contrato de renta con un impuntual sabe de qué estoy hablando.

A la responsabilidad constantemente se le adjudican nociones negativas. Trae angustias, sudores, duermevelas. Pero también regocijos. Los padres se sienten orgullosos a la salida de las escuelas, como yo lo estoy en las rarísimas ocasiones en que mi perro me hace caso o trae un animal muerto. ¿Los ciudadanos? ¿Los gobernantes? ¿Hace cuánto no sabemos de uno que saque el pecho por sus logros? Uno cuya irresponsabilidad no lo haga encumbrarse dentro de su subjetividad. Así, la cualidad de responsable no se la impone uno a sí mismo, sino a los demás. Siempre se es responsable ante otros, a juicio de otros. Por las virtudes que se adjudiquen y cada una de las virtudes que se imploren: hacer buen gobierno, ser buen político, ser buen ciudadano, ser buen padre, ser buen maestro; todas se nutrirán de responsabilidades. Y a mayor margen de error, menos querrán hacerse cargo de ellas.

Sin contradecir las diferencias de jerarquías —es obvio que un ciudadano no tiene las mismas responsabilidades que un presidente o un cuerpo de legisladores en el desarrollo de un país—, nuestra propia evolución social hizo que las responsabilidades no fueran opcionales, sino obligatorias. La indiferencia de la que escribió Arendt y llevó a la banalidad del mal es peligrosa en la erradicación de responsabilidades que aparece con la negación de dicha obligación. ¿Contra qué? Contra nosotros mismos. ¿Para qué? Puede ser por mera humanidad, pero también por supervivencia.

Las responsabilidades se construyen para intentar darle sentido a las cosas. Es la manera en que los actos siguen una secuencia para perseguir una meta. A veces será la esperanza de justicia, otras de libertad. En este punto radica el mayor conflicto de la responsabilidad. Una obligatoriedad sobre la que se es libre de participar.

A pesar de mi aversión al determinismo —parte de mi muy personal problema con las religiones—, creo que en los actos responsables descansan los valores positivos de una sociedad, cuyos méritos no puedo despreciar. La idea de responsabilidad puede ser el vehículo para combatir lo que se entiende que es así porque no puede ser de otra forma. Es tal vez la única herramienta para evitar que el político robe, porque es político. Que mienta, porque es político. Es la manera de combatir la estupidez que dice que el migrante hace daño por ser migrante. La responsabilidad es el argumento para contradecir un sinfín de lugares comunes. Por eso se debe exigir.

En su ausencia vemos los abusos más viles. Al diluirse la noción de responsabilidad; es decir, cuando se establece un negativo que desaparece esos límites de los derechos y las obligaciones, lo hacen también los límites al autoritario, al patán o al idiota.

En el abuso del lenguaje, si se hace virtud una identidad sólo por ser identidad, se esfuman las responsabilidades. El enaltecimiento insulso del ser mexicano, por ser mexicano, no contempla un solo hecho sobre el que hayamos opinado. Nadie nació en un lugar por

elección propia. ¿Cuál es nuestra responsabilidad en el asunto? Por un camino similar, el que enaltece una turba para legitimar el prejuicio es responsable de las acciones del prejuicioso al amedrentar a su víctima, incluso sin haberlo victimado. Mas si fue así, claro. Será bueno recordar esto en los años venideros, al observar el estigma que cargan los migrantes en Estados Unidos y en Europa. Hay culpas y responsabilidades ineludibles que saludan a esta nueva época.

En México valdrá la pena echar cara contra nosotros mismos por permitir que lo criminal pasee sin culpas y bajo la aprobación de algunas mayorías. El plan para erradicar una violencia que, diez años después, incrementó las cifras de muertos a un punto que ha superado lo imaginable, con responsabilidades envueltas en la relativización de lo evidente.

La responsabilidad es un concepto de cuidado, sobre el que no se pueden separar los atributos. Tiempo, causas y consecuencias. Nada de eso preocupa en la época de la irresponsabilidad.

* Publicado en *Nexos*, marzo de 2017.

29. RECOMENDACIONES PARA DISCUTIR*

La reflexión pública se ha hecho diatriba y el consenso, un espacio para la ausencia de ideas. Hemos llegado a creer que no tener discrepancias es una virtud y nos hemos convencido de que a través del acuerdo encontramos la democracia, el pensamiento y la solución a una infinidad de cosas.

Por mi parte, defiendiendo la discusión, pero nuestra sociedad, al interpretarla como un desacierto, se aleja cada vez más de su noción original. El “no discutamos” se interpreta como un consenso, y nos olvidamos de que para llegar a él es necesario discutir y, de preferencia, hacerlo bien. El intercambio de ideas parece desvalorizado cuando el adjetivo alegre sustituye los argumentos y elimina las preguntas. Hay que discutir y aprender a hacerlo. No es lo mismo una larga discusión —las buenas siempre lo son— que una pelea de bar donde un patán, cual gorila, haciendo gala de sus capacidades de humillación, se muestra como el más fuerte. En las discusiones decentes, los exponentes dudan de sus posturas y, si son astutos, serán capaces de llegar a una conclusión que no será ni una ni otra noción, sino una tercera que sintetiza las posiciones esgrimidas, siempre a favor de la idea y nunca a favor del efímero placer de tener la razón, mismo que, reconozco, es increíblemente satisfactorio.

No me interesa tener la razón, es realmente aburrido. La lucha por poseer la verdad cae en el desglose de certidumbres y éstas no son la verdad. Se emparentan con las creencias, son hermanas de la opinión y cuentan con las características del dogma. En nuestra política, en grupos culturales, en vecindades, en trabajos y en la calle, hemos abandonado los beneficios de la discusión por estar empecinados en levantar la mano que acompaña la afirmación personal.

Al revisar unos cuantos siglos de historia, de literatura y de política, es posible notar que, al menos en lo público, algo en el discurso y el debate ha ido desechando eso que se llegó a considerar como un oficio en los tiempos de la filosofía clásica. Recorro a los textos que escribió Schopenhauer en el siglo XIX, alrededor de la capacidad de argumentar, para ejemplificar mucho de lo que vendrá a continuación.

A riesgo de exagerar, me da la impresión de que olvidamos para qué y cómo discutir, cómo exponer una idea, cómo argumentar contra lo que nos oponemos, cómo convencer. Hemos perdido las nociones que permitieron hacer de la discusión el espacio de rectificación de los pensamientos, de la creación de nuevas reflexiones o de la descalificación a partir de la lógica y la razón.

Salgo del rancho —resulta que soy terriblemente urbano pese a vivir en una casa de bosque y pelearme con vacas y ovejas para salir de ella—, esto no es privativo de México. Es aquí, en el terreno político, a pesar de la abundancia de opiniones que ha formado la arena pública. Ocurre en Estados Unidos, en Europa, en Inglaterra, Francia y España, que caminan por las tierras de la palabrería para dar la bienvenida al nativismo, a la extrema derecha y la complacencia.

Resulta doloroso ver que, en ocasiones, dichas actitudes son más frecuentes en segmentos que dicen ser de izquierda —en Estados Unidos es evidente que no—. Por allá como por acá, las izquierdas están desapareciendo o, debido a sus certidumbres, se han hecho inexistentes, lo que resulta absurdo porque podrían, por tradición,

estar más habituadas al diálogo y a buscarlo. De la derecha no espero otra cosa por sus propias limitaciones. Perturbadoramente, este rancho del que quería alejarme se parece un poco a aquel en el disentiimiento.

Es frecuente ver cómo las ideas de uno son inmediatamente destruidas por otros con apenas un par de palabras. El asunto se hace más detestable al considerarlo un triunfo de la razón. Si creemos que un postulado completo se rebate con una sola frase, es porque estamos equivocados y tenemos prisa. El pensamiento rápido es peligroso, es parecido a una ocurrencia. Personalmente, prefiero un mundo que se pregunte más y responda menos.

Sin otra intención que aclarar mis ideas a la hora de leer y escuchar, espero encontrar en las siguientes líneas las bases mínimas para volver a discutir fuera de los sinsentidos. Puedo estar equivocado, pero creo que nos hace falta.

¿PARA QUÉ DISCUTIR?

- En los niveles más altos de discusión se encuentra la posibilidad de formar una nueva opinión que interese a los involucrados e incluso de generar nuevas preguntas. Esos involucrados pueden ser gobiernos y ciudadanos, grupos sociales o individuos enfrentados por razones ideológicas o de otro tipo. Las posibilidades son tan grandes como nuestra convivencia.
- Desde Aristóteles, que junto a sus coetáneos Córtes y Antífono escribieron sobre el tema, hasta nosotros, el objeto principal de una discusión implica tener razón, aunque esa razón no sea verdadera. La búsqueda de la verdad y la vanidad son su principal impulso y en ellas las motivaciones son infinitas. Hay expresiones de vanidad positivas, como querer hacer el bien a otros, cosa que casi siempre cae en la satisfacción propia. Ese equilibrio es una rareza.
- Anular al oponente. Esto no es forzosamente negativo y dependerá de las intenciones del oponente. Imponerse a un

déspota, a un tirano o a un pelafustán tiende a ser más ventajoso que someterse a él o mostrarse indiferente.

¿QUÉ SE NECESITA PARA DISCUTIR?

- A reserva de querer entablar monólogos disfrazados de diálogo, es recomendable tener una postura y acompañarla de lo que la resuelva: los argumentos. Un concepto que se relaciona con otro y contiene una característica única para hacerle frente en un entorno o condición. Si alguno de ellos falla, la postura se sostendrá con dificultad.
- Es común creer que la postura inicial no tiene que defenderse como se le obliga a una posición contraria. Quienes se encuentran en posición de mayor jerarquía a la de sus contrapartes son los que cometen este error más a menudo. El discurso político que se haya ataviado de pobreza, lugares comunes y maniqueísmo tiende a flaquear en argumentos al considerarse de suficiente legitimidad como para contar con la autoridad moral que, en ocasiones, sirve de sustento. Ante la duda de autoridad moral es imprescindible ser certero en cada uno de los conceptos que mencioné atrás, así como en el retrato del entorno que, además, contiene su temporalidad. No es lo mismo argumentar lo correcto de invitar a tu país a un déspota que te ha insultado, cuando tu condición es de la más inhóspita debilidad, que hacerlo en un momento de mayor fortaleza.
- La autoridad moral no se adjudica, es otorgada por los demás.
- Cualquier argumento debe realizarse bajo las reglas de las discusiones, aunque éstas aún no sucedan. Recomendando pensarlo, como método, para las decisiones de gobierno. Hacerlo ahorraría una infinidad de tropiezos.
- Con la dificultad que presenta tener buenos argumentos, creo que se ha buscado en exceso el apoyo en la condición de legitimidad. Lo mismo en gobierno, como acabo de explicar,

como en el otro gran espacio que pide argumentación: el periodismo.

- Si nos adentramos en una discusión, ésta debe ser lógica. Es decir, tener clara la relación de causas y consecuencias. Si un gobernante dice que el hostigamiento de una guerra comercial contra su país no lo va a afectar, y todos los eventos que construyen su entorno evidencian lo contrario, este gobernante quedará fuera de la lógica. Al hacerlo, su declaración —que inevitablemente se transformará en la postura inicial de una discusión— no tendrá el menor sentido. Formará parte de los absurdos que eliminan cualquier diálogo y sólo cobrarán gracia, si es que lo hacen, desde la tragedia más cruel o la desfachatez.

¿CÓMO DEFENDERSE Y REFUTAR EN UNA DISCUSIÓN?

- Esto se cobija con los abrigos del espíritu deportivo. Requiere una condición mínima: estar de acuerdo con la base de la discusión y dispuesto a discutir. Por ejemplo, si se presenta al Congreso de un país una iniciativa que regula la actividad marítima de esa nación carente de costas, no habrá base común para debatir —su entorno es inexistente—. Si al presentarla se niega la posibilidad de mostrar un mapa que señale la ausencia de un mar en su territorio, lo único seguro es la estupidez. Es decir, lo primero es que exista una condición para debatir o sobre la cual proponer.
- Al presentar o refutar una idea se plantea una tesis. Ésta tiene que argumentarse con la verdad o contradecirse con la misma; se defiende o se refuta a través de sus principios o sus consecuencias. Si los principios son falsos, la idea no se sostiene. Igual si los principios son correctos, verdaderos y lógicos, pero sus conclusiones son dispares a los principios o fuera de la lógica que ellos mismos establecieron. Cualesquiera de las dos vías indica que la tesis es falsa.

- Al exponer una idea, es recomendable mostrarla de la manera menos extensa. Mientras más reducido sea un planteamiento, hay menos probabilidades de que contenga contradicciones. Para rebatir la idea es adecuado extenderla a sus mayores amplitudes y demostrar que la reducción original no contempló todas las posibilidades.
- El propósito común de la discusión es el de convencer. El análisis de cualquier evento, así como el ejercicio político o de gobierno, descubre aquí su mayor complicación. La impostura no sirve como argumento y es la contraparte quien tiene que decidir si lo que se le ha dicho es convincente. Se tienen que proporcionar las herramientas para que la otra parte acepte lo que se le está exponiendo, y esas herramientas le deben funcionar al escucha o lector antes que a quien planteó la idea original. Lo más efectivo para lograrlo es presentar el opuesto, con fundamentos negativos, siguiendo las nociones anteriores.
- Al discutir sugiero cuidar que las razones o pruebas no caigan en contradicción. En caso de detectar esas contradicciones, es ocioso no usarlas para dar por terminado el debate.
- Incluso si se tiene razón, e incluso si esa razón es evidente a todas luces, las pruebas o argumentos que la sustenten deben ser convincentes. De tener una mala prueba, la razón y la verdad no bastarán.
- Si se contara con una autoridad moral alta, cosa hoy día poco frecuente, es eficaz apelar a una herramienta distante de la razón: la voluntad. Desgraciadamente, esto es utilizado por individuos de moral baja y sus opiniones, dignas de una alcantarilla, encontrarán eco en la incertidumbre de la razón: la desesperanza.
- No son extrañas las ideas que se plantean a partir de falsedades. De ser el caso, se pueden usar esas falsedades para contradecir. Una estrategia similar es útil cuando al plantear verdades, el entorno o la conclusión son inadecuados: el gobierno de un país manifiesta su interés en

la defensa de los derechos humanos, pero su administración enfrenta una gran crisis en la materia. Los discursos de ese gobierno, por más que estén realmente comprometidos con su exposición, no cuentan con un fundamento que sostenga su interés o, en todo caso, su capacidad.

- Otro error común es considerar que la popularidad de una opinión es prueba suficiente para ganar una posición en el debate. Ayuda recordar que por más extendida que se encuentre, o por más fácil que sea llevarla a cabo, una idea no pierde su carácter de subjetiva. Una persona busca denostar a otra con quien no coincide; el discurso de la primera es popular al acusar al segundo de lo que cierto grupo considera un defecto; su argumentación dependerá entonces de las coincidencias con sus pares, no de la razón.

¿ANULACIÓN?

- Sirve reconocer que no todas las discusiones comparten el interés en el desarrollo de las ideas. ¿Cómo se le enfrenta a un pendenciero?
- Casi por norma, el pendenciero no sabe discutir. Se exalta y enfurece. La reacción abrupta es su punto débil. A más cólera, más contradicciones y menos razonamiento. Caerá por sí solo si se le lleva a un punto de acoso suficiente.
- Entrados, seguramente sin pedirlo, en este nivel de discusión, nos podremos dar cuenta de que los adversarios de este tipo suelen personalizar sus ataques. Descansan en la grosería y en la ofensa. El pendenciero es de una vanidad malsana. Personalizar de vuelta para romper su vanidad lleva a la cólera del punto anterior.

Es ingenuo creer que se puede discutir con todo el mundo. Sin embargo, la discusión es, hasta ahora, la mejor herramienta para evitar el conflicto y construir sociedades. Ante la imposibilidad de escoger siempre con quién se debatirá, se aplaude la prudencia para

discernir cuáles discusiones valen la pena. En el ejercicio político toda discusión es imperativa. Algo de responsabilidad debe contener esto.

* Una versión menos extensa de este texto fue publicada en *Nexos*, febrero de 2017.

30. UNA UTOPIÍA MENOS IDIOTA

La casualidad, la inmadurez, las limitaciones y la necesidad de esperanza han hecho que México viva en un constante espíritu electoral. Con o sin elecciones al alcance de la vista, la política y la organización social y la económica siempre apuntan a las urnas. No estoy seguro de que sea para mal, pero definitivamente me es imposible asegurar que esto siempre tiene resultados positivos.

Para hacer frente a ese espíritu electoral perpetuo es necesario diferenciar las ideas de las ocurrencias. Las primeras vienen de un proceso reflexivo donde el análisis —por escueto que sea— termina por arrojar una posibilidad de acción que es producto del pensamiento, y que excluye las variables que son negativas en busca de un objetivo. Las segundas surgen con la misma banalidad que las respuestas apresuradas. Hace tiempo una buena amiga me hizo soltar la carcajada al recordar ese instante donde uno detecta que la tontería está saliendo de la boca y resulta imposible detenerla, así son las ocurrencias. Las más peligrosas conviven con la desesperanza, que nunca es buena consejera y que, por su tendencia a nublar la prevención, deriva en acciones impulsivas, que dan una satisfacción efímera y, luego, deja un desastre complicado de arreglar.

La falta de confianza es natural —y acaso obligatoria— en un país como el nuestro, donde no faltan políticos cuyas propuestas resultan tan ilusorias como ese personaje gordo y vestido de rojo que los más chicos esperan en Navidad. Ya Marx afirmaba que la Cámara de Diputados es el consejo de administración de la clase dominante —habrá que recordar el totalitarismo que le siguió a algunas de sus ideas—. Por otra parte, los liberales de aquella época creían que el recinto legislativo debía ser el lugar donde se reuniría lo mejor de una nación y la arena principal del debate. Ambas posturas residían en la utopía que, tanto por su condición de intangible como por su necesidad de condición perpetua, soy incapaz de adoptar. Es fe de iglesia. Sin embargo, igual que ocurre con la democracia, el camino para llegar a la utopía es la condición que puede hacer que la vida en sociedad sea un tanto más viable. Decido, entonces, quedarme con el común denominador del ejercicio democrático, el planteamiento del liberal, aquella utopía menos burda: la democracia que busca un equilibrio entre los poderes.

Al no faltarnos razones para dudar de un aparato legislativo que se ha cargado de vergüenzas, en México el discurso antielectoral cae fácilmente en la demagogia más pura. Es el discurso que cae bien. El concepto proviene de dos vocablos griegos: *dēmos*, que significa pueblo, y *agein*, que significa dirigir. El demagogo necesitará la empatía de quien lo escuche para sostener y llevar a buen puerto sus proyectos. Un principio de legitimidad que el político nacional suele pasar por alto; ausencia en donde el ocurrente encuentra su espacio.

En cualquier proceso electoral será útil recordarles, tanto a los posibles elegidos como al elector, algunos de los acuerdos a los que hemos llegado tras un montón de errores en los ejercicios de administración pública y legislación.

Los partidos que tanto despreciamos son un triunfo de la democracia. Son, en el terreno teórico, las organizaciones que podrían aglutinar un pensamiento coincidente. Nos han salido mal, sin duda alguna. Es entonces más sencillo anular el voto que

obligarlos a que regresen a sus intenciones originales, sólo que lo sencillo no siempre es la mejor opción.

Después, los electos tienen el compromiso de representar a una nación entera. Ni mi voto ni el triunfo de un candidato debería de obedecer a mis intereses particulares o a los intereses del candidato en cuestión, sino a los del conjunto de personas que viven en una demarcación. Así, afirmar que los políticos electos son empleados de los ciudadanos resulta absurdo. El empleador no es mi figura individual. Se trata del distrito, del municipio, de la ciudad, del estado y la República. Algo más grande que yo mismo, una nación formada por una suma de identidades.

Ser ciudadano es ser elector. La construcción de la ciudadanía pasa por crear un sentimiento del deber cívico; crear ciudadanos es crear las razones para querer vivir juntos. Un deber de solidaridad que forma un todo: el país.

Vienen las contradicciones y los problemas. Una elección es un voto de confianza. Resulta imposible saber si el elegido cumplirá, si no se volverá loco, arrogante o bribón. Cuando una clase política se ha comportado de forma deleznable, pero no ha llegado a ese límite que se ve en países más desafortunados —Venezuela, Cuba, China, etcétera—, el voto de confianza deberá mantener un resquicio para sí para que no caigamos en la demagogia que contradice la verdadera democracia. No es posible llegar a ella si sólo consentimos al que habla como nosotros y escuchamos al que dice lo queremos oír.

He anulado mi voto a presidente en cada elección en la que he participado, pero no el de las cámaras. Ellos, diputados y senadores, que, repito, han hecho mal su trabajo, constituyen el único contrapeso que debería tener contacto directo con el ciudadano. La soberanía, incluso en un país presidencialista como el nuestro, tiene un esbozo de parlamentaria.

En un ejercicio que parece constante, México tiene que pensar en el objetivo del acto electoral. Veo un camino ante las ocurrencias que critico. En mi casa, donde el pensamiento político siempre

estuvo presente, se decía: "Podemos parir, aunque sea con fórceps, un asomo de democracia o, simplemente, tomar fotografías del descontento sin buscar la gobernanza". Esta última es la que revela la abstención y el no acto electoral.

31. LA DEUDA

Caímos en la trampa de la esperanza. No hay un solo pueblo que pueda hacer algo sin su presencia, y tampoco el que lo haga si se decanta demasiado en ella. Por desgracia, somos de los segundos. Nuestra política la impuso por encima de las posibilidades, sin hacerse cargo de lo posible. Dejó de pensar en lo que era objetivamente necesario para construir el país y se dedicó a vender buenas fortunas. La sociedad mexicana vivió de las promesas que le hicieron, y también de las que se prometió a sí misma. Aceptamos pensar México sobre los términos de un país que no era real, y su irrealidad estaba en la imposibilidad de unas condiciones que se contraponen para acercarse a los pendientes, que se convirtieron en gigantescas deudas. Éste es un país que tiene deudas consigo mismo y eso es lo que lo hace detestable. No las merece.

Tardé en entender las dimensiones del diagnóstico que hacía mi familia cada vez que regresábamos aquí: “Los extranjeros tienden a amar a México y a odiar lo mexicano”. Con el tiempo, me di cuenta de que aquello no era exclusivo de los extranjeros. Aquí nadie dirá que la corrupción es maravillosa o la violencia entrañable. La dificultad para llevar a cabo prácticamente cualquier tarea cotidiana, como el trámite mundano o la persecución de cobros en la que se profesionaliza el trabajador independiente —sin importar su oficio—,

no es una de las maravillas que motiva nuestro orgullo nacional. Esos pequeños conflictos se hacen todos, y los conflictos grandes si son habituales, no son materia de excepción. Como lo es la increíble incapacidad de decir “no” en casi cualquier campo. O la petición por un encuentro que por norma se responde con “Luego nos vemos”. O el siempre positivo entusiasmo para realizar proyectos en conjunto, trabajos, adquirir compromisos, etcétera, que jamás se concretan por la súbita indisponibilidad de quien abrazó la idea inicial. Todo eso es muy propio, más de aquí que de otros países. Muy mexicano. La deuda es mayor porque eso mexicano que es odiable, y ese México amable por el verbo, se disocia en una particularidad muy extraña y tripolar. Está México, está lo mexicano y está la gente que, aunque esté aquí, tiene características ajenas a los negativos, y también a los positivos, del idilio del país. Hay algo casi metafísico —y saca lágrimas de emoción— cuando aparecen virtudes que se contraponen a lo anterior. Hay gente y cosas muy buenas. La gente de este país ha mostrado una increíble capacidad de resistirse a México y a lo mexicano.

La última vez que esta tierra me conmovió fue en la voz de un hondureño. Trató varias veces de cruzar el país rumbo a Estados Unidos en el techo del tren que viaja desde el sur, se aborda en Chiapas o Oaxaca con los designios fatídicos de sus pasajeros. El testimonio del hondureño representa lo peor y lo mejor de nosotros. Le habían disparado tres o cuatro veces y aún tenía encarnados en la espalda los perdigones del último cartucho. En el trayecto, sujetos anónimos jugaban a cazarlo como si estuvieran en una feria disparando a blancos en movimiento. Tras sobrevivir, aquí, en México, esperaba la condición de refugiado y cada tanto iba a un hospital del Estado para que le extrajeran, poco a poco, las bolas de metal antes de que el desplazamiento natural las alojara en algún órgano del cuerpo.

El final de esa historia no es regla, todo lo contrario. El trato a los desplazados internos, a los migrantes centroamericanos, o a los haitianos, es por lo regular diametralmente opuesto. Recuerdo bien

los letreros que encontré en el departamento de mi infancia y que amenazaban con la sentencia: "EXTRANJEROS, REGRESEN A SU PAÍS", o los múltiples comentarios: "Si no te gusta México, vete", que le siguieron a la publicación de algunos textos que forman parte de este libro. Pero la historia del hondureño, que corrió por la vía de un tren, y que ahora es atendido con dignidad en un hospital, a pesar de las cicatrices que se ven a través de la tela de su ropa, es lo que puede significar un país decente. Él está agradecido.

Estoy convencido de la necesidad de pelear por una singularidad, pese a que ella no signifique generalidad, y por eso, antes de abdicar, sin perderme en los sinfines de la esperanza, rechazo la defensa hipócrita de los valores universales que se pregonan en México, siempre y cuando no afecten los intereses de cada quien. Rechazo que éste sea el país donde no es que cada quien le ponga un significado a la palabra, sino donde cada quien se los quita.

El gran pendiente mexicano es hacer pedagogía de la memoria. En lo político, en lo social, en los derechos humanos y en la justicia. Hay que emprender la revisión del pasado, no para hacer historia, sino para recuperarnos.

Desde la memoria, México necesita volver a darle aspiraciones a los ciudadanos. Alejarse de las soluciones que son propuestas sólo para cumplir requisitos. Debemos revisar cómo se ha accedido a los poderes. Ahí la mayor deuda desde la que se abre la caja de Pandora de la inequidad y de los vicios. De las estructuras que le quitaron sentido a lo ciudadano y olvidaron lo que Foucault llamaba algo parecido a las políticas de las pequeñas interacciones.

¿Qué sería de este país si el ciudadano aspirara a los poderes sin la corrupción, las mañas, las disputas tribales? ¿Qué se necesita pensar para llegar a ello?

Tal vez convenga reflexionar sobre la necesidad de la vocación política y de la vocación de poder en la sociedad. Hay que formar organizaciones y también una sociedad civil cuyo significado resulta, hoy, de lo más difuso.

Por mero pragmatismo, esa responsabilidad es más grande para quienes tienen espacios dónde exigir públicamente, donde pueden ser escuchados, por eso he hecho tanto hincapié en los deberes del periodismo, mismos que comparten con la opinocracia, la academia y los individuos que ocupamos ventanas culturales. Política e identidad. A la mitad de mi vida me gustaría ver renovadas las posibilidades del país.

Una generación completa ya se ha criado bajo la alternancia, no conocieron el país del tótem partidista donde las vías para hacer política y sociedad civil eran increíblemente limitadas. Esa misma generación se está criando en un abismo en el que llegamos a la perversión de decir que la violencia se ha normalizado. No, la violencia nunca es normal.

Queda investigar para construir una memoria con la que entendamos la verdad como concepto, que entienda lo amplio de la justicia y que esta última, con todo y su filosófica inaccesibilidad, se convierta en un instrumento pedagógico para estructurar políticas públicas. Ésa será la segunda parte de nuestro proceso. La primera requiere de la autocrítica que, como escribí, es complicada. Afortunadamente, el triunfo del siglo XXI es haber hecho del mundo un lugar más grande. No somos una isla abandonada, existen los mecanismos internacionales para abrirnos las puertas que están cerradas, ver hacia afuera y ver adentro.

Tenemos un país excepcional en cada espejo análogo de la realidad, es decir, en el arte. En la cultura. A través de ella hemos dicho todo lo que los terrenos formales han pormenorizado. Si los grupos culturales abandonáramos nuestra sociedad de autoconsumo, si aprendiéramos la solidaridad que frente a la violencia han probado en los últimos años muchos periodistas, y si los solucionólogos se acercaran más al terreno del equilibrio sensible y racional que busca la empatía desde el cuidado de lo que nos da una gran ventaja a los humanos: desde el lenguaje de todos los días hasta la literatura.

AGRADECIMIENTOS

A Héctor Aguilar Camín, Gabriela Warkentin y Sandra Lorenzano.

Como en el Pensar anterior, a Ana Sofía Rodríguez y Alejandro García Abreu, mis editores y cómplices en la revista *Nexos*.

Romeo Tello A., eterno traductor de estos ensayos.

A Ricardo Cayuela, Marianne Fritsch y Marc Koralnik, por la confianza.

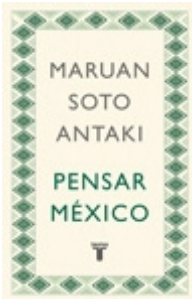
Pedro Sáez y Jorge G. Castañeda.

Gonzalo Aguilar Zínser y Jürgen Beltrán.

Otoniel Ochoa y Leopoldo Gómez. Carlos Loret de Mola, Jacobo Dayán, Julio Patán, Yuriria Sierra, Jorge Alberto Gudiño, Alejandro Franco, Carla Cisneros, Diego Gómez Pickering, Roberto Campa, Joel Ortega, Miriam Morales y Karla Iberia Sánchez.

A Adriana.

A Roberto Banchik, Andrés Ramírez, Julio Trujillo, Mayra González, Jesús Grajeda, Svetlana Puig y todos en Penguin Random House.



Me cuesta encontrar otro país que, como México, se haya dado tantas soluciones a sí mismo. Si bien sus problemas se encuentran lejos de resolverse, éstos han dado la impresión de estar claros o medianamente comprendidos y diagnosticados: corrupción, violencia, derechos humanos, injusticia, impunidad, inequidad, etcétera. Pese a eso, parte del análisis se ha perdido entre estudios políticos y peroratas, entre la etnología, un poco menos en la sociología, y mucho más en la opinología y la opinocracia.

Parece que todos sabemos qué no funciona y, a su vez, afirmamos tener las respuestas que podrían dar paso a resolver nuestros problemas. Hemos logrado hacer de casi cualquier frase, conflicto o intención un lugar común que sufre los vacíos de la pérdida de los significados. Si en verdad somos un país con tantas voces que saben cómo resolverse y aún no lo hacemos, hemos estado dando, de manera sistemática y masiva, brazadas de ineptitud. O quizás esos diagnósticos no se han detenido a hacer las preguntas correctas.

Espero equivocarme lo menos posible.

Maruan Soto Antaki



Maruan Soto Antaki (Ciudad de México, 1976). Es autor de las novelas *Casa Damasco* (Alfaguara, 2013), *La carta del verdugo* (Alfaguara, 2014), *Clandestino* (Alfaguara, 2015), *El jardín del honor* (Alfaguara, 2016), y de los ensayos *Reserva del vacío* (Taurus, 2015) y *Pensar Medio Oriente* (Taurus, 2016). Es una de las voces referentes en México para analizar el mundo árabe. Colabora con distintos medios nacionales e internacionales, donde trata temas relacionados con Medio Oriente, cultura, política, religión y filosofía.

@_Maruan

Pensar México

Primera edición digital: octubre de 2017

D. R. © 2017, Maruan Soto Antaki

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House / Daniel Bolívar, por diseño de portada
D. R. © Víctor Zúñiga, por fotografía del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>)

ISBN: 978-607-315-824-4

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |



[/megustaleermexico](#)



!

[@megustaleermex](#)

Conversión eBook:
Tangram. Ediciones Digitales

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR

INTRODUCCIÓN

I. ¿CUÁL ES EL DESENCANTO MEXICANO?

1. México: la tragedia y el melodrama
2. La espiral mexicana
3. Las cenizas de nuestra historia
4. El desamparo
5. Yo maté a Ana Bolena
6. Ay, somos unos reaccionarios
7. Notas sobre la impunidad
8. Corrupción y filosofía
9. Sobre ley y educación
10. El centro de la espiral

II. ¿CUÁLES SON LOS FUNDAMENTOS MEXICANOS?

11. El espíritu nacional
12. Historia de la venganza
13. Notas sobre la legitimidad
14. Sobre religión y política
15. De izquierdas y derechas
16. La República

17. ¿Qué es la justicia?
18. La mentira
19. Hombres decentes y buenos políticos
20. Un país serio

III. ¿CÓMO SE CUENTA MÉXICO A SÍ MISMO?

21. La mirada mexicana
22. Reflexiones sobre el periodismo
23. Notas sobre la prudencia
24. Contra el adjetivo, una nota a favor
25. Último apunte sobre medios y política
26. La miopía

IV. ¿CUÁLES SON LAS VIRTUDES Y LOS PENDIENTES MEXICANOS?

27. Las preguntas correctas
28. Notas sobre la responsabilidad
29. Recomendaciones para discutir
30. Una utopía menos idiota
31. La deuda

AGRADECIMIENTOS

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos